



Condiciones de éxito de la intervención externa en conflictos intraestatales

Trabajo para la obtención del título de
Licenciada en Relaciones Internacionales

Andrea Vilán

15181

Mentor

Juan Gabriel Tokatlian

Mayo 2007

Agradecimientos

A Juan G. Tokatlian, por creer en este proyecto y brindar su tiempo, su compromiso y sus valiosos consejos durante todo el proceso; le estoy muy agradecida.

A Patrick M. Regan por atender mis consultas, demostrando su deseo de promover a través de la enseñanza la búsqueda de soluciones a los conflictos violentos.

A Santiago Sautúa, Martín Rossi y Juan José Cruces, por ayudarme con mis limitaciones estadísticas y fomentar el intercambio disciplinario: ¡Gracias!

A Guadalupe Tuñón, por su apoyo constante, en especial durante estos últimos meses, y por la amistad.

A mis padres, mi abuela, mi hermano y mi hermana, por alentarme en todo lo que me propongo, brindándome su respaldo incondicional y por nunca perder la fe en mí.

A Maxi, por acompañarme a lo largo de estos cuatro años, dándome ánimos siempre y haciéndome feliz: no lo podría haber logrado sin vos.

Universidad de
San Andrés

“Intervention is the international form of the most pressing moral issues to be found in any community. It involves the human spirit, the liberty of individuals, the structure of groups, the existence of order. It can undermine or enhance the dignity of people and it can facilitate or inhibit their capacity to realize their aspirations and work out their own destinies. Thus one need only a modicum of humanity to be concerned about the question of when and how it is appropriate for one international actor to intervene in the affairs of another” (Rosenau 1969: 149).

“... despite the increasing resort to peacekeeping, there is little systematic understanding of its appropriate application. Particularly important are understanding what these missions can accomplish and determining the extent to which they have, in fact, achieved these goals. Progress depends on advances in conceptualization and analysis. Scholars, however, disagree about how to think about peacekeeping and how its impact should be evaluated”(Druckman, Stern, Fetherston, Johansen, Durch y Ratner 1997: 151).

San Andrés

Índice

Introducción	6
Capítulo 1: El problema de investigación	9
Los debates normativos de la intervención externa	10
El enfoque del trabajo de investigación	12
Capítulo 2: Los principales debates estratégicos de la intervención externa	18
La naturaleza del conflicto	21
La ubicación geográfica del interventor en relación al lugar del conflicto	26
La cantidad de actores.....	32
El objetivo de la intervención.....	35
Capítulo 3: Reflexiones teóricas y metodológicas	42
El éxito de la intervención.....	42
La intervención externa.....	45
El conflicto intraestatal	48
Marco teórico.....	49
Las variables independientes y las hipótesis	51
Variable de control: la Guerra Fría	55
Selección de casos	56
Recolección de datos.....	56
La elección del método	57
Un problema metodológico: el sesgo por selección	59
Capítulo 4: Resultados	62
Análisis descriptivo.....	62
La regresión logística.....	66
Análisis de los resultados	67
Las probabilidades de éxito.....	74
Capítulo 5: Conclusiones y reflexiones finales	77
Aportes del trabajo.....	79
Alcance de la contribución.....	80
La intervención externa en conflictos intraestatales: el camino a seguir	82

La resolución de conflictos.....	85
Anexo 1	87
Reglas de decisión en el proceso de codificación.....	96
Anexo Estadístico	97
Bibliografía	99



Universidad de
San Andrés

Introducción

En cada año desde el final de la Segunda Guerra Mundial el número de guerras entre Estados ha sido menor a la cantidad de conflictos dentro de las fronteras estatales. En el año 2005, ninguno de los conflictos fue interestatal: de los 31 registrados, 25 fueron internos y 6 internos internacionalizados¹ (Harbom, Hogbladh y Wallensteen 2006). Estos datos atestiguan la relevancia de analizar las causas, el desarrollo y las posibles soluciones de los conflictos intraestatales.

Esta investigación pretende contribuir al entendimiento de las posibles *soluciones* de los conflictos a través de una evaluación del papel que *actores externos* a la disputa pueden realizar para propiciar su resolución. El trabajo se focaliza en un método frecuentemente utilizado por terceras partes en la consecución de este objetivo: la intervención externa. El objetivo es identificar aquellas condiciones y estrategias de intervención que históricamente han sido más exitosas en la imposición de paz y situar los resultados dentro de los debates más amplios que acompañan a cada una de estas nociones. A pesar de que la intervención es sólo una posible herramienta de resolución de conflictos entre otras, reviste de especial importancia por la frecuencia en que se ha utilizado y porque plantea enormes desafíos para los actores que intervienen, tanto teóricos como estratégicos.

Debe de establecerse para empezar que la intervención militar en un conflicto intraestatal es, sencillamente, un instrumento de resolución de conflictos inherentemente difícil (Carment y Rowlands 2003: 2; Regan 2002a: 152; Crocker 1996: 184). La consecuencia superficial de esta afirmación es que los agentes externos deben abstenerse de realizar intervenciones externas en conflictos internos, porque ésta es una herramienta compleja, costosa y con bajas probabilidades de éxito (Crocker 1996: 184). El trabajo de investigación busca estimar la validez de este razonamiento, en particular para cuestionar el desentendimiento de la comunidad internacional que habilita este argumento. Como destaca un especialista:

“We cannot allow the genuine intractability of some forms of domestic strife to become an all-purpose escape clause, reliving us of the burdens of thought, analysis, and strategic leadership” (Crocker 1996: 184).

El eje de la discusión se sitúa en las cuestiones estratégicas y tácticas de la intervención. De este modo, la investigación se distancia de un amplio cuerpo de literatura que

¹ De acuerdo con la definición de los autores, un conflicto interno internacionalizado es aquél en donde uno de los bandos- el gobierno o la oposición- recibe ayuda militar de otro gobierno.

evalúa los debates normativos y éticos asociados a la intervención. El foco en las consideraciones prácticas de la intervención refleja la visión de que, por más altruistas que sean las consideraciones que guían la acción internacional, no debe olvidarse que la intervención implica -en esencia- una guerra, y como tal pertenece al ámbito de la política. Como señala Seybolt:

“... [War] is an inherently political activity because the winners gain power at the expense of the losers. Outsiders who become involved in complex emergencies affect the calculations and actions of the local actors; they have a political impact and are therefore political actors, whether they intend to be or not” (Seybolt 2006: 27).

Similarmente, Barry R. Posen destaca “...war remains the realm of strategy, operations, and tactics; of forces and logistics; of destruction and death... intervention will often prove less gentle than it sounds” (Posen 2004: 434-435).

El proyecto de investigación propone contestar el siguiente interrogante: *¿Cuáles son las condiciones y estrategias de una intervención externa en un conflicto intraestatal asociadas con probabilidades de éxito más altas?* Dado que en general la respuesta de la comunidad internacional frente este tipo de problemática ha sido inconsistente y errática, también ha variado considerablemente el grado de éxito de las distintas acciones emprendidas, y en consecuencia, no resulta evidente qué condiciones mejoran las probabilidades de éxito. La variable dependiente del estudio es la probabilidad de éxito de la intervención, y se considera que una intervención ha sido exitosa si logra un cese en las hostilidades al menos por seis meses. Se propone que el éxito depende del *contexto* del conflicto y de las *estrategias* adoptadas por la tercera parte que conduce la intervención. De esta forma, las condiciones y estrategias que predigan una mayor probabilidad de éxito constituyen las variables independientes de la investigación, a saber: la *naturaleza del conflicto*, la *ubicación geográfica* del interventor en relación al lugar del conflicto, la *cantidad de actores* en la fuerza de intervención y el *objetivo de la intervención*. De modo general, se espera que el éxito de la intervención externa sea más probable cuando: se trata de un conflicto ideológico, es llevada a cabo por actores regionales, hay pocos actores involucrados y se realiza de manera imparcial.

A fin de contrastar estas hipótesis, se elabora una base de datos de aquellos conflictos internos en donde ha habido una intervención desde 1944 hasta diciembre de 2005. Para hacerlo, la investigación se apoya en los datos aportados por Patrick M. Regan (1996; 2002a) sobre las intervenciones en conflictos internos, utilizando principalmente el Armed Conflicts Dataset (proyecto conjunto entre la Universidad de Uppsala y el Internacional Peace Research Institute, Oslo) pero también otras fuentes para completar los datos necesarios. Dado que mucha de la literatura existente basa sus argumentos en *presunciones y conocimiento ampliamente*

aceptado sobre la mejor forma de conducir una intervención, el enfoque cuantitativo de este trabajo es un esfuerzo por probar empíricamente la validez de estos argumentos.

Se realiza una regresión logística que permite identificar las condiciones y estrategias de intervención correlacionadas con probabilidades más altas de éxito. Este método posee numerosas ventajas, y en especial, permite ofrecer resultados fácilmente legibles por personas ajenas al ámbito académico, lo cual facilitaría la difusión de la información sobre las tendencias históricas relacionadas al éxito de las intervenciones. En definitiva, la investigación pretende especificar cuál es el papel que las terceras partes pueden jugar para mitigar un conflicto violento y encauzarlo hacia su resolución, buscando aprender de las experiencias pasadas para tomar decisiones más informadas y acertadas en el futuro.



Universidad de
San Andrés

CAPÍTULO 1: El problema de investigación

El conflicto se encuentra entre los procesos sociales más elementales: tiene presencia en áreas geográficas diversas y a distintos niveles de interacción social (Bercovitch, Clements y Druckman 2005: 133). También tiene el potencial de convertirse en el más destructivo de todos ellos: sólo en el siglo XX se estima que 231 millones de personas han muerto en guerras; 231 millones de muertos- según el término de Hobsbawm- por *decisión humana* (Leitenberg 2003, Hobsbawm 1994)².

Si bien la frecuencia de las guerras entre Estados ha disminuido en las últimas décadas, los conflictos intraestatales proliferan y diseminan cada vez más hacia áreas remotas (Brown 2000: 187). Lo inquietante de esta tendencia es que las guerras civiles duran en promedio el doble que sus contrapartes interestatales, son más difíciles de resolver, e incluso en aquellos casos donde se firma un acuerdo de paz existe una alta probabilidad de que el conflicto se reanude (Walter y Snyder 1999: 1; Crocker 1996: 184). Por todo ello, mejorar el conocimiento de las causas de los conflictos internos y las estrategias disponibles para promover su resolución es una actividad de suma importancia.

El presente trabajo pretende contribuir en esta tarea evaluando uno de los múltiples instrumentos disponibles para resolver conflictos intraestatales: la intervención de agentes externos. El objetivo es averiguar cómo éstos pueden influenciar el curso de las guerras civiles, contribuyendo a la finalización de la violencia entre grupos en conflicto y propiciando la paz (Regan 2002a: viii).

El énfasis en los conflictos internos responde a varias razones. En primer lugar, atestigua la creciente importancia que el combate entre habitantes de un mismo país ha adquirido, tanto en número como en su presencia global (Regan 2002a: 6). Segundo, dado que habitualmente se ha tendido a descartar la relevancia de estos conflictos para la comunidad internacional, existen pocos estudios sistemáticos que los analicen. Sin embargo, los conflictos intraestatales tienen efectos regionales e internacionales (Brown 2000: 188); por ello esta investigación procura analizar sistemáticamente las intervenciones externas para sumarse a la incipiente literatura sobre este tipo de conflicto³. Por último, debe considerarse que los conflictos

² Eric Hobsbawm (1994) sugiere que la cifra es de 187 millones de muertos, pero el trabajo de Leitenberg (2003) explica por qué su cifra es superior, presentando pruebas de ello.

³ El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha reconocido a través de sus resoluciones que las situaciones creadas por conflictos intraestatales pueden generar impactos negativos sobre la paz internacional. Por citar un ejemplo, la Resolución 794 de 1992 sobre el conflicto en Somalia determinó que la magnitud de la tragedia humana constituía una amenaza para la paz y seguridad internacional. Esta resolución autorizó el uso de todos los medios necesarios para establecer un ambiente seguro para que

internos ponen a prueba la esencia misma de las organizaciones regionales e internacionales al cuestionar su efectividad como garantes del orden internacional. Es preciso desarrollar el conocimiento sobre los conflictos internos porque tienen impactos internacionales y, librados al azar, pueden socavar la legitimidad de la que gozan estas instituciones (Brown 2000: 188).

Los debates normativos de la intervención externa

La intervención externa en conflictos internos ha dado fruto a profusos e intensos debates. Esbozarlos permite señalar la complejidad del problema de investigación y situar el esfuerzo de este estudio a modo de destacar su aporte. A continuación, se presentan algunos de los debates que ha suscitado la intervención en conflictos intraestatales.

Un punto que ha concentrado gran parte de la atención se refiere al análisis de la legitimidad de esta acción como método para poner fin a un conflicto armado violento. La controversia se origina en la defensa conjunta de dos principios: por un lado el principio de no intervención, piedra angular del sistema westfaliano y garantizado por la Carta de las Naciones Unidas (artículo 2, inciso 1 y 7), y por otro lado la defensa de los Derechos Humanos, también establecida en ésta (artículo 1, inciso 3) (Seybolt 2006: 9). Velar simultáneamente por la soberanía estatal y los Derechos Humanos resulta contradictorio cuando para defender a éstos es necesario trascender las fronteras estatales. Éste es, en esencia, el debate por la llamada ‘intervención humanitaria’, y conlleva a sopesar el valor moral que se le adjudica a cada principio (Pasic y Weiss 2003: 120-121).

Otra área controversial ha buscado identificar los criterios que determinan los casos que ameritan una acción concreta y los casos que no. Por ejemplo, no resulta evidente qué número de muertes habilita una incursión en territorio soberano: los conflictos en Ruanda, Somalia y Bosnia provocaron una cifra similar de víctimas (250 000, 300 000 y 200 000 respectivamente) pero recibieron respuestas disímiles por parte de la comunidad internacional. En esta misma línea, se ha argumentado que ciertas regiones no despiertan el interés internacional como otras, por lo que se permite que las atrocidades se desarrollen sin dar respuestas mínimas a los conflictos. Para el caso africano, por ejemplo, se ha denunciado que “...the major powers have repeatedly made it clear that they will not make the necessary commitment to prevent the massive human rights violations in Africa that result from conflict” (Nowrojee 2004: 1).

Un tercer debate procura determinar quién está capacitado para legitimar este tipo de acción y qué sucede en ausencia de tal autorización. El Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) ha sido considerado el candidato por excelencia, dado que la Carta de la ONU le otorga la responsabilidad *primordial* de velar por la paz y la

operen las organizaciones humanitarias, y sirvió como base legal para la misión *Operation Restore Hope* liderada por los Estados Unidos.

seguridad internacional. No obstante, este órgano ha sido criticado por la inconstancia en su accionar, su escasa representatividad y por el doble estándar institucional que personifica la capacidad de veto de sus miembros permanentes (Aguilar 2005; Evans y Sahnoun 2002). El caso de Kosovo estimuló este debate y muchos han argumentado que una intervención puede ser ilegal pero legítima aún sin contar con la autorización del Consejo de Seguridad (Bellamy 2004; Udombana 2005).

El uso de la fuerza durante la intervención ha generado otro conjunto de preguntas y debates. ¿Debe usarse la fuerza militar para salvar vidas y proteger derechos, o es éste un instrumento inadecuado para la consecución de dichos objetivos? (Lang 2003: 1) ¿Es posible recurrir al uso militar de la fuerza contra otros sin que esto necesariamente implique hacer la guerra, o debe aceptarse la idea de ‘matar para salvar’? ¿Qué vida debe privilegiarse, la del soldado o la de la víctima?⁴ En estas cuestiones, el caso Kosovo también resulta ilustrativo. En la página web de la misión de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se enuncia que durante los 78 días de bombardeos no se produjo ni una fatalidad de la alianza, al tiempo que el uso de armas de precisión permitió *intentar evitar* las bajas civiles⁵. A pesar del aparente éxito de la misión, la decisión de la OTAN de restringir la misión a una campaña aérea ha sido criticada incluso por defensores de la intervención. Por un lado, algunos han argumentado que si los aviones hubiesen reducido su altitud podrían haber mejorado la precisión de los bombardeos. Para otros, la decisión de no comprometer tropas prolongó el conflicto y fomentó el éxodo masivo de refugiados (Cook 2003:152). En un plano normativo, se ha recordado que la tradición de la guerra justa requiere que los combatientes tomen medidas para proteger las vidas de los inocentes, incluso generando riesgos para sí mismos (Cook 2003: 152); la falta de tropas demostró que la vida de los kosovares era considerada menos valiosa que la de los soldados de la OTAN⁶. Como concluyen Weiss y Hubert (2001), “[b]y remaining at 15,000 feet, there were no NATO casualties, and public support was sustained in the West. But the moral high ground was less firm” (Weiss y Hubert 2001).

Una quinta área de discusión en la literatura ha debatido los efectos de largo plazo que desencadena una intervención, y cuál debe ser el grado de participación del interventor en el Estado en guerra. Algunos sugieren un compromiso a largo plazo que implique involucrarse en la reconstrucción del Estado (Brown 2000), mientras que otros han fuertemente refutado esta

⁴ Véase Woodruff (2006), “Justification or Excuse: Saving Soldiers at the Expense of Civilians” en May, Rovie y Viner, *The Morality of War: Classical and Contemporary Readings*, Upper Saddle River, NJ: Pearson Education, 281-293.

⁵ Disponible en http://www.nato.int/issues/kosovo_air/index.html

⁶ En esta línea, Mary Kaldor (1999) ha argumentado que la intervención humanitaria requiere una reestructuración de las fuerzas armadas y un énfasis en la presencia militar de tropas en vez de en armas de precisión, porque el objetivo es minimizar *todas* las bajas, incluso si esto implica arriesgar las vidas de los soldados.

posición sosteniendo que generaría una percepción negativa y contraproducente en los habitantes del país intervenido (Hashmi 2003: 73).

El enfoque del trabajo de investigación

Si bien estas polémicas son sumamente relevantes para la resolución de conflictos intraestatales, el trabajo no busca ahondar en ellas sino que, por el contrario, sitúa el eje de la discusión en un plano más práctico. Se parte de la creencia de que, si bien se está lejos de una visión unánime, en muchos de los debates señalados están lográndose importantes compromisos y visiones compartidas. Por ejemplo, en el transcurso de la última década, ha emergido cierto consenso de que la intervención conducida con fines humanitarios representa una excepción al principio de no intervención. Ello responde a la necesidad de imposibilitar que el respeto por la soberanía estatal sea utilizado como cláusula de escape (Crocker 1996) o como escudo frente a violaciones masivas de los Derechos Humanos (Annan 2001). Incluso algunos han sugerido que la práctica de la intervención humanitaria podría transformarse en derecho internacional consuetudinario (Caplan 2003; Greenwood 1999), y aquellos que rechazan esta visión consienten sin embargo que al menos no es posible argüir que la intervención humanitaria sea totalmente ilegal (Chesterman 2001: 87).

Además de las cuestiones morales y éticas que plantea una intervención externa, y que sin duda son muy importantes, es necesario atender las consideraciones prácticas de la intervención: *qué funciona, cuándo, dónde y cómo*. Esta investigación presupone entonces que las polémicas mencionadas han sido superadas y se ocupa de los dilemas estratégicos que surgen una vez que se ha decidido llevar a cabo una operación militar de este tipo, situándose así en una etapa posterior del proceso de toma de decisión. En esta área se han concentrado menores esfuerzos y la literatura se encuentra aún en un estado embrionario. Ocurre que al focalizar en exceso la atención en los pasos anteriores se ha relegado el estudio de las condiciones que aumentan la probabilidad de éxito de las intervenciones, por lo que éstas han tendido a realizarse de forma *ad hoc* y con escasa reflexión táctica.

No obstante, el enfoque práctico de esta investigación no está desvinculado con los debates normativos presentados: si bien el trabajo se sitúa en una etapa posterior del proceso de toma de decisión, la resolución de conflictos es un *proceso* y las reflexiones estratégicas de una fase impactan sobre las decisiones en otras etapas. Así, por ejemplo, al decidir si intervenir o no muchos han recurrido a la teoría de la guerra justa como guía de acción. De acuerdo con el *jus ad bellum* es necesario tener una perspectiva razonable de éxito al contemplar una intervención, y es aquí donde conocer las tendencias generales de distintas estrategias puede nutrir el proceso de decisión (Seybolt 2006: 26). Si se probase que las intervenciones fallan a una tasa intolerable

de manera que no logran frenar la violencia entre grupos en conflicto, inútil sería continuar debatiendo la ética y la moral de las mismas.

Esta investigación pretende investigar cómo puede un actor externo influenciar el curso de una guerra civil y contribuir a su eventual resolución. Se propone analizar las estrategias de intervención que terceras partes han utilizado a través de los años para poner fin a conflictos internos de otro Estado con el objetivo de identificar las principales condiciones y estrategias que deben considerarse al desarrollar un curso de acción. La pregunta de investigación que guía al trabajo es: *¿Cuáles son las condiciones y estrategias de intervención externa en un conflicto intraestatal con mayor probabilidad de éxito?* Debe advertirse que al preguntarse por las condiciones de éxito no se procura abarcar todas las posibles estrategias, sino algunas de las que han sido indicadas como más relevantes por la literatura actual, las cuales se discuten en el capítulo siguiente.

Si bien la intervención no es un instrumento de resolución de conflictos exclusivamente contemporáneo, sino que es una práctica que lleva varios siglos (Caplan 2003: 133), no resulta evidente cuáles han sido las condiciones de intervención más exitosas. Las estrategias utilizadas por las terceras partes a lo largo del tiempo han sido inconsistentes y fluctuantes. Por ejemplo, mientras algunas intervenciones han sido llevadas a cabo unilateralmente, otras han sido conducidas bajo los auspicios de la ONU. Ciertas intervenciones se han realizado para sostener un cese de fuego, y otras para provocarlo. Al tiempo que algunas operaciones han apoyado a los gobiernos en la lucha contra los rebeldes del país, otras han buscado permanecer neutrales frente al conflicto. En el pasado no han existido reglas consensuadas a la hora de manejar conflictos con pérdidas masivas de vidas humanas, y tampoco las hay hoy (Evans y Sahnoun 2002).

Asimismo, las condiciones y estrategias con mayor probabilidad de éxito no son evidentes porque la evaluación del éxito a menudo ha tenido un fuerte elemento psicológico y coyuntural. Dos intervenciones podrían haber logrado lo mismo, o fallado de igual forma, sin ser evaluadas de la misma manera por la comunidad internacional. De esta forma, un aporte de este estudio es que permite evaluar todas las estrategias con un criterio único, contribuyendo así a una evaluación más objetiva de las condiciones de éxito de una intervención externa.

La investigación se presenta entonces como un esfuerzo por sistematizar la información disponible con el objetivo de generar conocimiento sobre las estrategias apropiadas de resolución de conflictos. Por lo general, los tomadores de decisión, al elegir cómo realizar una intervención, se basan en lecciones aprendidas de casos que estiman ‘similares’ al presente. Pero el método de analogías posee una falla intrínseca: de elegirse un caso inexacto y desacertado, pueden decidirse estrategias inadecuadas que condenen la intervención al fracaso (Regan 2002a: 15). El caso errado podría ser tanto uno de éxito como un fracaso: como señala Robert Jervis (1976), es peligroso en ambos casos aplicar las lecciones de experiencias que no se ajustan a las mismas condiciones. Este autor critica la poca atención puesta en considerar si

los atributos de una situación se repiten en el caso a decidir, o si existen alternativas que constituyen mejores analogías (Jervis 1976: 275-278). Por ejemplo, después de la debacle en Somalia, los dirigentes estadounidenses contrastaron cada posibilidad de intervención con aquel episodio, a pesar de que los conflictos no eran necesariamente comparables, salvo en que se trataban, de forma muy general, de conflictos intraestatales⁷.

El problema de las analogías es que, al prestarse poca atención a los atributos de las distintas alternativas, depende de la *percepción* de que tal o cual conflicto ha sido un éxito o fracaso, y de la creencia de que ése es análogo al caso presente sobre el cual debe tomarse una decisión⁸. Como resultado, no existe conocimiento objetivo sobre las estrategias más adecuadas para conducir una intervención.

“When policymakers begin asking questions about the likely prospects of formulating an effective intervention strategy, they currently have little systematic evidence from which to draw reliable conclusions. [...] One result is that policy-making becomes rather ad hoc. Analogous cases are often used to get some idea about the likelihood of achieving the desired goal, but the case selection is rarely on firm ground” (Regan 2002a: 134).

Del mismo modo, Mack (2002) ha señalado la falta de conocimiento sobre qué funciona y qué no:

“...the international community’s approach ... is too often akin to physicians prescribing treatment without prior diagnosis. Policymakers confront political imperatives to ‘do something’ about violent conflict, but often have to act without really knowing what will and will not work” (Mack 2002: 515).

Este trabajo presenta una metodología que podría enriquecer el proceso de toma de decisión, al presentar una alternativa al método de analogías. Se asume que existen tendencias históricas

⁷ Al respecto, Jervis señala que existe una predisposición a ver los eventos recientes y dramáticos como análogos, sin considerar modelos alternativos o las implicancias de esta percepción (Jervis 1976: 282).

“... there is often little reason why those events that provide analogies should in fact be the best guides to the future. Why should the last war, rather than earlier ones, most closely resemble the contemporary situation? [...] Lessons are superficial and overgeneralized. Analogies are applied to a wide range of events with little sensitivity to variations in the situation” (Jervis 1976: 281).

⁸ Los tomadores de decisión utilizan las analogías porque *creen* que se encuentran frente a un caso similar. Jervis señala así que “[t]he error then resides in the perceptual stage of the decision-making process” (Jervis 1976: 276). El método de analogías potencia así la importancia del individuo o grupo que toma las decisiones y se presenta como un proceso subjetivo. Esta investigación busca utilizar una metodología cuyos resultados permitirían reducir el efecto de la idiosincrasia asociada al método de analogías.

que demuestran qué condiciones y estrategias maximizan la probabilidad de éxito, y por ello se realiza un estudio sistemático de todas las intervenciones militares realizadas a lo largo de más de cincuenta años. Identificar estos patrones reduciría la incertidumbre que enfrentan los tomadores de decisión al evaluar una intervención dado que, hipotéticamente, podrían valerse de estos resultados para guiar sus decisiones (Regan 2002a: 140). Las probabilidades de éxito de las tendencias históricas explicitan las distintas alternativas y permiten desligarse del recurso a las analogías. Como señala Robert Jervis:

“A decision-maker whose conceptual framework is dominated by a few categories will fit these events into them quickly and on the basis of little information. On the other hand, those who are familiar with multiple possibilities will be less influenced by a single historical case” (Jervis 1976: 270).

Stern y Druckman destacan:

“By examining historical cases systematically, analytical studies can identify the conditions that have been favorable to the success of a particular strategy in the past and help practitioners identify aspects of a new situation that are especially important to consider in making policy choices” (Stern y Druckman 2000: 35).

No se pretende sostener que sólo deberían pesar estas tendencias en el proceso de toma de decisión. Muy por el contrario, deberían tomarse los resultados como base para guiar las deliberaciones y apoyarlos con información de casos específicos para tomar decisiones más informadas y acertadas (Regan 2002a: 148); es decir, el esfuerzo es complementario. El objetivo no es proveer respuestas definitivas sobre cuándo y cómo intervenir, sino identificar las opciones estratégicas disponibles y sus límites (Seybolt 2006: 26). Como señala William Maley:

“Choices confronting decision makers on the eve or in the midst of an intervention will scarcely ever be easy, and there is no fail-safe process for ensuring that wise decisions will be made. The better informed decision makers can become about past experiences of intervention ... the better placed they may be to avoid egregious error” (Maley 2002: 275).

El trabajo pretende entonces aportar al conocimiento de las intervenciones utilizando una metodología infrecuente en esta área de la disciplina, a modo de complementar con aquellos estudios más usuales que utilizan otro método de investigación.

“Although drawing lessons from key events or historical analogies is an important form of learning, particularly given the psychological tendency for people to overweight dramatic events and underweight statistical averages in their assessments of frequency and probability, learning can also involve probability updating, learning new skills or procedures, or the incremental change of beliefs over time as a result of the gradual cumulation of experience” (Levy 1994: 287).

Los conflictos internos conforman una parte significativa de los conflictos armados en la actualidad y desafían regularmente la paz y seguridad internacional. Consecuentemente, analizar las opciones disponibles para ayudar a resolver los procesos sociales más violentos es imperativo tanto para académicos como para políticos.

Comprender los métodos disponibles para la resolución de conflictos internos es necesario si se ha de defender la indivisibilidad de los Derechos Humanos. Es imperioso lograr un consenso sobre las prácticas más legítimas y efectivas para contribuir a la resolución de los conflictos intraestatales. Como señalan Evans y Sahnoun, pocas cosas han hecho más daño al ideal compartido de que todas las personas son iguales en valor y dignidad que la inhabilidad de la comunidad internacional de prevenir las violaciones masivas de Derechos Humanos (Evans y Sahnoun, 2002: 100).

Asimismo, la investigación reviste de interés desde una perspectiva práctica. La sistematización de los resultados de las intervenciones del pasado es necesaria para producir conocimiento que permita el surgimiento de un consenso disciplinario actualmente inexistente. Lo interesante del problema de investigación es que se sitúa entre la frontera de lo académico y lo político, al tiempo que fomenta una creciente interacción entre ambas actividades. Con frecuencia el ámbito académico y político han predicado y sostenido teorías contrapuestas, lo cual no ha permitido el avance de la disciplina y ha generado en cambio un alto grado de confusión.

“In every field of human endeavour there is a tension between theoretical ideas and the actual problems policy makers face. In the field of conflict resolution the tension is often more like an unbridgeable gulf. Scholars and practitioners have been socialized to look with dismay on the other’s efforts. [...] There is...a total inability by one group to understand, or learn anything from, the other” (Bercovitch, Clements y Druckman 2005: 133).

Por ello, el enfoque de toma de decisiones que adopta el trabajo tiene un valor adicional: alentar la interacción entre el conocimiento académico y la práctica política. En este

sentido, la investigación pretende sanear la distancia que actualmente existe a fin de mejorar el entendimiento sobre las estrategias disponibles para resolver conflictos internos.



Universidad de
San Andrés

CAPÍTULO 2: Los principales debates estratégicos de la intervención externa

“The deeper one delves into the literature on intervention, the more incredulous one becomes. The discrepancy between the importance attached to the problem of intervention and the bases on which solutions to it are founded is so striking that at first one wonders whether an adequate sample of the literature has been examined. Enlargement of the sample, however, only makes the discrepancy more glaring, and a different approach and ruminating in a wide variety of documents, one is compelled to conclude that the literature is indeed incredible. The spirit of scientific explanation appears to have had no impact on it whatsoever. In an age when it is second nature to assume that the solution of problems requires comprehension of their sources, scholarly writings on the problem of intervention are singularly devoid of efforts to develop systematic knowledge on the conditions under which interventionary behaviour is initiated, sustained, and abandoned” (Rosenau 1969: 149).

Este capítulo reseña la literatura existente que identifica las *condiciones y estrategias que mejoran la probabilidad de que una intervención en un conflicto intraestatal sea exitosa*. El objetivo es presentar los argumentos y polémicas más relevantes para contestar a la pregunta de investigación, para luego evaluar la importancia de los resultados de la investigación a la luz de estos debates.

Un repaso de la literatura referente a la intervención evidencia por qué el reproche de Rosenau hace eco aún hoy, a casi cuarenta años de su publicación. Su crítica no menciona la *cantidad* de estudios sobre este tema, sino su *calidad*: si bien mucho se ha escrito sobre la intervención externa, gran parte de la literatura carece de rigor científico. Esto no significa que no existan datos empíricos, sino que las bases empíricas se toman por sentado o son elegidas para apoyar el enfoque normativo, jurídico o político del análisis (Rosenau 1969: 149). El estudio de la intervención está repleto de valoraciones subjetivas de la realidad, de percepciones y opiniones, de conocimiento ‘convencional’; existen pocos estudios objetivos de la intervención y su impacto sobre el desarrollo de un conflicto. En palabras de Rosenau:

“All that exists in an enormous amount of conventional and legal wisdom in which conclusions are asserted on the basis of a jumble of ringing affirmations, impressive insights, clearcut preferences and supportive historical examples” (Rosenau 1969: 150).

La gran mayoría de los trabajos empíricamente fundamentados realizan estudios de casos y aquí no se cuestionará el aporte que esta metodología puede hacer a la comprensión de un fenómeno, pero sí debe criticarse el hecho de que sea casi exclusivamente la *única forma* de evaluar el impacto de la intervención. Debe señalarse sin embargo que en los últimos diez años se observa un mayor esfuerzo en la disciplina por desarrollar nuevas herramientas metodológicas útiles para el problema en cuestión. Así, por ejemplo, se advierte que los métodos estadísticos son usados con mayor frecuencia para investigar las causas de los conflictos internos y sus posibles soluciones. El conocimiento disciplinario podría desarrollarse más afinadamente si las distintas metodologías pudiesen complementarse y no se dependiese casi exclusivamente de una, ya que esto permitiría que las desventajas de un método sean saneadas por las ventajas de otro.

“The two approaches are complementary, not contradictory. It is certainly true that econometric studies cannot provide detailed explanations of individual cases; they do not claim to do so. But nor can individual case studies, however rich, provide generalizations” (Mack 2002: 517).

Otra debilidad de la literatura existente para responder a la pregunta de investigación es que por lo general los trabajos analizan una sola variable. Por ejemplo, existe un grupo de investigadores abocados al estudio del impacto de las intervenciones en los conflictos étnicos, pero dejan de lado otras cuestiones no relacionadas al tipo de conflicto que sin embargo son relevantes. El evaluar las distintas variables por separado genera dos errores: primero, se tiende a otorgar excesiva importancia a una u otra variable, y segundo, no se contempla la interacción entre las distintas variables, desestimándose el impacto que puedan tener *entre sí*. Estas falencias también explican porque, a pesar de que mucho se ha escrito, poco se comprende realmente sobre los mecanismos que subyacen a una intervención y que impactan sobre su probabilidad de éxito.

Para contribuir eficazmente a la resolución de los conflictos armados y, eventualmente, lograr prevenirlos, es necesario comprender su origen y las lógicas de su evolución. A pesar de la preponderancia de los conflictos intraestatales en el escenario de seguridad actual (representan más del 90% de los conflictos armados totales), Andrew Mack señala que la mayoría de los analistas de seguridad continúan centrando su atención en el sistema interestatal

(Mack 2002: 516). El foco en las relaciones entre Estados que continúa teniendo el realismo –la principal corriente de la disciplina en cuestiones de seguridad- explica en parte la escasez de estudios sobre las causas y las soluciones de los conflictos intraestatales.

Dentro de los trabajos que estudian los conflictos internos, un trabajo responde directamente a la pregunta de investigación: “Conditions of Successful Third-Party Intervention in Intrastate Conflicts” de Patrick M. Regan (1996), cuyos argumentos son desarrollados más extensamente en su libro “Civil Wars and Foreign Powers: Outside Intervention in Intrastate Conflict” (2002a). Este autor realiza un estudio sistemático de las intervenciones militares, económicas y mixtas (intervenciones militares y económicas) de 1944 a 1994, a fin de investigar qué estrategias y condiciones se asocian con probabilidades de éxito mayores.

Esta investigación retoma en gran medida los lineamientos del trabajo de Regan, haciendo una contribución a la literatura a través de la actualización de la base de datos, fortaleciendo ciertas debilidades del trabajo del autor y testeando dos hipótesis originales – explicadas en el siguiente capítulo- contra el conjunto de observaciones. Se anticipa que este trabajo, a diferencia del estudio de Regan, no incluye las intervenciones económicas o mixtas, sino que se concentra únicamente en las intervenciones militares. El método de investigación es el mismo que el utilizado por el autor, ya que se considera que posee numerosas ventajas en relación a las metodologías más tradicionales con las cuales se ha estudiado la intervención, las cuales han sido expuestas en el capítulo anterior.

Para cada una de las hipótesis analizadas, existen opiniones encontradas e incluso antagónicas. Esta no es una cuestión menor si se toma en cuenta que la falta de consenso en el ámbito académico inhibe la traducción del conocimiento generado sobre la resolución de conflictos a la arena decisoria, porque los tomadores de decisión no disponen del tiempo necesario para elegir entre explicaciones en competencia, lo cual en definitiva termina reduciendo la importancia que estos trabajos merecen. El problema de investigación se manifiesta de esta manera como oscuro y carente de respuestas consensuadas, y gran parte de la motivación de este trabajo es contribuir a este esclarecimiento.

A continuación, se exponen las principales variables que la literatura identifica como relevantes a la hora de identificar las condiciones y estrategias con una mayor probabilidad de éxito. Primero se presenta la literatura que encuentra en el tipo de conflicto un factor determinante del éxito de una intervención. Luego se reseñan los principales argumentos encontrados en torno a la importancia que las características del interventor pueden tener, en particular, si se trata de un actor regional o internacional, y si es un actor colectivo o unilateral. Por último, se reseña la literatura existente en torno a la neutralidad o toma de posición de la tercera parte que interviene.

La naturaleza del conflicto

Los trabajos referentes a la intervención externa como método de resolución de conflictos identifican en el *tipo de conflicto* una variable relevante a la hora de estimar su probabilidad de éxito. Así, varios autores distinguen al menos entre conflictos ideológicos y étnico-religiosos (Kaufmann 1996, Kaufmann 2004, Sambanis 2000) e incluso algunos desagregan esta última categoría, considerando así conflictos de naturaleza ideológica, étnica, y religiosa (Regan 1996, Regan 2002a)⁹.

Gran parte de la literatura consultada analiza la mayor o menor dificultad que imparte la resolución de un conflicto de identidad, ya sea éste étnico o religioso. En el desarrollo de estos argumentos ha sido fundamental (pero no fundacional) el fin de la Guerra Fría, la desintegración de la ex Yugoslavia y el conflicto en los Balcanes, lo cual ha propiciado el estudio de los orígenes del conflicto étnico y sus principales características.

El supuesto más difundido en la disciplina es que las guerras étnicas son conflictos de valores sobre temas cercanos al corazón que pueden remontarse a viejas enemistades cimentadas a lo largo del tiempo (Walter 2002: 12). Esta teoría de los odios ancestrales (*ancient hatreds*) es aplicada con frecuencia al conflicto en los Balcanes y se ha arraigado profundamente en el discurso doctrinario, político y mediático habitual. La importancia de esta tesis para el problema de investigación propuesto es que supone que la resolución de los conflictos étnicos es sustantivamente diferente a la de los conflictos de naturaleza ideológica. Como explica Barbara F. Walter:

“Such wars are ... thought to be less amenable to rational calculations of costs and benefits than conflicts between combatants drawn from similar identity groups. Ethnic conflicts are viewed as... ‘bitter rivalries’ not power politics. [...] By this theory, once violence erupts, identities become cemented in ways that keep combatants from working together. This theory predicts that combatants fighting over issues tied to their identities will have greater difficulties reaching a compromise settlement than those fighting over more negotiable political or economic issues” (Walter 2002: 12).

El hecho de que esta teoría postula que los combatientes no realizan cálculos estratégicos de costo-beneficio debilita la expectativa de que un intento internacional, como puede ser una intervención externa, pueda alterarlos. De ello sigue que, según esta teoría, no existen grandes espacios de acción para un agente externo que busca conseguir un cese en las hostilidades, es

⁹ Debe advertirse que el tipo de conflicto no suele ser tan nítidamente distinguible como podría esperarse. Este punto es retomado en el capítulo siguiente al explicar la forma en que se ha operacionalizado la naturaleza del conflicto.

decir, la probabilidad de éxito de intervención en un conflicto étnico es *menor* que en un conflicto ideológico. Así, en relación al caso de Bosnia, George Bush, ex Presidente de los Estados Unidos, ha dicho:

“‘Let no one think there is an easy or a simple solution to this tragedy’ which results from ‘age-old animosities’, said George Bush, ‘whatever pressure and means the international community brings to bear’” (George Bush, citado en Kaufmann 1996: 136).

Un supuesto sobre la resolución de conflictos relacionado a esta teoría es que las perspectivas de éxito de una intervención disminuye a medida que aumentan los costos de la guerra que se intenta detener. En particular, se destaca el impacto de los costos en vidas humanas para la profundización de las barreras psico-sociales para construir la paz. Si los conflictos étnicos tienden a estar asociados a una historia de enemistad, deberían de tener una probabilidad de éxito *menor* porque han causado más daños humanos a través de los años. Doyle y Sambanis (2000) ofrecen pruebas empíricas de que este supuesto es correcto para las guerras civiles estudiadas.

Chaim Kaufmann también sostiene que la naturaleza del conflicto tiene un impacto significativo sobre la probabilidad de una intervención exitosa, pero arguye que una intervención en un conflicto étnico tiene *mayores* posibilidades de ser exitosa que en un conflicto ideológico. Según este autor, la diferencia central entre los conflictos ideológicos y étnicos radica en la flexibilidad de las lealtades individuales: en los primeros, las lealtades de las personas son relativamente fluidas y difíciles de clasificar, al tiempo que son casi completamente rígidas y transparentes en los segundos¹⁰ (Kaufmann 1996: 138). Esto último refleja el hecho que las identidades étnicas están determinadas por el lenguaje, la cultura, la religión y el parentesco. Incluso si se aceptase que las identidades étnicas son construcciones sociales flexibles que pueden ser manipuladas por emprendedores políticos o ‘élites depredadoras’ y adoptadas o no por los individuos (De Figueiredo y Weingast 1999, Kaufman 1996), la identidades son endurecidas por la movilización que acompaña a la guerra étnica (Kaufmann 1996: 140).

Las restantes diferencias que identifica el autor entre ambos tipos de conflicto son consecuencia de esta primera fundamental. Por ejemplo, mientras que en las guerras civiles ideológicas el factor decisivo es la competencia de los políticos locales y el control territorial es relativamente poco importante, los conflictos étnicos son en esencia luchas territoriales (dado

¹⁰ Un punto similar realizado por Samuel P. Huntington sobre las civilizaciones sirve para ilustrar el punto más claramente: “In class and ideological conflicts, the key question was ‘Which side are you on?’ and people could and did choose sides and change sides. In conflicts between civilizations, the question is ‘What are you?’ That is a given and cannot be changed” (Huntington 2001: 343).

que cada bando sólo puede movilizar a miembros de su grupo que se encuentren en territorio controlado por el bando) y su resultado está determinado por el balance de la fuerza militar (Kaufmann 2004: 405). En consecuencia, la ayuda externa (tanto económica como militar) puede ser decisiva porque puede alterar dramáticamente el balance de recursos y de fuerza, al tiempo que la competencia política, de ser carente, puede ser sustituida por una intervención militar directa. Además, mientras que en los conflictos ideológicos únicamente los líderes enfrentan dilemas de seguridad¹¹, en las guerras étnicas son muy intensos y afectan a todos los integrantes de cada bando (Kaufmann 2004: 396).

Kaufmann argumenta que la naturaleza de cada tipo de conflicto afecta la probabilidad de éxito de la intervención externa: la intervención será más exitosa si el conflicto es étnico. Por un lado, el balance de fuerzas militares es un factor crucial en la guerra étnica, por lo que una intervención militar podría generar un impacto significativo sobre éste y, en consecuencia, sobre el resultado del conflicto. Por otro lado, la inflexibilidad de las lealtades individuales implica que resulta más fácil reconocer al amigo y al enemigo.

Sin embargo, el autor introduce una condición para que la intervención sea exitosa: debe buscar solucionar los dilemas de seguridad que se originan entre grupos étnicos que han recurrido a la violencia. Para hacerlo, la intervención no debe intentar reconstruir estados multiétnicos sino dividir a las partes en regiones separadas y defendibles (Kauffman 1996: 150). Este razonamiento ubica a Kaufmann entre los defensores de la *teoría de la partición*, la cual sugiere que los conflictos étnicos presentan excesivas dificultades por lo que puede llegar a ser imposible una solución que reconstruya el Estado. Según esta teoría, la única opción para solucionar el dilema de seguridad es dividir al Estado antecesor en enclaves militarmente defendibles y étnicamente homogéneos. Entre los investigadores que proponen estas ideas se encuentran- además del ya mencionado Chaim Kauffman- autores de la talla de John

¹¹ Robert Jervis (1978) define al dilema de seguridad como una situación en la que los medios por los cuales un Estado intenta aumentar su seguridad reducen la seguridad de los otros. El aumento en los atributos defensivos de un Estado A es visto por el Estado B como una amenaza a su propia seguridad, es decir, se percibe que A expande sus capacidades militares para llevar a cabo una ofensiva y no para defenderse de una. En consecuencia, B incrementa sus recursos militares, y A, notando este aumento, vuelve a aumentar su arsenal. Los aumentos en la percepción de seguridad de un Estado se logran a expensas de los sentimientos de otro Estado. La 'tragedia' del dilema de seguridad es que los dos Estados no desean provocar la guerra, pero la incertidumbre de las intenciones del otro Estado genera la percepción de inseguridad que eventualmente conduce a ella (Roe 1999: 183-184).

Si bien originalmente este concepto fue empleado a las relaciones interestatales, ha sido utilizado recientemente para analizar conflictos intraestatales. En particular, los dilemas de seguridad se ubican en el centro de la *teoría de la partición*, la cual argumenta que para solucionar los dilemas de seguridad interétnicos solo resta la separación de los grupos en territorios étnicamente homogéneos y defendibles militarmente. En los dilemas de seguridad interétnicos, un grupo étnico desconfía de las acciones de otro y percibe las acciones del otro bando para aumentar su seguridad como amenazantes. La inflexibilidad de las identidades produce que una vez que las guerras empiezan, todos los miembros de un grupo deben de ser movilizados -lo deseen o no- porque el grupo étnico opositor reconocerá a todos los miembros del grupo como sus enemigos (Sambanis 2000: 2). Para una clásica explicación de esta lógica, véase Posen, Barry R. (1993) "The Security Dilemma and Ethnic Conflict." *Survival* 35 (1): 27-47.

Mearsheimer (1993; 1995), Stephen Van Evera (1995) y Donald Horowitz. Como explicase éste último, “[i]f it is impossible for groups to live together in a heterogeneous state, perhaps it is better for them to live apart in more than one homogeneous state, even if this necessitates population transfers” (Horowitz 1985: 588).

Esta teoría ha sido cuestionada por Nicholas Sambanis (2000), quien a través de un estudio estadístico de los conflictos étnicos argumenta que si bien la teoría es intuitivamente atractiva, no es más que una serie de afirmaciones infundadas.

“Beyond a handful of self-selected cases, partition theorists have not presented proof that partition is the only viable and credible solution to ethnic civil war. They have not even proven that partition outperforms other war outcomes in terms of peace-building potential” (Sambanis 2000: 2).

Su análisis demuestra que la separación no pone fin a la violencia, sino que comparte la suerte de otras prácticas de resolución de conflictos. En otras palabras, la partición de un territorio en enclaves étnicamente homogéneos no reduce el riesgo de que la guerra resurja, por lo que no es un mecanismo correcto para resolver el problema del antagonismo étnico violento (Sambanis 2000: 20). El descubrimiento de que las particiones son más probables cuando los grupos étnicos son grandes y menos probables a medida que aumenta el nivel de heterogeneidad étnica lleva al autor a proponer que si las fronteras pueden creíblemente y seguramente reescribirse, entonces combinar varios grupos étnicos grandes en un Estado mayor multiétnico puede reducir la probabilidad de futuras guerras (Sambanis 2000: 23). De esta forma, la respuesta, según el autor debe ser la integración étnica, y no la partición. Esta estrategia no sólo parecería ser superior desde el punto de vista empírico sino también desde el punto de vista moral, como explica Sambanis:

“In addition to having the potential for greater success than partition, this strategy is also not loaded with subjective and arbitrary assumptions about the necessity for ethnically pure states and about the futility of interethnic cooperation” (Sambanis 2000: 25-26).

El autor concluye que las particiones son también soluciones *imposibles* a los conflictos internos interétnicos. Pero además de compartir el éxito de las demás estrategias, la partición impone excesivos perjuicios sobre la sociedad civil: los movimientos poblacionales necesarios para crear enclaves homogéneos militarmente defendibles son dolorosos y costosos, y pueden sembrar las semillas de futuros conflictos. Lo trágico de la teoría de la partición es que sugiere que la respuesta a la limpieza étnica debe ser la limpieza étnica (Betts 1994: 32). El estudio de

Sambanis demuestra la importancia de realizar estudios empíricamente fundamentados que permitan desmitificar aquel conocimiento convencional y difundido que no resiste la contrastación empírica. Como indica el mismo autor:

“It is therefore imperative that international policy toward partition be informed by rigorous, empirically verified arguments, rather than by untested theory” (Sambanis 2000: 22).

Los trabajos de Regan (1996, 2002), al igual que Sambanis, realizan estudios sistemáticos para evaluar el impacto de la naturaleza del conflicto sobre la posibilidad de paz. En particular, Regan analiza cómo el tipo de conflicto mejora o empeora la probabilidad de que una intervención externa logre detener el conflicto. El autor demuestra que, si bien existe una ligera mayor probabilidad de éxito si la intervención responde a un conflicto étnico, en comparación con las variaciones que se observan en las demás variables estudiadas, la naturaleza del conflicto no es una variable fundamental para explicar la diferencias en los resultados de la intervención (se registra sólo un cambio del 5% de probabilidad) (Regan 1996: 350). La ventaja de un estudio que compare distintas estrategias es que permite afirmar que si bien el argumento de Kaufmann sobre la mayor probabilidad de éxito en conflictos étnicos sería correcto, debe ser matizado pues una intervención en un conflicto ideológico podría reunir demás características que la conviertan en un éxito.

El estudio de Doyle y Sambanis (2000) encuentra que las guerras de identidad (aquellas que Regan considera étnicas y religiosas) son una variable significativa para explicar la probabilidad de éxito, y están asociadas a una probabilidad de éxito *ligeramente menor*. Este resultado es significativo al 1%; sin embargo, no es directamente comparable con el de Regan porque los autores analizan *distintos tipos de operaciones de paz* y el análisis de Regan sólo se ocupa de las intervenciones que se realizan mientras el conflicto está activo y que intentan imponer la paz, es decir, las operaciones de *‘peace enforcement’*. Para este caso, Doyle y Sambanis advierten que sólo incluyen 4 casos en toda la muestra (Doyle y Sambanis 2000: 791). Lo interesante del estudio de estos autores, al igual que en el caso de Regan, es que permite sopesar la relevancia del tipo de conflicto en relación a otras identificadas como relevantes. Esto demuestra la importancia de realizar estudios sistemáticos que analicen distintas variables y permitan dar perspectiva sobre la importancia de una variable en relación a otras.

Esta investigación, al completar la base de datos de Regan para el período 1995-2005, permitirá evaluar si los resultados obtenidos se mantienen a través del tiempo o no, en particular dado que en la última década se ha percibido un aumento del número de conflictos étnicos como consecuencia del fin a la Guerra Fría y la disolución de la ex Unión Soviética. De acuerdo con esto es interesante demostrar la aplicabilidad de la tesis de Regan con más observaciones del

período de la Posguerra Fría. Si bien la base de datos de Doyle y Sambanis (2000) es más actual y podría hipotéticamente cumplir esta tarea, al analizar distintos tipos de intervención no permite evaluar el impacto de las intervenciones conducidas para imponer la paz. Además, esta investigación permitiría ofrecer una tercera opinión que medie la diferencia entre ambos estudios (el de Regan sugiere que la probabilidad de éxito es ligeramente *mayor* en conflictos étnicos y el de Doyle y Sambanis sugiere que la relación es inversa).

La ubicación geográfica del interventor en relación al lugar del conflicto

Este criterio hace referencia no ya a la naturaleza del conflicto sino a las características de la tercera parte que interviene. En este caso, se busca determinar si la ubicación del actor tiene un impacto sobre la probabilidad de éxito de la intervención, por lo que se diferencia entre actores regionales y no regionales (o lo que es lo mismo, actores internacionales).

Lo atractivo de esta variable es que, si bien el debate por el lugar de los actores regionales en el esquema internacional de resolución de conflictos no es reciente, gran parte de la literatura corresponde a los últimos años y refleja el mayor papel que las organizaciones regionales han asumido en el mantenimiento de la paz. Este rol, reservado primordialmente a la ONU, ha sido ejercido crecientemente desde el fin de la Guerra Fría por organizaciones como la OTAN, la Comunidad Económica de los Estados de África del Oeste (o ECOWAS, por sus siglas en inglés), y la Unión Africana (UA). Como notó Kofi Annan en 1999, durante los noventas el mantenimiento de paz ha adquirido una dimensión fuertemente regional en todos los lugares donde ha sido practicada (Bellamy y Williams 2004: 194).

Este desarrollo podría reflejar la escasa capacidad de respuesta que ha tenido la comunidad internacional en ciertos episodios de crisis, y el bajo desempeño de ciertas operaciones conducidas por las Naciones Unidas. Por otro lado, podría también señalar la incapacidad de la organización mundial de responder a la inmensa cantidad de conflictos existentes; es decir, podría reflejar un desborde de la ONU y la suplencia de esta incapacidad por los arreglos regionales. La tabla que figura debajo muestra el número de misiones de paz iniciadas por las organizaciones regionales (tomadas como ejemplo de actores regionales) y la ONU. Se observa que si bien las organizaciones regionales han aumentado su participación, también la ONU ha aumentado su capacidad de respuesta, lo cual parecería confirmar la segunda sugerencia.

TABLA 1

Número de intervenciones conducidas por organización por período

Período	Organizaciones regionales	Naciones Unidas
pre-1954	1	2
1955-1971	3	8
1972-1988	5	6
1989-2005	31	44

Fuente: Diehl y Cho (2006)

El objetivo de esta sección es introducir el debate actual sobre el rol de las intervenciones regionales, y las ventajas y desventajas identificadas por la literatura pertinente. Es preciso destacar que la gran mayoría de los estudios se refieren al papel de las organizaciones regionales, pero se esbozará el debate tanto para las intervenciones de países regionales como para las de organizaciones regionales porque muchos argumentos pueden aplicarse fácilmente a los actores unilaterales.

La primera ventaja según la literatura es que los actores regionales tienen intereses centrales en juego, por lo que pueden lograr más fácilmente la voluntad política necesaria para conducir una operación de paz. La lógica subyacente es que los países regionales se ven afectados más directamente por la prolongación del conflicto. Como señala Michael Brown, los conflictos internos pueden afectar la estabilidad regional, a partir de la interrupción de relaciones económicas o los flujos migratorios de refugiados, por ejemplo (Brown 2000: 187-188). En apoyo de este argumento, Salehyan y Gleditsch (2006) demuestran empíricamente que los refugiados generan externalidades negativas en los Estados receptores y aumentan la probabilidad de que se inicie un conflicto en el Estado receptor¹².

En consecuencia, puede suponerse que los países vecinos a la zona de conflicto tienen interés en lograr la finalización de la violencia, a modo de devolver estabilidad a la región. La proximidad geográfica debería así propiciar una intervención llevada a cabo como respuesta a intereses de seguridad nacional. Si se asume que las intervenciones que persiguen intereses primordiales para el Estado son conducidas con mayores recursos y esfuerzos, entonces las

¹² El actual conflicto en el campo de refugiados Naher al-Bared en el Líbano es un ejemplo reciente de esta hipótesis. El gobierno libanés sostiene que dentro del campo de refugiados se albergan rebeldes del grupo Fatal al-Islam, por lo que se ha convertido en un foco de inseguridad para el país. Los combates se han transformado en los enfrentamientos internos más sangrientos desde el fin de la guerra civil del Líbano (1975-1990). Según el diario La Nación, “la lucha han dejado, entre soldados, militantes y civiles, un saldo de más de 80 muertos y cientos de heridos”. El grupo Fatal al-Islam, creado en noviembre de 2006, es apoyado -de acuerdo con el gobierno libanés- por el servicio de inteligencia sirio, que busca desestabilizar al país (“Se reanudan los combates en el Líbano” 2007).

intervenciones regionales deberían conducir a intervenciones con mayor probabilidad de éxito y se evitarían las intervenciones tímidas tan frecuentemente criticadas por su escasa efectividad (Betts 1994: 31). Maurice Marnika apoya este argumento al argumentar que como el conflicto puede expandirse, los actores vecinos “*may be more compelled to act*” (Marnika 1996: 10).

Esta intuición parecería estar respaldada por el análisis de Ernst B. Haas, el cual demuestra que los conflictos afrontados por organizaciones regionales entre 1945 y 1981 han tenido más resultados exitosos que los resueltos por organizaciones internacionales (Haas 1983). No obstante, esta diferencia podría referirse al hecho que las organizaciones regionales han tratado con conflictos menos problemáticos (Kriesberg 1994: 171).

Un segundo argumento a favor de las intervenciones regionales es que el actor regional posee ciertas virtudes inherentes a su condición que impactan positivamente en el éxito que puede tener al conducir una intervención. Así, se ha señalado que poseen un mayor conocimiento de las causas de raíz del conflicto, y en consecuencia, pueden desarrollar una estrategia más adecuada al caso particular (Marnika 1996). También se encuentran más familiarizados con los actores y las personalidades involucradas en el conflicto (Informe de la Comisión de Intervención y Soberanía Estatal 2001: 54). Además, se ha sugerido que las partes del conflicto pueden ser más maleables y otorgarle mayor legitimidad a las acciones de una tercera parte regional pues permite mitigar las críticas que supone el relativismo cultural (Marnika 1996: 10, Hough 2004: 120, Hettne y Soderbaum 2005: 451).

Otro argumento a favor de las intervenciones regionales es que permite solucionar el doble estándar percibido en cuanto al interés internacional en la resolución de conflictos de ciertas regiones. En el caso de Somalia, por ejemplo, la Organización para la Unión Africana (OUA) y las agencias de ayuda humanitaria acusaron al Consejo de Seguridad de aplicar distintos estándares en África y en Europa (Weiss y Hubert 2001). La existencia del doble estándar parecería corroborarse por el hecho de que el incremento en las misiones de paz de las organizaciones regionales no ha sido igual para cada región, sino que las organizaciones africanas son las que más han tomado los asuntos en sus propias manos. Así, por ejemplo la OUA (luego convertida en la UA) es responsable por más de un cuarto de todas las intervenciones multilaterales conducidas por organizaciones regionales (Diehl y Cho 2006: 195). Binaifer Nowrojee (2004) argumenta que los Estados africanos han debido asumir este desafío porque los países no le han proporcionado la ayuda necesaria a algunas regiones del mismo modo como han ayudado a otras.

“...military intervention in conflict-affected countries sponsored by African continental or sub-regional institutions is increasingly becoming a reality. The major world powers have not given the United Nations (UN) the capacity to respond effectively to Africa’s wars. [...] African states have no choice but to take up the challenge” (Nowrojee 2004).

Sin embargo, África, además de ser la región que muestra la mayor inclinación por mantener su propia paz, es la región que más misiones de paz de la ONU ha recibido, por lo que no podría sugerirse que la actitud proactiva de las organizaciones africanas se deba al doble estándar internacional, sino más que nada a que es una región sumamente conflictiva y la ONU está desbordada en su tarea (Diehl y Cho 2006: 197). De nuevo, la *percepción* de que el incremento en el papel de los actores regionales en la resolución de conflicto se corresponde con un papel atenuado por parte de la ONU no resiste la comprobación empírica. Un analista resume el argumento correcto:

“The range of conflicts around the world far exceeds the United Nation’s capacity to address them; there have been accusations of bias in the choice of which conflicts the UN intervenes and in the manner in which they are addressed” (Roberts 1996: 297).

En este sentido, una ventaja de que los actores regionales asuman un papel en la resolución de conflictos es que presentan una alternativa a la incapacidad de la ONU de hacer frente a todos los conflictos, lo cual reduce la dependencia en la organización internacional para lograr un cese de las hostilidades. En esta línea, Hettne y Söderbaum sostienen que “[t]he international community seems to be able to deal with only one crisis at the time, which is one comparative advantage of regional crisis management” (Hettne y Soderbaum 2005: 459).

Similarmente, Diehl, Reifschneider y Hensel argumentan que la ONU suele intervenir cuando el conflicto ya está avanzado y se desvincula antes de lo que debería. Si bien esta investigación no se ocupará de las operaciones de *prevención temprana* y de *mantenimiento de paz* luego de un acuerdo, es interesante destacar que los actores regionales tienen un rol importante en esas etapas para suplir la incapacidad de la ONU (Diehl, Reifschneider y Hensel 1996). Este papel que las organizaciones regionales pueden tener es también reconocido por Markina, quien sugiere que los interventores regionales “... are better able to provide early warning, information gathering and fact finding, all of which are critical to the success of any peacekeeping operation” (Markina 1996: 10).

En contraste con las ventajas identificadas por la literatura, también se encuentran argumentos en contra de las intervenciones regionales. La principal crítica señalada por distintos autores es que las terceras partes regionales carecen de los recursos necesarios para iniciar y sostener una intervención militar. Un ejemplo clásico de esta literatura es la operación de la OUA en la guerra civil en Chad, frecuentemente criticada por su fracaso colosal, la falta

de recursos y de reflexión estratégica¹³. Recientemente, los esfuerzos realizados por la AMIS (Misión de la Unión Africana en Darfur) han ejemplificado los problemas asociados a las contribuciones de los miembros de la organización. En el caso de la Unión Africana, Gerard Prunier argumenta que la organización operaba bajo expectativas poco realistas sobre las contribuciones que sus miembros realizarían (Prunier 2006: 1999). Al final, los costos de la operación de paz en Darfur (casi 250 millones de dólares) fueron financiados por donantes externos. Si bien esto fue parte del arreglo (permitió a las organizaciones internacionales participar en la acción sin comprometer tropas ni asumir la responsabilidad) demuestra una incapacidad de las organizaciones regionales de responsabilizarse por la defensa de los Derechos Humanos *en ausencia* de apoyo de organizaciones internacionales. Las limitaciones presupuestarias de las organizaciones regionales podrían entonces inhibir la consecución de una intervención efectiva y a tiempo (Nowrojee 2004).

Podría argumentarse que las organizaciones internacionales también enfrentan limitaciones económicas. Sin embargo, a pesar de que los fondos con los que cuentan las Naciones Unidas para realizar intervenciones se han ido reduciendo con el paso de los años, la ONU siempre ha recibido este apoyo presupuestario (Marnika 1996: 10). Debe notarse asimismo que las Naciones Unidas tienen una base más amplia de donde obtener recursos. En las organizaciones regionales, se suele depender excesivamente de los Estados con más recursos, y esto puede llevar a una situación donde los Estados más grandes y poderosos se vuelven políticamente dominantes por su papel sobresaliente (Marnika 1996: 10).

Además de la falta de recursos, algunos críticos sostienen que muchos países u organismos regionales no cuentan con la experiencia y estructura burocrática necesaria para conducir operaciones de paz efectivas (Bellamy y Williams 2005: 160). Asimismo, se ha señalado que los actores regionales a menudo carecen de los recursos logísticos necesarios – habitualmente ignorados en los análisis, pero de suma importancia– para realizar una intervención, es decir, no tienen experiencia acumulada en preparar, montar y mantener una operación de paz (Marnika 1996: 10).

Aquellos escépticos de la intervención regional señalan una segunda crítica a este tipo de operación: frecuentemente, las terceras partes son incapaces de actuar imparcialmente. Dado que pertenecen a la región en cuestión, la participación de estos actores aumenta la posibilidad de que intervengan a favor de un particular bando o resultado, sea esto realizado de manera consciente o inconsciente (Boulden 2005: 154). Si bien la neutralidad no es un requisito sino una forma entre otras que puede asumir la operación de paz, en los conflictos regionales tiene una connotación distinta: las terceras partes no sólo favorecen a una parte en el conflicto sino que *son* parte del conflicto. Esta desventaja de la participación de actores regionales ha sido

¹³ Véase Amadu Sesay (1991) “The Limits of Peacekeeping by a Regional Organization: The OAU Peacekeeping Force in Chad”, *Conflict Quarterly*, 11: 7-26.

reconocida por la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal de 2001 (ICISS 2001: 22). De esta forma, la legitimidad de la que pueden gozar los actores regionales a causa de pertenecer a la zona puede verse reducida si se percibe que alguno tiene ambiciones territoriales o deseos de influir políticamente la disputa. Por ejemplo, Nigeria ha sido frecuentemente atacada por su rol conspicuo en la fuerza regional establecida en Liberia (Marnika 1996: 10).

Asimismo, ciertos autores han mencionado que al conducir una intervención, los actores regionales tienden a violar los derechos humanos –frecuentemente con impunidad– y además ignoran los esfuerzos de reconstrucción de paz (*peacebuilding*) una vez que ha finalizado el conflicto (Marnika 1996: 10). Esto contrasta con el rol que algunos autores piensan que podrían asumir los actores regionales en las tareas de reconstrucción señalados anteriormente. Así, Binaifer Nowrojee (2004) sugiere que para el caso africano:

“A regional intervention may ignore critical post-conflicts components such as justice, demobilization, and restructuring the armed forces ... and in some cases from neighbouring countries that have an interest in the conflict they are peacekeepers that commit human rights violations and thus itself further contribute to an environment of impunity” (Nowrojee 2004).

Otro argumento en contra del creciente rol que los actores regionales están ocupando es que pueden relajar a las organizaciones internacionales, creyendo que la responsabilidad no es suya y quitándoles la presión a dar una respuesta sustantiva al conflicto. Nuevamente, para el caso africano se ha sostenido:

“...African regional intervention may encourage the wider international community in its tendency to abdicate its responsibility to respond to African crises. The reality is that Africa’s peacekeeping capabilities cannot in the short run equal those of the wealthier countries [...] Africa should not be expected to take sole charge of the burden of attempting to prevent or respond to war on the continent” (Nowrojee 2004).

Si bien la literatura identifica numerosas ventajas y desventajas de que el interventor sea regional, no se han encontrado estudios sistemáticos sobre el impacto de esta variable en la probabilidad de éxito de una intervención. El presente trabajo intentará contribuir en esta área de la disciplina realizando un estudio sistemático de la probabilidad de éxito de que el interventor sea regional.

Cantidad de actores

Todo análisis de las condiciones con mayor probabilidad de éxito debe preguntarse *quién* conduce la operación. Además de establecer si se trata de un interventor regional o internacional, la literatura señala que la cantidad de actores impacta sobre la probabilidad de éxito. Así, se ha tendido a distinguir entre los esfuerzos unilaterales (un solo país) y multilaterales. Esta última categoría puede desdoblarse tanto en acciones de organizaciones (como puede ser la ONU) como de coaliciones militares establecidas para intervenir en casos particulares (la coalición establecida para Irak ilustra la diferencia).

La literatura estudiada no examina sistemáticamente el impacto de esta variable sobre la probabilidad de éxito en conflictos intraestatales, sino que lo que se encuentra en este caso son fragmentos que permiten ver cómo el impacto de esta variable es evaluada por los distintos investigadores.

Las intervenciones multilaterales realizadas por organismos internacionales poseen ciertas ventajas sobre su contraparte unilateral. Para empezar, el mandato institucional provee a la intervención de legitimidad, dato particularmente importante si se tiene en cuenta que las acciones usualmente implican traspasar la soberanía de un Estado (Diehl 2000: 339).

Segundo, la institución provee un mecanismo a través del cual los Estados pueden debatir y establecer un curso de acción. Si bien esto no implica que haya unanimidad, implica que existe un acuerdo general sobre la misión (Diehl 2000: 339).

Tercero, trabajar a través de una institución soluciona los problemas de *acción colectiva*, lo cual implica una ventaja sustantiva sobre los Estados individuales, quienes pueden ser reacios a involucrarse en un conflicto intraestatal al tener que afrontar el costo de ‘bienes públicos’ como lo son la paz y seguridad internacional (Diehl 2000: 339). Del mismo modo que las intervenciones regionales –tanto unilaterales como multilaterales– pueden vencer la inercia política que caracteriza al proceso de toma de decisión, una intervención multilateral puede hacerlo pues permite repartir los costos de la esta acción¹⁴. En esta línea de razonamiento, Regan sugiere que los esfuerzos multilaterales pueden perseguir objetivos más complejos y a largo plazo porque permiten compartir los costos de la intervención (Regan 2002a: 137).

Por último, se ha argumentado que las intervenciones multilaterales son mejores ya que pueden beneficiarse del conocimiento colectivo y de contar con mayor apoyo que las intervenciones unilaterales (Nardin 2003: 21).

¹⁴ Una tendencia que ha estado desarrollándose en el último tiempo es la cooperación institucional entre distintas organizaciones. Carment y Rowlands (1998) argumentan fuertemente en contra de estos esfuerzos argumentando que disminuyen la credibilidad de que el interventor escalará sus esfuerzos para asegurar un cese en las hostilidades porque demuestra una renuencia a comprometer recursos para pacificar ese conflicto.

Entre los argumentos esbozados a favor de una intervención *unilateral* se destaca que cuantos menos actores estén involucrados, más fácil será arribar a los consensos necesarios para realizar una intervención. En este razonamiento subyacen los problemas de agregación de preferencias sugeridos por la teoría de elección social (*social choice*). De acuerdo con la paradoja de la votación, la probabilidad de que una agregación de preferencias individuales consistentes por mayoría genere resultados sociales cíclicos aumenta a mayor tamaño del grupo y a mayor número de alternativas¹⁵. Si las organizaciones multilaterales deciden si intervenir y cómo intervenir de acuerdo a la regla de mayoría, las intervenciones se entorpecerían y fracasarían. Un interventor unilateral estaría en ventaja desde este punto de vista porque podría adoptar las decisiones sin consultar con otras partes, evitando así el tipo de problema señalado.

Otra ventaja asociada a la anterior es que, desde el punto de vista militar, las intervenciones unilaterales reducen los problemas de comando y control. Como explica Michael E. Smith “certainly from the military point of view the formidable problems of command and control may be simplified when intervention is autonomous and unilateral” (Smith 1998: 67). Como las intervenciones multilaterales se componen de tropas de distintos países, los distintos ejércitos nacionales interpretan las reglas de distinto modo, y además, suelen buscar el consejo de sus gobiernos antes de seguir órdenes (Laitin 1999: 162). Los esfuerzos multilaterales se caracterizan también por las enormes diferencias que existen entre sus miembros, la falta de estandarización del equipamiento y la doctrina, e intereses nacionales distintos entre sus miembros (Marnika 1996: 10).

Algunos analistas han incluso postulado que las organizaciones internacionales no deben de realizar operaciones de *peace enforcement*. David Laitin, un especialista en el caso Somalia, esboza este argumento al analizar el rol que las Naciones Unidas tuvieron en el conflicto:

“Are these failures inherent in UN operations or are they just examples of poor management that can be fixed? [...] The UN’s record in Somalia was so egregious ... that it is difficult to calculate the expected payoffs of reform. [...] As a consensual organization... the UN is nearly compelled to reject decisive in-the-field military command. In light of this the best role for the UN is to vote for interventions... and then to subcontract the operation out to a state (usually the U.S.) capable of carrying it out ... the UN should not be involved in combat operations” (Laitin 1999: 166).

Existe cierto consenso en la literatura de que las coaliciones son la forma de organización con menor probabilidad de éxito. En otras palabras, si bien existe debate sobre la

¹⁵ Para una revisión de los trabajos de William Riker, Kenneth Arrow y Duncan Black, véase Shepsle y Bonchek (1997).

respectiva probabilidad de éxito entre las intervenciones unilaterales y aquellas llevadas a cabo por organizaciones, los autores coinciden en señalar que las coaliciones presentan un híbrido desafortunado.

Así, Barry R. Posen señala que la organización política de los interventores es un factor importante para determinar la probabilidad de éxito de la intervención: una coalición será menos efectiva que un solo Estado, porque los miembros pueden tener distintos grados de compromiso con la intervención y sin embargo deben acordar metas, estrategias, y contribuciones a realizar (Posen 2004: 421-422).

De modo similar, Maley (2002) señala que una coalición será menos exitosa que una alianza formal porque es más vulnerable a la fragmentación. Mientras se desarrolla una intervención, algunos de los objetivos pueden realizarse de mejor modo que otros, o pueden no realizarse en absoluto. Algunos de los países interventores pueden enfrentar consecuencias imprevistas de la intervención, por lo que su compromiso puede menguar. Esta dificultad será menos probable cuando se trate de una alianza formal, pero puede provocar importantes problemas prácticos si la intervención se basa en compromisos *ad hoc* (Maley 2002: 274).

Esta investigación intentará determinar qué tipo de intervención está asociada a una mayor probabilidad de éxito. Según los argumentos de Diehl, debería de existir un resultado mixto.

“Clearly, United Nations peacekeeping has a decidedly mixed record of success... regardless of the evaluative criteria employed. [...] It is clear that a UN-organised force is no guarantor of success, but neither are such operations inherently doomed to failure” (Diehl 2000: 340).

En contraste a toda la literatura consultada, el análisis de Regan respecto de las estrategias de intervención que disminuyen la duración de las guerras internas muestra que las intervenciones conducidas por organizaciones internacionales no tienen un efecto independiente en la duración del conflicto (Regan 2002b: 72). Sin embargo, este resultado podría deberse a que la hipótesis testeada relaciona la cantidad de actores con el objetivo de la intervención (neutral o toma de posición), y el autor no puede especificar claramente a qué debe adjudicarse el resultado y debe concluir que “international organizations are not always neutral” (Regan 2002b: 72). Por ello, el trabajo busca analizar el efecto independiente de cada una de estas hipótesis.

El objetivo de la intervención

Esta variable analiza el modo en que la tercera parte que realiza una intervención busca alterar los costos y beneficios asociados al conflicto. Un agente externo, al decidir intervenir, podría apoyar a uno de los bandos militarmente, sea este el gobierno o la oposición, o bien realizar una intervención que busque permanecer neutral frente a la disputa y apaciguar la guerra sin tomar partido. La importancia de esta variable estriba en que una intervención puede potenciar la capacidad militar de un grupo, y en consecuencia, alterar significativamente el resultado del conflicto. Si bien existe una ambigüedad conceptual en la terminología existente¹⁶, la intervención parcial se entenderá como el intento de una tercera parte de alterar el resultado probable del conflicto a favor de un lado, de acuerdo a lo propuesto por David Carment y Dane Rowlands, dos expertos en lo que respecta a la neutralidad de las intervenciones en conflictos intraestatales (Carment y Rowlands 2003: 3).

Al investigar si una intervención debe buscar tomar posición frente a la disputa o permanecer neutral, el trabajo se ubica en un plano más complejo, porque demanda considerar por un lado argumentos normativos sobre el valor de la neutralidad y por el otro las realidades prácticas que se enfrentan durante la intervención y la guerra. Como observan Carment y Rowlands (2003):

“The literature on more forceful intervention is divided between those that emphasize the traditional requirement of impartiality, and those that believe that action in support of one side of a dispute is necessary” (Carment y Rowlands 2003: 7).

En otras palabras, los estudios encontrados son muy distintos entre sí: algunos analizan el valor teórico y normativo de la neutralidad, y otros se focalizan en sus implicancias prácticas.

Como en las variables previamente estudiadas, aquí también existe un debate interesante por analizar: algunos investigadores valoran positivamente y otros negativamente la neutralidad de una intervención. A continuación, se busca reseñar la literatura más influyente en lo que respecta al objetivo de la intervención. Debe notarse que el eje de la discusión es entre la neutralidad o el apoyo a un bando, sea este el gobierno o la oposición.

Existe una *presunción* de que la mejor forma de reducir el nivel de conflicto entre distintas partes es actuar en una manera imparcial y balanceada. Como reconoce Regan para el

¹⁶ La imparcialidad y la neutralidad son dos conceptos que han sido tradicionalmente confundidos y tomados como sinónimos. Sólo recientemente se ha intentado esclarecer la distinción entre ellos, pero las diferencias permanecen aún muy oscuras como para aplicarlas en este estudio, porque implicaría determinar qué quiso argumentarse al utilizarse cada concepto. Para un valioso esfuerzo en esta dirección, véase Dominick Donald (2003) “Neutral is Not Impartial: The Confusing Legacy of Traditional Peace Operations Thinking”, *Armed Forces & Society*, 29 (3): 415-448.

caso de las organizaciones internacionales, “[c]onventional wisdom would suggest that... the perceived impartiality of international organizations would facilitate the more immediate end to the fighting” (Regan 2002b: 72). La postura a favor de esta estrategia puede resumirse en la siguiente cita:

“Impartiality is the oxygen of peacekeeping: the only way peacekeepers can work is by being trusted by both sides... The moment they lose this trust, the moment they are seen by one side as ‘the enemy’, they become part of the problem they were sent to solve” (Tharoor 1995-1996: 58).

El argumento más fuerte a favor de la neutralidad es que, para ser exitosa, una intervención no puede ser una parte en el conflicto. Por eso debe permanecer neutral y no hacer juicios de valores de los cuales podría deducirse que se apoya a un bando en particular. Una intervención parcial podría así aumentar las posibilidades de que un bando se sienta agravado por la intervención, como si se tratase de un enemigo (Regan 2002a: 120). Por esta razón la imparcialidad ha sido considerada necesaria para garantizar la legitimidad del actor que interviene y para convencer a los combatientes que dejar las armas está en su mejor interés. Este principio figura en el artículo 40 del Capítulo VII de la Carta de las Naciones Unidas, por ejemplo, el cual establece que las medidas provisionales adoptadas por el Consejo de Seguridad “... no perjudicarán los derechos, las reclamaciones o la posición de las partes interesadas” (Carta de las Naciones Unidas: 28)

“The neutrality of the UN ... is designed to facilitate its interventions as a third party in a crisis and allow it to forge a solution that meets the interests of the disputants as well as the international community” (Diehl, Reifschneider y Hensel 1996: 687).

A pesar de que la imparcialidad es reconocida como un principio de intervención, existe cierto consenso en la literatura de que puede no ser la mejor opción desde el punto de vista táctico. Como señalan Carment y James, aunque la neutralidad puede valorarse como un principio noble, es sin embargo una estrategia equívoca: la resolución de los conflictos es un acto político con ramificaciones políticas (Carment y James 1998).

Muchos autores diferencian entre operaciones de *mantenimiento de paz* (*peacekeeping*) y operaciones de *imposición de paz* (*peace enforcement*), argumentando que la estrategia de imparcialidad es correcta en los primeros casos pero no en los segundos (Boulden 2005, Walter 2004, Diehl 2000; Walter 2004; Boulden 2005). Coinciden en señalar que la imparcialidad como principio ganó legitimidad porque durante gran parte de la Guerra Fría, las operaciones de la ONU eran en su mayoría de *peacekeeping*, por lo que se llevaban a cabo con el

consentimiento de las partes y tendrían a responder a un acuerdo de paz o cese de fuego preexistente. Como describe un experto:

“The standard mission for a peacekeeping force involved interposition, the separation and monitoring of combatants, following a ceasefire. Furthermore, peacekeeping operations required the consent of the host state upon whose territory the peacekeepers would be deployed, and the peacekeeping force was to assume an impartial role in the dispute” (Diehl 2000: 337).

Por todo ello, el mantenimiento de paz en la Guerra Fría era, en palabras de Diehl, “relatively simple” (Diehl 2000: 339). Con el fin de la rivalidad bipolar, las operaciones de paz han sufrido grandes transformaciones, quizás la más importante siendo la diversidad de asignaturas que deben realizar (Diehl 2000: 351). Algunos autores señalan que las intervenciones se han vuelto más robustas no sólo por el fin de la Guerra Fría sino también por el aumento en el número de conflictos intraestatales (Carment y Rowlands 2003).

“The shift in third party involvement towards more forceful measures is related to the increasing prevalence of intrastate conflicts, which have proved to be decidedly more complex and often more deadly for combatants, interveners, and civilians” (Carment y Rowlands 2003: 1).

La creciente complejidad de las intervenciones ha hecho que la imparcialidad pueda no ser una buena opción para las operaciones de *imposición* de paz en donde no existe un pedido de asistencia de las partes ni un acuerdo de paz y se persiguen objetivos más ambiciosos que una misión de *mantenimiento* de paz. Como destaca un analista, “[i]mpartiality is likely to work against peace in the more challenging cases- where intervention must make peace, rather than just preside over it” (Betts 1994: 28). Similarmente Carment y Rowlands explican:

“Many observers have concluded that the key principles that form the basis of conventional peacekeeping missions- the use of force for self-defence only, the interposition of troops after a ceasefire and the maintenance of tactical and strategical impartiality- are no longer relevant” (Carment y Rowlands 2003: 1).

Sin embargo, dado que estas tendencias se han desarrollado recientemente, aún no existe consenso sobre si la imparcialidad es necesaria para el exitoso manejo de los conflictos de hoy (Carment y Rowlands 2003: 2).

Richard K. Betts (1994) apoya este argumento al explicar que buscar una intervención limitada e imparcial es correcto en casos de *peacekeeping*, pero es un error en aquellos conflictos donde las partes no han acordado todavía la conveniencia de dejar las armas. Según el autor, para que una intervención sea exitosa no debe ser limitada e imparcial al mismo tiempo. Una intervención limitada podría ayudar a detener una guerra si el interventor elige un bando, modifica el balance de poder local, y ayuda a una de las partes a ganar, es decir, si no es imparcial. Una intervención imparcial podría ayudar a terminar una guerra sólo si no es limitada (si los agentes externos toman completo control de la situación y, siendo más fuertes que los bandos, imponen un acuerdo de paz). Al intentar ser limitado y parcial, se obstruye la paz al hacer lo suficiente para que ningún bando se imponga sobre el otro pero no lo suficiente para lograr que dejen de pelear (Betts 1994: 21).

En contraposición a los argumentos esbozados por este autor, Kaufmann se expresa en contra de la neutralidad, al sostener que para el caso de conflictos étnicos, la intervención puede contribuir a la resolución del conflicto pero únicamente si se realiza de manera parcial (Kaufmann 2004: 408). El autor sugiere que intervenir de manera imparcial es militarmente poco viable porque dificulta el funcionamiento de la inteligencia (no permite distinguir entre amigos y enemigos) y puede hacer que ambas partes vean a la fuerza de intervención como un obstáculo para la consecución de sus derechos legítimos.

Indudablemente el argumento más polémico en contra de la estrategia de neutralidad corresponde al artículo “Give War a Chance” de Edward N. Luttwak. El autor afirma que la guerra posee una gran virtud: puede resolver conflictos políticos y conducir a la paz. Según Luttwak, esto ocurre cuando los beligerantes se agotan o cuando alguno gana de manera decisiva. De acuerdo con ello, la neutralidad de la intervención imposibilita la transformación de la guerra en paz (Luttwak 1999). Siguiendo este razonamiento, propone que la manera más eficiente de lograr un cese en las hostilidades es aliarse con el bando más fuerte para que la victoria sea más contundente y la paz más temprana. Con respecto a las Naciones Unidas, dice que “[i]f the United Nations helped the strong defeat the weak faster and more decisively, it would actually enhance the peacemaking potential of war” (Luttwak 1999: 38).

Si bien Luttwak argumenta de una forma directa y extrema, la lógica de su argumento hace eco en la literatura, como lo demuestra la siguiente cita:

“... UN intervention may limit decisive outcomes that inhibit the potential for future conflict. In the absence of UN action, a conflict may run its course and lead to some type of resolution (albeit by the force of arms). UN action may halt that process and lead to an impasse that only delays, rather than prevents, the renewal of hostilities” (Diehl, Reifschneider y Hensel 1996: 688).

Esta visión ha sido ampliamente criticada por la comunidad académica por diversas razones. Entre ellas y a modo de ejemplo, Chester A. Crocker argumenta que las guerras no siempre conducen a la paz sino que ello ocurre únicamente en circunstancias excepcionales. Existen otros posibles desenlaces de los conflictos internos no considerados por el autor pero frecuentes en la historia, como por ejemplo, un estancamiento donde ningún bando tiene la fuerza militar para lograr una victoria decisiva sobre el otro (Crocker 2000: 185).

Entre otros argumentos en contra de la imparcialidad, se ha señalado que en el caso de las Naciones Unidas mantener una estrategia de neutralidad en ciertas situaciones implica evadir o socavar la responsabilidad de mantener la paz y la seguridad internacional, por lo que hacerlo disminuiría el poder de la ONU (Boulden 2005: 159). Otro investigador ha argumentado que la toma de posición puede mejorar los sentimientos de seguridad cuando existe una gran disparidad entre los adversarios (Walter 2004: 447).

Resulta interesante preguntarse si la imparcialidad, sea ésta viable o no, es siquiera deseable. La literatura destaca que en ciertas ocasiones la toma de posición es moralmente y políticamente necesaria. Kaufmann señala por ejemplo que la intervención debería realizarse únicamente cuando sea posible acordar qué bando ha sido la víctima y cuál el agresor, tomando una posición en la intervención a favor del más débil. Si ambos bandos han realizado atrocidades similares, la intervención probablemente no debería llevarse cabo (Kaufmann 2004). En esta misma línea, Alex J. Bellamy y Paul Williams llaman a las Naciones Unidas a abandonar su renuencia a identificar a los agresores y a las víctimas (i.e. a actuar parcialmente) a modo de mejorar el proceso de resolución de conflictos (Bellamy y Williams 2004: 189).

Parecería existir en este debate una tensión entre el valor de la *paz* y el valor de la *justicia*. En un artículo clásico, Jarat Chopra y Thomas G. Weiss (1992) identifican dos contradicciones que recorren toda la Carta de la ONU: la primera es la tensión entre la soberanía y los Derechos Humanos (mencionada en el capítulo 1), y la segunda es la tensión entre la búsqueda de la paz y de la justicia. En este sentido, podría sugerirse que aquellos autores que argumentan a favor de la parcialidad lo hacen buscando la forma más fácil de lograr la paz, al tiempo que aquellos que argumentan a favor de la neutralidad quieren ser justos y apoyar al bando que se lo merezca (o a ninguno de los dos, si no fuese posible establecer un culpable).

Esta intuición se con ciertos pasajes del artículo de Richard Betts, quien señala que la paz y la justicia no son aliados naturales (Betts 1994: 31). Así, sugiere que:

“... if peace should take precedent, intervention should support the mightiest of the rivals, irrespective of their legitimacy. [...] If justice takes precedence, however, limited intervention may well lengthen a conflict. Perhaps putting an end to a killing should not be the first priority in peacemaking, but interventionists should admit that any intervention involves such a choice” (Betts 1994: 32).

Carment y Rowlands (2003) también descubren en Betts esta tensión entre paz y justicia:

“Betts claims that in some cases interveners have to use significant force to determine which side will rule, and must be willing to subordinate the imposition of justice to the termination of violence. He calls these the hard realities of conflict management that must be acknowledged and accepted by the international community” (Carment y Rowlands 2003: 5).

Mientras que aquellos que apoyan la neutralidad favorecen lo justo, el argumento de Luttwak prioriza la paz por sobre todas las cosas.

“Uninterrupted war would certainly have caused further suffering and led to an unjust outcome from one perspective or another, but it would also have led to a more stable situation that would have let the postwar era truly begin. Peace takes hold only when war is truly over” (Luttwak 1999: 307).

Este argumento en definitiva trata de imponer la paz por sobre la justicia. Esta tensión, presente en la Carta de las Naciones Unidas, ha concentrado pocos esfuerzos académicos y aún no ha sido solucionada.

En relación a la pregunta de investigación, podría decirse que si la neutralidad fuese importante en el corto plazo pero fallase repetidamente, esto resultaría en una pérdida de legitimidad del agente externo, quien sería percibido como inadecuado para esa tarea. Es decir, si para que una intervención sea legítima debe ser neutral durante el conflicto pero se percibe que las intervenciones son ineficientes, esto quitaría legitimidad a la tercera parte, en particular en el caso de las organizaciones multilaterales encargadas de defender la paz y la seguridad internacional. Esto generaría un *dilema intertemporal* para el interventor, donde lo que conviene en el corto plazo no es lo que favorece en el largo plazo.

Como se ha adelantado al inicio de la sección, la mayoría de la literatura que analiza el impacto del objetivo de la intervención se concentra en la dicotomía parcialidad-imparcialidad, y no predice grandes diferencias en cuanto a qué bando se favorece. Patrick M. Regan demuestra empíricamente que las intervenciones a favor del gobierno tienen una probabilidad de éxito superior a las que apoyan a la oposición. Más sorpresivamente, a la luz del debate expuesto, no puede decirse que la neutralidad sea una variable asociada con probabilidades mayores. Además, Regan (2002b) arguye que las intervenciones neutrales tienden a prolongar el conflicto, al tiempo que las intervenciones parciales pueden acortarlo. Este resultado resulta polémico pues la neutralidad ha sido tradicionalmente considerada una condición *sine qua non*

del éxito de una intervención externa, y los resultados de Regan demuestran una incongruencia entre los argumentos normativos y los resultados prácticos de esta estrategia.



Universidad de
San Andrés

CAPITULO 3: Reflexiones teóricas y metodológicas

Este capítulo especifica la manera en que la investigación intenta contribuir a la literatura sobre la intervención externa a través del estudio de las condiciones y estrategias asociadas a una mayor probabilidad de éxito. Se busca precisar los conceptos empleados en el trabajo, esbozando los principales debates académicos en cuanto a su definición, y transmitir el proceso a través del cual estas nociones, naturalmente complejas, han sido traducidas en indicadores concretos y sujetas a un análisis estadístico.

En una primera instancia se explica la forma en que se ha definido el éxito de la intervención -la variable dependiente de este trabajo- y se explicitan las formas en que se han entendido los conceptos de 'intervención' y 'conflicto intraestatal', señalando los principales puntos de contacto y las distancias entre éstas y otras definiciones encontradas en la literatura. Luego el trabajo procede a explicar el marco teórico que subyace a la investigación, presentar las hipótesis de trabajo y describir los indicadores utilizados para medir las variables independientes asociados a cada hipótesis. Se explican asimismo los criterios a partir de los cuales se han seleccionado los casos de intervención, es decir, los requisitos necesarios para incluir una observación dentro del universo de casos. En una instancia posterior, se mencionan las fuentes y la manera en que han sido recolectados los datos, identificando las fuentes primarias y secundarias utilizadas. Por último, se justifica la elección del método elegido. Dado que la medición de variables es un procedimiento inherentemente robusto e imperfecto (Walter 2002: 47), se identifican potenciales problemas con las mediciones, se discuten posibles soluciones y se remarcan las debilidades que persisten.

El éxito de la intervención

La variable dependiente de la investigación es el éxito de la intervención. Este concepto presenta enormes dificultades a la hora ser definido, ya que tiene múltiples posibles acepciones y maneras de operacionalizarse (Stern y Druckman, 2000: 37). No obstante, medir el éxito de una intervención es necesario para evaluar adecuadamente sus consecuencias y comparar las distintas opciones de las que disponen los tomadores de decisión.

El análisis de Patrick M. Regan (1996, 2002) asume que las terceras partes intervienen en los conflictos internos para lograr un cese en las hostilidades asociadas con la disputa subyacente. Se supone así que los agentes externos no intervienen para exacerbar o prolongar la

guerra¹⁷. De acuerdo con estos postulados, el autor considera que *una intervención ha sido exitosa si logra la suspensión de las hostilidades militares por un período de al menos seis meses*. En la práctica, esto supone el arribo a un acuerdo entre las partes de terminar la violencia y el respeto de este acuerdo por seis meses.

Esta definición posee tanto virtudes como debilidades. Por un lado, representa una mejora en comparación a otras encontradas en la literatura que resultan excesivamente optimistas. Como señalan Stern y Druckman, “[s]uccess should be judged against reasonable expectations for what a particular intervention can accomplish” (Stern y Druckman, 2000: 37). De acuerdo con ello, una intervención exitosa aliviará los síntomas visibles del conflicto -la violencia-, pero no necesariamente resolverá la incompatibilidad en cuestión. Exigir que la intervención resuelva el problema subyacente sería elevar excesivamente el umbral de lo que constituye el éxito: implicaría resolver complejas cuestiones y enfrentar grandes desafíos (qué tipo de régimen es deseable, quién debe detentar el poder, solucionar el problema de los ‘spoilers’¹⁸, entre otros) y el fracaso de ello no necesariamente significa que la intervención haya sido en vano. Como señala Rosenau “intervention... is normally an instrument of actions, a means and not an end” (Rosenau 1969: 151).

Lo que es más, no resulta evidente que el conflicto podría solucionarse inclusive si se sorteasen todos estos impedimentos; por el contrario, algunos investigadores han argüido que resolver el problema de fondo es, en esencia, imposible. Por ejemplo, Lake y Rothchild han sostenido que los conflictos étnicos pueden ser contenidos, pero nunca podrán ser resueltos de manera definitiva (Lake y Rothchild 1996: 42). La idea aquí entonces es considerar a la intervención como el punto de partida de un proceso de cambio más sustantivo y abarcador (Maley 2002: 270) y no requerir que solucione la disputa subyacente para considerarla exitosa.

Además de que la definición propuesta por Regan acierta al no ser excesivamente exigente, otra virtud es que vincula el éxito con la posibilidad de un acuerdo negociado. Al respecto, cabe señalar que un efecto positivo de la participación de fuerzas externas es que mejora la posibilidad de llegar a un acuerdo negociado, porque permite ofrecer garantías creíbles de que las condiciones del acuerdo serán cumplidas a través de su actividad de *peacekeeping* (Walter 2004).

¹⁷ El hecho de que, en la práctica, las intervenciones prolonguen el conflicto es una cuestión distinta y no será tratado en esta investigación. Varios investigadores han buscado evaluar esta relación, pero los estudios enfrentan problemas metodológicos de endogeneidad por lo que no logran precisar si el hecho de que las intervenciones se correlacionen positivamente con conflictos prolongados se debe a que las intervenciones prolongan el conflicto o si se interviene en conflictos prolongados y de difícil solución. Entre los análisis más actuales e influyentes de esta cuestión se encuentran los trabajos de Elbadawi y Sambanis (2000), Regan (2002b), Fortna (2004) y Simpson (2004).

¹⁸ El problema de los ‘spoilers’ o aguafiestas ha recibido creciente atención en la disciplina, siendo identificado como una de las principales causas por la que fracasan los acuerdos de paz en conflictos intraestatales. En un clásico estudio, Stephen J. Stedman define a los ‘spoilers’ como “leaders and parties who believe that the peace emerging from negotiations threatens their power, worldview, and interests, and use violence to undermine attempts to achieve it” (Stedman 1997: 5).

Un aspecto discutible del criterio del autor se refiere al límite temporal mínimo de seis meses sin violencia para considerar exitosa una intervención. Regan justifica esta restricción argumentando que ese período proporciona un respiro suficiente del combate capaz de fomentar el inicio de negociaciones de paz. Con todo, la determinación de ‘un respiro suficiente’ resulta arbitraria. Así, otros autores han considerado que el período sin hostilidades debe de ser más extenso (Walter 2002 y Licklider 1993, por ejemplo, consideran un período mínimo de cinco años sin violencia). Regan explícitamente decide no seguir esta regla de codificación, considerando que los tiempos políticos son más cortos (Regan 2002a: 14). A pesar de que la definición de Regan no concuerda con estos estudios, la regla utilizada por el autor concuerda con el proyecto ‘Correlates of War’ (COW) de la Universidad de Michigan¹⁹ y las definiciones propuestas por otros investigadores influyentes (Diehl 1993 es un ejemplo).

A los fines de este trabajo se ha decidido adoptar la definición propuesta por Regan, dado que acierta en ofrecer una definición de éxito limitada y vinculada a la presencia de acuerdos negociados. Además, se acepta el razonamiento del autor al sugerir que un período de cinco años no corresponde a un estudio enfocado en el proceso de toma de decisión - como lo es este trabajo- porque los tiempos con los que se maneja el ámbito político son más breves. Quizás el período de seis meses resulta excesivamente corto, y en cambio fuese preferible extenderlo a un año o incluso dos, pero se ha decidido no realizar este cambio para lograr mayor coherencia doctrinaria y para hacer comparable los resultados de este estudio con otros. Andrew Mack (2002) argumenta que parte de la débil influencia que los investigadores de resolución de conflictos tienen sobre los tomadores de decisión puede explicarse por el hecho que se han creado muchas bases de datos diferentes sobre conflictos armados, y dado que cada una utiliza distintas reglas de codificación, la correlación entre las distintas bases es muy baja (Mack 2002: 517-518). Por todas estas razones, se ha decidido adoptar la regla de codificación propuesta por Regan²⁰.

En la práctica, esto significa que si en presencia de una intervención las partes del conflicto alcanzan un acuerdo (sea este un cese de fuego o un acuerdo de paz más integral) y éste es respetado al menos por seis meses, la intervención es codificada como exitosa y la fecha

¹⁹ El COW Project fue fundado en 1963 por J. David Singer y desde entonces se ha preocupado por la acumulación sistemática de conocimiento científico sobre la guerra. Es posible acceder a las bases de datos desde su página web www.correlatesofwar.org

²⁰ Cabe mencionar que existen definiciones del éxito de intervenciones que no consideran la probabilidad de la intervención de contribuir a un cese de fuego. Algunos han propuesto por ejemplo que el éxito debería medirse de acuerdo al grado en que la misión cumple con su propósito. Por lo general esto ha implicado que una intervención es exitosa si cumple con su mandato, pero esto no es una medición correcta para intervenciones unilaterales que no tienen un mandato expreso o para coaliciones multilaterales donde cada aliado puede tener un mandato. Otros criterios de éxito no se focalizan en lo que se ha logrado sino en la manera en que ha sido alcanzado. De acuerdo con ello, se mide la eficiencia de la operación, la neutralidad de la misión, la habilidad de evitar usar violencia o de evitar bajas. Para una reseña de las distintas opciones y sus debilidades véase Druckman, Stern, Fetherston, Johansen, Durch y Ratner (1997).

final del conflicto corresponde al día de la firma del acuerdo. Si en presencia de una intervención no hay ningún acuerdo, el conflicto continúa. Si no se firma ningún acuerdo pero el conflicto se disipa, la intervención no es considerada exitosa y la fecha de finalización del conflicto es computada como el momento a partir del cual hay seis meses sin violencia²¹.

Este criterio de operacionalización posee una desventaja, y es que suele ‘cortar’ los conflictos en dos, es decir, codificar por separado al mismo conflicto. Así, en un mismo año podría ocurrir que se firme un acuerdo que se respeta por seis meses, y que al séptimo mes resurja la violencia. ¡Esto implicaría que el conflicto termina y comienza en el mismo año! Sin embargo, es preciso señalar que aún no se ha diseñado una forma de evitar este problema. Incluso a los estudios que miden el éxito dependiendo si de si el número de muertes por año baja de un cierto umbral les ocurre que un conflicto puede finalizar en un período para ‘resurgir’ en el siguiente, es decir, codifica como dos conflictos separados un conflicto que en realidad no terminó. De esta forma, por ejemplo, Barbara F. Walter codifica una implementación exitosa de acuerdos de paz si ha detenido la violencia por un período de cinco años. En la práctica, esto implica que la violencia debe causar menos de mil muertes por año por un período de cinco años consecutivos, y si en el sexto hay más de mil muertes, el conflicto también se ‘corta’.

La intervención externa

La investigación analiza exclusivamente las intervenciones militares en conflictos internos. Si bien toda definición inevitablemente será cuestionada, es necesario decidir y establecer claramente los criterios a través de los cuales se juzgará el comportamiento (Regan 2002a: 10).

Se entiende que las intervenciones son de forma general flujos de ayuda (o el cese de ayuda) cuyo objetivo aparente es influenciar el curso de un conflicto civil activo (Rosenau 1969). La intervención externa es definida entonces como las *actividades militares no-convencionales*²² en los asuntos internos de un país extranjero dirigidas a las autoridades gubernamentales con el objetivo de afectar el balance de poder entre el gobierno y las fuerzas

²¹ Idealmente, para evaluar los efectos de la intervención para imponer la paz, sería deseable contar con la información de *cada* acuerdo de cese de fuego en cada guerra civil. Sin embargo, dada la naturaleza turbia y truncada de las guerras civiles, no existe un listado completo de los ceses de fuego (Fortna 2004: 276). Obtener estos datos fue particularmente difícil, sobre todo de los que corresponden a los conflictos más recientes. Para esta tarea se utilizaron en especial la base de Barbara Walter ‘Civil War Resolution Dataset’ y los textos de los acuerdos que figuran en el Peace Agreements Digital Collection del United States Institute of Peace. En el Anexo 1 figuran las reglas de codificación que han sido establecidas para armar la base de datos.

²² Este requisito refleja la naturaleza finita y transitoria de las intervenciones y es necesario para distinguir entre este fenómeno y otras formas en que las terceras partes pretenden influenciar los conflictos internos (Rosenau 1969: 161-163).

opositoras (Regan 2002a: 10). La definición de Regan es bastante convergente con las propuestas por Feste (1992) y por Rosenau (1969), pero le impone un objetivo a la intervención para que pueda ser sistemáticamente evaluada (Regan 2002a: 10). La intervención militar incluye la provisión o transferencia de tropas, equipamiento o soporte logístico o de inteligencia a las partes en conflicto, o el aceleramiento, mejora o corte de este tipo de ayuda ya existente (Regan 1996: 342).

Al considerar sólo las intervenciones militares este estudio se aleja de la tarea realizada por Regan y se ocupa del caso más extremo y costoso de intervención. El autor estudia también las ‘intervenciones económicas’ (en sus palabras) y arguye que el efecto combinado entre las dos formas se correlaciona con una probabilidad de éxito mayor del que puede tener cada tipo de intervención por separado (Regan 2002a; Regan 1996). Así concluye que “[w]e might expect, therefore, that under normal conditions a mixed intervention will have the best chance of achieving a successful outcome” (Regan 2002a: 75).

Esta afirmación oscurece la debilidad de los instrumentos económicos para lograr el cese de hostilidades en un conflicto intraestatal. Para el caso especial de las sanciones económicas, Pape (1997) señala:

“Showing that economic pressure weakened the target’s military capability and thus accelerated military conquest would count as a success for economic warfare; however, it does not count as evidence that the target state would have conceded had force not been used or if just a little more economic pain had been inflicted. Such cases may tell us that economic pressure can make military force more effective, but they do not imply that economic sanctions alone can achieve comparable goals” (Pape 1997: 97).

Si bien Regan admite que “... an economic intervention probably is not sufficient, under normal circumstances, to bring an end to the fighting” (Regan 2002a: 75), analiza las ‘intervenciones económicas’ vis-à-vis las militares, como si fuesen comparables. El mismo autor descarta el análisis de las intervenciones diplomáticas argumentando que la diplomacia es una estrategia con menores costos que responde a otra lógica costo-beneficio. En realidad, puede hacerse un argumento similar sobre la llamada ‘intervención económica’: si bien comprometer recursos económicos demuestra un mayor compromiso (con mayores costos) que los esfuerzos diplomáticos, no es asimilable al costo de comprometer tropas en un conflicto ajeno al país (y con frecuencia a los intereses nacionales). Es por esto que esta investigación supone que la *ingerencia económica* (el concepto correcto) y la diplomacia no corresponden realmente mecanismos de intervención sino que representan métodos de resolución de conflicto que imponen menores costos sobre las terceras partes y por lo tanto responden a lógicas distintas a la militar.

Otra razón para excluir la ingerencia económica del estudio es que presenta numerosas dificultades teóricas. Por un lado, no siempre es fácil determinar la causalidad entre un fenómeno (por ejemplo, una sanción económica) y su efecto, ya que no todas las medidas generan impactos en el corto plazo²³ (Diehl, Reifschneider y Hensel 1996: 686). Esto vale tanto para medidas coercitivas económicas (como las sanciones) o como para los incentivos positivos ofrecidos a las partes del conflicto (paquetes económicos y de recuperación, por ejemplo).

Sin embargo, a un nivel aún más elemental, la efectividad de las medidas económicas en la consecución de objetivos políticos es fuertemente cuestionable. Para el caso de las sanciones económicas, por ejemplo:

“... the conventional belief, seemingly supported by scholarly research, is that sanctions do not work. [...] Eminent scholars, from quite different positions on the political spectrum, share this scepticism about the effectiveness of sanctions. [...] Nearly all academic studies share this gloomy assessment of sanctions efficacy. As a recent paper by UN analyst observed, the only real disagreement among sanctions scholars ‘relates to the degree to which sanctions fail’ (Cortright y Lopez 2000: 13).

Así, Robert A. Pape ha afirmado que “economic sanctions have little independent usefulness for pursuit of noneconomic goals”, calculando que las sanciones han sido exitosas menos del 5% de las veces (Pape 1997: 93 y 106). Incluso Cortright y López, quienes mantienen una visión más benigna del papel de las sanciones y de su efectividad, sostienen que “[i]f the goal is rolling back military aggression, impairing the military capacity of an adversary, or forcing a change in the leadership of a regime, sanctions alone are unlikely to be effective” (Cortright y Lopez 2000: 18).

Pape señala que desde la Primera Guerra Mundial los instrumentos económicos han sido considerados por algunos como la alternativa liberal a la intervención militar (Pape 1997: 90), capaces de tener la misma efectividad de una forma más humana. Esta línea de pensamiento es incorrecta. Las medidas económicas coercitivas a menudo prueban ser un instrumento robusto que infringe daños a la población civil que son desproporcionados en relación a las ganancias que esas medidas pueden tener. Así, por ejemplo, se ha evidenciado que las sanciones económicas desde el fin de la Primera Guerra del Golfo han causado la muerte de más de 567000 niños iraquíes (Pape 1997:110). Quizás el ejemplo paradigmático de la inhabilidad de las medidas económicas de lograr objetivos políticos sea el bloqueo norteamericano a Cuba: más de cuarenta años de esta medida no han sido suficientes para

²³ Los efectos a largo plazo son, por definición, más difíciles de medir, porque en un período más extenso entran en juego más factores, lo cual dificulta establecer relaciones de causalidad entre las observaciones (Druckman, Stern, Fetherston, Johansen, Durch y Ratner 1997).

lograr derrocar al régimen castrista y en el camino se ha victimizado a la población civil. Incluso Regan reconoce que “[t]he debate over whether or not economic sanctions will achieve a desired outcome echoes in both academic and policy circles” (Regan 2002a: 72). Cortright y López (2000) concluyen:

“Under sanctions, the quality of life for citizens in strife-torn countries may deteriorate from difficult to unbearable” (Cortright y Lopez 2000: 24).

Puesto que las medidas económicas no tienen una influencia clara en provocar la resolución del conflicto, responden a otra lógica y además pueden causar daños innecesarios sobre la población civil sin una promesa de lograr los objetivos buscados, se ha decidido dejar fuera del estudio a las medidas de este tipo. A su vez, esto permite brindar al estudio de mayor coherencia, en particular dado que Regan advierte que en su estudio, el 75% de las observaciones son intervenciones puramente militares (Regan 2002a: 138).

El conflicto intraestatal

La unidad de análisis del trabajo son los conflictos intraestatales. La lista de casos fue elegida siguiendo los criterios de codificación sugeridos por Regan (1996 y 2002) y por los aplicados por la base de datos de conflictos armados que elabora la Universidad Uppsala, adaptándolos cuando se juzgó necesario. Se entenderá por conflicto intraestatal *toda incompatibilidad étnica, religiosa o ideológica, en donde el uso de la fuerza²⁴ entre dos bandos -al menos uno siendo el gobierno de un Estado²⁵ - genera como mínimo 1000 muertes en el transcurso del conflicto.*

De este modo, el inicio de un conflicto interno se contabiliza a partir de las mil muertes, y toda intervención que ocurra desde ese momento cuenta como tal. Esta investigación establece un umbral más bajo que el de otras definiciones propuestas, en donde se considera que un conflicto debe de generar al menos 1000 muertes *por año* para contar como tal (Walter 2002 y

²⁴ El uso de la fuerza armada se refiere al uso de armas por uno de los bandos con el objetivo de aventajar su posición resultando en muertes relacionadas al conflicto. Las armas comprenden cualquier medio material (armas pero también palos, piedras, fuego, agua, armas nucleares, biológicas, químicas, bombas y explosivos). El uso de aviones el 11 de septiembre de 2001 también califica como uso de fuerza armada (UCDP/PRIO Armed Conflicts Dataset Codebook Version 4-2006).

²⁵ De acuerdo con el criterio del UCDP/PRIO Armed Conflict Dataset, se considera que el gobierno es el bando que controla la capital del Estado. Un estado es un gobierno internacionalmente reconocido controlando un territorio específico o un gobierno internacionalmente no reconocido controlando un territorio específico cuya soberanía no es disputada por otro gobierno internacionalmente reconocido que antes controlaba el mismo territorio. La ubicación del conflicto está definida de acuerdo al lado gubernamental del conflicto. Para algunos conflictos, como el Kurdistán, el territorio disputado está dividido entre distintos países. De acuerdo con ello, la incompatibilidad se codifica individualmente para cada país (UCDP/PRIO Armed Conflicts Dataset Codebook Version 4-2006).

el COW). Este criterio tiene una gran debilidad: al ser tan restrictivo, no incluye conflictos duraderos como el de Irlanda del Norte o Sudáfrica que, si bien no son tan intensos (en términos de cantidad de muertos no producen mil muertes por año), indudablemente son relevantes para la comunidad internacional y para el estudio de los conflictos intraestatales.

Por otro lado, esta definición establece un criterio más elevado que el propuesto por Regan, quien considera que un conflicto comienza a partir de las 200 muertes acumuladas a lo largo del transcurso del conflicto. La razón por la cual no se utiliza el criterio del autor es que si bien permite sanear los problemas de una definición excesivamente restrictiva, el interés principal de este estudio es analizar las principales guerras civiles en donde existe una necesidad pronunciada de terminar la violencia. Bajar el umbral implicaría incluir huelgas, golpes de Estado y escaramuzas aisladas que son cualitativamente diferentes de los conflictos intraestatales en este estudio y pueden reducir la validez de los resultados finales.

Esta decisión es también un intento de homogeneizar la literatura con aquellos estudios que no consideran un umbral tan bajo como el de Regan. La definición adoptada por esta investigación no es la única en la disciplina: por el contrario, requerir que un conflicto genere al menos mil muertes acumuladas y no mil por año es también el criterio adoptado por Sambanis (2000), Doyle y Sambanis (2000), Fortna (2004) y Salehyan y Gleditsch (2006).

Además, endurecer el requisito de Regan permite compatibilizar mejor los datos necesarios para completar la base de datos para el período 1995-2005. Para ello se utilizan los datos del Armed Conflicts Dataset, del Conflict Data Program de la Universidad Uppsala (UCDP) y el International Peace Research Institute (PRIO), por lo que se incluyen las categorías de *intermediate armed conflicts* (al menos 25 muertes por año y un total acumulado de al menos 1000 muertos, pero menos de 1000 víctimas en un año) y *war* (al menos 1000 muertes por año) (Harbom, Hogbladh y Wallensteen 2006). Utilizar el umbral de 200 muertes hubiese creado una dependencia inaceptable de fuentes secundarias que identifiquen el momento en que se llegó a esta cifra. De todas formas, como argumenta Walter, bajar el umbral a 200 muertes por año no agrega un número significativo de casos (Walter 2004: 50), por lo que se ha decidido utilizar la definición propuesta.

Marco teórico

El trabajo asume que los tomadores de decisión –los agentes externos, el liderazgo gubernamental y de la oposición- son actores racionales capaces de calcular los costos y beneficios de las distintas opciones de las que disponen, incluso durante el transcurso de un conflicto. De acuerdo con ello, una intervención externa se presenta como un intento de alterar estos cálculos en una forma conducente al resultado preferido por el interventor, dado que influencia militarmente el balance relativo de poder (Regan 2002a: 72). Las intervenciones

militares proveen un mecanismo para manipular tanto los costos de continuar el conflicto como los beneficios de lograr un acuerdo.

Como se ha señalado, el supuesto que subyace a este estudio es que las terceras partes intervienen para prevenir, dar fin o al menos reducir la violencia asociada con la disputa subyacente (Meggle 2003). En otras palabras, el objetivo de la intervención es hacer muy costoso para los combatientes seguir peleando. Por lo tanto, se asume que las terceras partes no intervienen para exacerbar o prolongar la lucha.

Es preciso clarificar que podrían existir distintas *motivaciones* para intervenir, como la conquista territorial, la estabilidad regional o la protección de nacionales, entre otras. De hecho, gran parte de las intervenciones que se analizarán ocurrieron mucho antes de la acuñación del término ‘intervención humanitaria’ y del desarrollo que logró la doctrina de los Derechos Humanos. Sin embargo, para lograr todos estas metas primero es necesario detener la violencia, es decir, cada uno de estos objetivos es consistente con el cese de las hostilidades (Regan 1996: 340). En otras palabras, si bien puede haber múltiples *motivaciones* detrás de una intervención, el primer paso para lograrlos es el fin del combate armado (Regan 2002a:12)²⁶. Por ello, aunque no todas las intervenciones se hayan realizado para proteger los Derechos Humanos, el enfoque con el que se estudia el impacto de la intervención es, en esencia, humanitario.

²⁶ Al establecer una definición basada en los *resultados* – el fin de la violencia- se evita discutir las *intenciones* de la tercera parte para intervenir, lo cual resulta una tarea sumamente imprecisa y compleja.

Para empezar, identificar la verdadera *intención* detrás de una intervención no resulta tan sencillo como podría aparentar. En algunos casos, detener la violencia es el objetivo explícito de la intervención (como por ejemplo en una intervención humanitaria); al tiempo que a veces detener la guerra es más un objetivo implícito. Pero las intervenciones rara vez persiguen un sólo objetivo, es decir, los motivos para intervenir son mixtos (Bellamy y Williams 2004: 208). La clásica definición de Wil Verwey establece que la intervención humanitaria es la amenaza o el uso de la fuerza *con el único propósito* de prevenir o detener violaciones serias de Derechos Humanos (Verwey 1992: 14). Pero esta definición es sumamente restrictiva y utópica. En la realidad, las intervenciones se llevan a cabo por una multiplicidad de factores, e incluso en las intervenciones humanitarias puede haber consideraciones de *realpolitik*. Alex J. Bellamy, un experto en lo que hace a la intervención humanitaria, dictamina que “status seldom authorise interventions for purely humanitarian reasons” y que incluso no sería correcto que así lo hagan, porque implicaría sacrificar a su propia población para ‘salvar a extraños’ (Bellamy 2004: 223). Además, si no existiesen otros motivos para intervenir, no podría comprenderse por qué los Estados han respondido de forma distinta a situaciones donde existían crisis humanitarias de la misma magnitud (este punto ha sido discutido en el capítulo 1).

Una segunda razón para no considerar las intenciones de las terceras partes que intervienen es que son subjetivas y pueden ser fácilmente disfrazadas por los líderes políticos. En palabras de Bellamy, “...virtually any political action can be made to appear humanitarian” (Bellamy 2004: 223). El actual caso de Iraq ilustra este punto apropiadamente.

“ The 2003 invasion of Iraq, even though partially justified by concern for the Iraqi people and committed to reconstructing Iraq’s institutions of governance, was undertaken for predominantly strategic reasons” (Wesley 1995: 56).

Una tercera razón es que, dado que la investigación intenta evaluar las intervenciones desde un punto de vista práctico, evaluar la *motivación* de los actores que intervienen no es la consideración más importante para este trabajo.

De este modo, la clave de cualquier estrategia de intervención es alterar los cálculos por los cuales los antagonistas arriban a cada resultado, intentando hacer que seguir peleando sea la opción más costosa. Esto puede lograrse haciendo que los costos de pelear sean prohibitivamente altos o bien haciendo que los beneficios de no combatir sean particularmente atractivos. Una intervención exitosa entonces resultará en un cálculo costo-beneficio por los antagonistas que conlleve a que no pelear sea el resultado con el pago más alto.

La respuesta a la intervención del agente externo A es una función de las expectativas de los antagonistas sobre el efecto de la intervención en el bando opositor. En este sentido, la decisión del combatiente refleja el cálculo estratégico de la oposición (B) y del gobierno (C) acerca del efecto de la intervención sobre la voluntad del otro de seguir con los aspectos militares del conflicto. Entonces, por ejemplo, los cálculos de B reflejan en parte sus expectativas del efecto que la intervención tiene en C, y viceversa (Regan 2002a: 74).

El cálculo estratégico que una intervención externa debe influenciar se puede expresar como: $UE_i = (\text{Costos}_{sp} + \text{Beneficios}_{np}) \times j^*$; donde UE_i refleja la utilidad esperada del actor i de la intervención, Costos_{sp} reflejan los costos de seguir peleando, Beneficios_{np} refleja los beneficios de terminar las hostilidades (no pelear), y j^* refleja la percepción del actor i de la expectativa de la utilidad esperada de la intervención del actor j . Si j^* es baja (o si i^* lo es) entonces el pago esperado de una intervención del actor i será baja y la probabilidad de que la intervención sea exitosa también lo será. Bajo estas condiciones, los mecanismos de intervención que tendrán la mayor probabilidad de éxito serán aquellos que aumenten Costos_{sp} y Beneficios_{np} de forma tal que los combatientes lleguen a la misma conclusión (Regan 2002a: 74).

Las variables independientes y las hipótesis

Es preciso insistir que este estudio permite contrastar solo algunas de las hipótesis que explican las diferencias en la probabilidad de éxito de las condiciones de intervención; aquellas que han sido consideradas más importantes. Los factores que constituyen variables independientes de la investigación son:

1. la **naturaleza del conflicto**
2. la **ubicación geográfica** del interventor en relación al lugar del conflicto
3. la **cantidad de actores** en la fuerza de intervención
4. el **objetivo de la intervención**, es decir, el grupo que la intervención favorece

Las condiciones de éxito o fracaso de una intervención se vinculan con las características del conflicto y la estrategia utilizada para intervenir. Las características del

conflicto se refieren a la naturaleza de la disputa. ¿Se trata de un conflicto étnico, religioso o ideológico? Cada tipo de conflicto responde a lógicas diferentes y por lo tanto la probabilidad de lograr un cese de hostilidades a través de una intervención militar no debería ser la misma en cada caso. La estrategia de intervención también influye la probabilidad de que un intento de intervención sea exitoso. La estrategia se puede concebir tanto en términos del tipo (unilateral o multilateral, regional o internacional) y del objetivo de la intervención, es decir, el grupo que la intervención busca favorecer. El estudio de Regan evalúa el impacto de las intervenciones neutrales y multilaterales conjuntamente sobre la duración del conflicto; sin embargo esto genera un alto grado de confusión pues no es claro a cuál de las dos se debe el resultado, por lo que se ha decidido estimar la importancia de cada variable sobre la probabilidad de éxito por separado (Regan 2002b).

Al presentar estas hipótesis se busca esclarecer los debates explicados en el capítulo 2 y proveer fundamentos empíricos sobre los cuales pueda juzgarse el impacto sobre la probabilidad de éxito de cada una de las variables. En particular, se intenta evaluar la validez de las *presunciones* y el *conocimiento difundido* que tan frecuentemente se encuentran en la literatura, por lo que las hipótesis buscan confirmar estas ideas. De esta manera, se proponen las siguientes hipótesis:

HIPÓTESIS 1

La probabilidad de éxito de una intervención será mayor en un conflicto ideológico que en un conflicto étnico o religioso.

El tipo de conflicto ha sido identificado por la literatura existente como una variable relevante capaz de explicar parte de la variación en la probabilidad de éxito de los esfuerzos de terceras partes por poner fin a la violencia. De acuerdo con la hipótesis, una intervención realizada en un conflicto ideológico tendrá mayor probabilidad de éxito que en un conflicto étnico o religioso. Ello se debe a que en los conflictos étnicos o religiosos suele existir una larga historia de enemistad (como lo sugiere la teoría de los *odios ancestrales*) en donde los costos humanos son enormes, y en consecuencia resulta sumamente difícil reconciliar estas diferencias. El vínculo de las personas a la ideología es mucho más débil, por lo que un conflicto de esta naturaleza debería de ser más maleable y las partes contrapuestas deberían de estar más dispuestas a retroceder ante la presión externa²⁷.

²⁷ Es necesario advertir que Regan (1996, 2002) evalúa el impacto de esta variable sobre la probabilidad de éxito, pero propone una hipótesis diferente. De acuerdo con el autor, a pesar de que el vínculo a la ideología es más débil que a la etnia o a la religión, la probabilidad de que en un conflicto ideológico se realice una contra-intervención por los patrones del bando opuesto aumenta la probabilidad de que una intervención no logre un cese en las hostilidades de seis meses (Regan 2002a: 77). Además, el autor argumenta que los conflictos étnicos y religiosos, al tener una historia larga, pueden posponer la lucha

No se ha buscado diferenciar entre la probabilidad de que una intervención solucione un conflicto étnico o religioso porque los argumentos en la literatura ofrecen razones opuestas sobre la inflexibilidad de cada tipo de identidad. Así, mientras que Regan argumenta que es más fácil prescindir de la identidad religiosa (Regan 2002a:77), Samuel P. Huntington explica que la identidad religiosa es la más rígida, puesto que si bien se puede ser mitad francés y mitad árabe, es difícil ser católico y musulmán al mismo tiempo (Huntington 2001: 343).

La identidad del grupo en conflicto es determinado a partir de la orientación primaria de los grupos en conflicto. Los conflictos ideológicos son aquellos que desafían la ideología política o económica dominante. Para distinguir entre los conflictos étnicos y religiosos se han utilizado los datos del proyecto de Ted Gurr ‘Minorities at Risk’²⁸.

La naturaleza del conflicto se ha codificado en tres variables dicotómicas (una por tipo de conflicto) de la siguiente manera:

1	étnico	1 ideológico	1 religioso
0	no étnico	0 no ideológico	0 no religioso

HIPÓTESIS 2

La probabilidad de éxito de la intervención será mayor si es llevada a cabo por países geográficamente cercanos al área en conflicto.

hasta que existan mejores condiciones, y pueden existir soluciones temporales más visibles, por lo que puede ser más fácil para una intervención lograr un cese de hostilidades en conflictos de esta naturaleza. Finalmente argumenta que “[r]eligious conflicts, moreover, should be somewhat more amenable to outside interventions than ethnic conflicts because it is easier to shed religious identity than it is ethnic identity” (Regan 2002a: 77).

No se ha seguido la hipótesis propuesta por Regan porque sus razones no se estimaron adecuadas. En la primera razón esbozada por el autor subyace un tinte de Guerra Fría al mencionar la idea de las ‘contra-intervenciones’ y los ‘patrones’ de los distintos países, lo cual resulta inadecuado para una base de datos que incluye observaciones que pertenecen a ese período y también intervenciones que no ocurrieron durante la Guerra Fría. La segunda razón se relacionan con un supuesto difundido en la literatura el cual establece que en los conflictos prolongados las personas se cansan del esfuerzo de guerra y pueden buscar solucionar (temporalmente al menos) el conflicto (Doyle y Sambanis 2000: 785). Sin embargo, Doyle y Sambanis (2000) sugieren que este razonamiento no se correlaciona significativamente con el cese en las hostilidades sino más bien con el proceso de reforma política (Doyle y Sambanis 2000: 787).

²⁸ Es preciso notar que si bien esta literatura distingue entre tipos de conflicto, las diferencias pueden no ser nítidas, y en particular en las guerras civiles suelen entrecruzarse distintos niveles de conflicto, como lo demuestra por ejemplo la actual situación en Sudan, en donde a la guerra civil entre el gobierno nacional de Jartum y dos grupos rebeldes (la Armada de Liberación del Pueblo de Sudán y el Movimiento de Justicia y Equidad) debe sumarse un segundo nivel de conflicto que involucra la guerra entre el gobierno árabe, situado en el norte del país, y los cristianos africanos del sur, para por último considerar la dimensión local que involucra la lucha entre personas de descendencia africana, de tradiciones sedentarias agrícolas, y personas de descendencia árabe, de tradiciones seminómadas ganaderas. Como en todas las disputas étnicas, las divisiones entre estos dos grupos no son claras: así por ejemplo, la población de Darfur es técnicamente africana pero de religión musulmana (Strauss 2005). A pesar de estas dificultades, se determina la identidad del grupo en conflicto de acuerdo a dónde recaen las líneas organizacionales primarias, y se ha apoyado la decisión en la base de datos de Ted Gurr. Así, por ejemplo, un conflicto podría ser ideológico por naturaleza a pesar de que sus participantes tengan una orientación étnica o religiosa particular.

Esto es así porque los países de la región se ven afectados más directamente por la continuación del conflicto (a través del flujo de refugiados o la interrupción de las relaciones económicas, por ejemplo) y en consecuencia será más fácil lograr la voluntad política necesaria para realizar una intervención. Además, este esfuerzo comprometerá mayores recursos y será realizada con mayor determinación, aumentando la probabilidad de que la intervención logre un cese en las hostilidades.

Para distinguir entre las distintas regiones, se ha utilizado el criterio de COW, cuya clasificación distingue entre (1) América, (2) Europa, (3) África, (4) Medio Oriente, y (5) Asia. La identidad del interventor es codificada de la siguiente manera:

- 1 regional
- 0 no regional

HIPÓTESIS 3

La probabilidad de éxito de la intervención será mayor cuantos menos actores se encuentren involucrados.

Esta hipótesis responde a una lógica tradicional de toma de decisión colectiva. Al haber menos actores involucrados, habrá menos ordenaciones de preferencias que consensuar, por lo que la intervención tendrá mayor coherencia interna. Además, podrán sortearse con mayor facilidad las dificultades y eventualidades que invariablemente surgen durante la intervención, y se evitan los problemas de control, haciendo que la probabilidad de éxito sea más alta para estos casos.

La intervención puede adoptar dos formas: unilateral (un solo país), o multilateral (sea una coalición de países interventores *ad hoc* establecida para el caso particular²⁹ o una organización con un mandato institucional). De acuerdo con la hipótesis, las intervenciones unilaterales estarán asociadas a probabilidad de éxito más altas.

El número de actores involucrados es codificado en una variable dicotómica:

²⁹ Si bien se ha buscado diferenciar entre los casos donde la intervención es una coalición y aquellos donde se trata de una organización internacional porque es una distinción teóricamente relevante, solamente cinco casos corresponden a la primera categoría, por lo que la metodología utilizada no resulta adecuada para captar esta diferencia. Si bien el trabajo de Regan no considera esta variable, codifica a los países que pertenecen a una coalición *ad hoc* como terceras partes individuales. En esta investigación, se ha decidido incluir a las coaliciones como esfuerzos multilaterales en vez de unilaterales, porque lo contrario requería decidir qué contribuciones son suficientes como para codificar una intervención individual. Por ejemplo, según el criterio de Regan, para los casos de Afganistán e Irak hubiese sido necesario decidir qué países contribuyen de manera significativa como para codificar intervenciones individuales. No establecer criterios hubiese generado más de 15 intervenciones en el primer caso y más de 30 en el segundo para un mismo conflicto, sesgando enormemente la base de datos por casos aislados. Para evitar este problema, y porque se consideró que, a pesar de carecer de mandatos institucionales las coaliciones enfrentan problemas similares a las organizaciones multilaterales, se decidió no seguir el criterio utilizado por Regan.

- 1 multilateral
- 0 unilateral

HIPÓTESIS 4

La probabilidad de éxito de la intervención externa será mayor si se realiza de manera imparcial que si apoya al gobierno o a la oposición.

Cuando una intervención es neutral se evita que la tercera parte se convierta en *parte* del conflicto. Los combatientes considerarán que la intervención es justa y bienintencionada, y contribuirán en los esfuerzos de resolución de conflictos, propiciando el cese de fuego y la firma de un acuerdo negociado.

En la base de datos se codifica a *quien beneficia la intervención*. Es decir, si el objetivo de la intervención es el “gobierno”, es porque las terceras partes han ayudado al gobierno. Si una intervención no favoreció a un grupo sobre otro, o si no había un gobierno involucrado en el conflicto, la intervención ha sido codificada como “neutral”.

El objetivo de la intervención se ha codificado en tres variables dicotómicas (‘government’, ‘opposition’ y ‘neutral’) según el bando que apoya la intervención de la siguiente forma:

1	apoya al gobierno	1	apoya a la oposición	1	neutral
0	no apoya al gobierno	0	no apoya a la oposición	0	no neutral

Variable de control: la Guerra Fría

El estudio introduce una variable control que codifica si la intervención ocurrió durante la Guerra Fría o si, por el contrario, pertenece al período de la Posguerra. Esta variable ha sido incluida siguiendo la intuición de que el cambio sistémico hacia la unipolaridad puede haber transformado las formas en que se conducen las intervenciones en conflictos internos.

Esta idea ha sido sugerida por distintos autores. Paul F. Diehl argumenta que en la última década, las intervenciones han proliferado y han expandido las funciones de las que se ocupan (Diehl 2000: 337). Regan argumenta que el fin de la lógica de suma cero- característica del período bipolar- puede haber provocado un cambio en el patrón de intervenciones hacia una disminución en el número de intervenciones unilaterales y un aumento de los esfuerzos multilaterales (Regan 2002a: 24 y 52). Otros, como Mersheimer (1990) han evaluado negativamente el fin de la Guerra Fría, argumentando que “war is statistically more likely in a multipolar system than it is in a bipolar one” por lo que deberíamos de observar un aumento en el número de intervenciones que buscan mitigar los conflictos (Mersheimer 1990: 38).

A fines prácticos, la Guerra Fría se consideró terminada a partir del 1 de enero de 1989, con el traspaso ese mes de la presidencia norteamericana desde Ronald Reagan a George Bush. Esta fecha es solo apenas anterior a la destrucción del Muro de Berlín y de la unificación política de Alemania. Como explica Regan “By 1989 Mikhail Gorbachev’s revolution was sufficiently entrenched to allow the United States and the USSR to increasingly find areas of issue convergent rather than divergent” (Regan 2002: 56) hecho ejemplificado por la cooperación entre las superpotencias durante la Primera Guerra del Golfo. Tal es la forma en que lo ha considerado Regan (2002) y en vistas a lograr la mayor simplicidad posible, esta regla ha sido respetada. Las intervenciones que comienzan durante la Guerra Fría y continúan después de 1989, fueron codificadas como pertenecientes al primer período.

Selección de casos

Las hipótesis presentadas en el capítulo son testeadas contra cada intervención identificada en conflictos intraestatales entre los años 1944 y 2005. El período es lo suficientemente largo como para incluir un número grande de casos necesarios para realizar un análisis estadístico. Al mismo tiempo, es lo suficientemente corto como para poder incluir el universo *completo* de guerras civiles con intervención externa y no una muestra potencialmente sesgada.

Extender el período para incluir conflictos previos a 1944 sería conceptualmente incorrecto, dado que la mayoría de los conflictos no son conflictos intraestatales por definición sino consecuencia del proceso de descolonización (Regan 2002a: 21). Es por ello que la base de datos comienza tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y el principio de la Guerra Fría³⁰.

Recolección de datos

Para armar la base de datos se utilizan los datos de Regan (1996; 2002) para el período 1944-1994, los cuales se encuentran disponibles en los apéndices de sus trabajos y en la página personal del autor³¹. Cabe señalar que, como ha sido discutido anteriormente, sólo son considerados aquellos casos de intervención que incluyen un componente militar, excluyendo las intervenciones económicas que figuran en los datos de Regan.

El desafío ha sido construir sobre su trabajo para lograr una base de datos que abarque un período más extenso. Al incluir un amplio número de observaciones generadas después de 1994, esta investigación ayuda a atenuar cualquier sesgo que pudiese encontrarse en la base de

³⁰ La Guerra Civil Griega, si bien comienza en 1944, fue incluida porque no refleja el proceso de descolonización y su magnitud hacía incorrecto no incluirla en el análisis.

³¹ Disponible en <http://bingweb.binghamton.edu/~pregan/>

Regan producto de que la mayoría de los casos contemplados por el autor ocurrieron a la sombra de la confrontación Este-Oeste.

Para completar la base de datos para el período 1995-2005, se ha recurrido a numerosas fuentes, tanto primarias como secundarias. El principal apoyo ha sido la base de datos Armed Conflicts Dataset, resultado del proyecto conjunto entre el Uppsala Conflict Data Program (UCDP, dependiente de la Universidad Uppsala) y del Internacional Peace Research Institute, Oslo (PRIO) en cuya última versión se identifican los conflictos armados comprendidos en el período 1945-2005 y su intensidad (medido por el número de muertes relacionadas al conflicto). Si bien muchos estudios cuantitativos sobre los conflictos armados utilizan la base COW generada por la Universidad de Michigan, como los datos de conflictos intraestatales han sido recolectados hasta 1997 no son de gran utilidad para este estudio, dado que parte del objetivo de la investigación es contribuir al análisis de las intervenciones más recientes. En consecuencia, en el estudio se opta por la base UCDP/PRIO Armed Conflicts Dataset reconocida internacionalmente y generadora de un artículo anual que se publica en el prestigioso Journal of Peace Research.

Se han utilizado asimismo múltiples fuentes, entre las cuales se incluyen: Keesing's Record of World Events (antes Keesing's Contemporary Archives), el Initiative on Conflict Resolution and Ethnicity (INCORE) para datos sobre acuerdos, los datos de Virginia P. Fortna (2004), el Civil War Resolution Data Set de Barbara Walter, Mayor Episodes of Political Violence, Peace Agreements Digital Collection del United States Institute of Peace, reportes de Human Rights Watch para ver si se respetaron los acuerdos o no, el proyecto "Minorities at Risk" de la Universidad de Maryland liderado por Ted R. Gurr (disponible en Internet), los reportes anuales de Amnistía Internacional, páginas específicas de las organizaciones multilaterales (Naciones Unidas, Unión Europea, OTAN), la base del International Crisis Group con las historias de los conflictos y artículos secundarios, cuando fue necesario.

La elección del método

El objetivo de este proyecto es identificar las condiciones bajo las cuales las intervenciones externas representan una herramienta apropiada de resolución de conflictos intraestatales. Con el fin de evaluar la probabilidad de éxito adjudicable a las distintas estrategias, este estudio examina cada intervención individual y realiza una regresión logística sobre el total de las observaciones.

Al realizar un estudio sistemático de la intervención se pretende identificar tendencias históricas que permitan tomar decisiones más informadas en el futuro. Por ello se ha adoptado una definición dicotómica de éxito, ya que esta simplicidad facilita la transmisión de conocimiento desde el ámbito académico al político. Mack (2002) ha argumentado que los

investigadores tienen solo un débil impacto sobre las decisiones de políticas públicas, y gran parte de la culpa recae sobre la misma comunidad académica.

“Econometric research poses a different difficulty for policymakers... statistical analyses, while certainly relevant, are largely incomprehensible to the policy community... few if any policymakers have any idea what coefficients are, so even those who skip the technicalities in quantitatively oriented academic articles may still not understand what the results mean. Much of the difficulty here arises because very few researchers ... bother to ‘translate’ their work in such a way as to make it accessible to policymakers” (Mack 2002: 516).

El estudio pretende responder esta crítica y presenta los resultados de una forma fácilmente legible por personas ajenas al ámbito académico. El método de la regresión logística es más adecuado para responder a una pregunta dicotómica- en este caso, si la intervención ha sido exitosa o no- y por ello ha sido elegido para esta investigación.

Un estimador más tradicional, como por ejemplo una regresión lineal ordinaria que minimice los restos al cuadrado (MCO), no hubiese sido adecuado por varias razones. Para empezar, una regresión MCO asume que los datos pueden variar desde el infinito negativo al positivo y que los errores están distribuidos normalmente, por lo que podría dar un resultado negativo o mayor a uno. Esto sería incorrecto porque la variable dependiente del presente trabajo es dicotómica y asume sólo dos valores, por lo que se violarían los supuestos del modelo; y dado que se está calculando la *probabilidad* de éxito de que una intervención sea exitosa el resultado debe estar entre el cero y el uno (Gujarati 1999: 447).

En segundo lugar la interpretación de los resultados de la regresión MCO no son solo metodológicamente problemáticos sino también confusos para la comunidad política. Interpretar los resultados de la regresión MCO involucra cierta variación sobre el efecto del cambio en una unidad en las variables independientes sobre un cambio de una unidad en la variable dependiente. Ello ocurriría si por ejemplo al pasar de un conflicto étnico a un conflicto ideológico (un cambio de una unidad en la variable independiente ‘tipo de conflicto’) se genera un cambio de .5 unidad de cambio sobre el rango de resultados. Este modelo asume que la tasa de cambio de la probabilidad por unidad de cambio en el valor de la variable independiente es constante, dado por el valor de la pendiente (Gujarati 1999: 448). Pero un cambio de .5 de unidad no tiene ningún significado concreto, no hay un resultado de .5 en una variable categórica como éxito.

Podría argumentarse que no es correcto formular una pregunta que requiera una respuesta dicotómica y que de hecho el éxito de la intervención puede medirse de alguna forma alternativa, y no se pretende aquí afirmar que no es posible. Sin embargo, se adopta la decisión

de Regan por dos razones. Primero, al dicotomizar el resultado se obtiene un análisis parsimonioso. Segundo, es una manera de que los resultados obtenidos sean políticamente relevantes y de fomentar la interacción entre la comunidad académica y la política. Mack (2002) argumenta que “[p]olicymakers tend to view academic research as being unrelated to their practical concerns, abstruse and often difficult to understand” (Mack 2002: 515) por lo que las políticas adoptadas tienden a estar determinadas por mandatos, la experiencia del pasado y por la política, con poca referencia a los descubrimientos de los investigadores académicos (Mack 2002:516). Para informar adecuadamente a los tomadores de decisión, los investigadores deben preguntar de una manera consistente con esa comunidad. Regan señala que “...policymakers converse in a language more consistent with subjective estimates of the likely outcome of the proposed policy” (Regan 2002a: 81). Se trata entonces de hacer el trabajo de los investigadores más accesible a los tomadores de decisión, con el objetivo de fomentar la cooperación entre los dos ámbitos. Lo que se pierde en el análisis inicial a través de la dicotomización puede ser recuperado a través de discusiones sobre incidentes específicos y una interpretación más crítica del análisis (Regan 2002a: 82). Esto remite al punto hecho en el capítulo 1 de que si bien los análisis estadísticos poseen numerosas virtudes, deben ser esfuerzos complementarios a análisis más detallados de casos particulares para dar fe de las diferencias culturales e históricas que no son revelados por los patrones históricos que identifica una regresión.

Cabe señalar que los coeficientes de la regresión logística no son directamente interpretables como en otras regresiones, sino que requieren una transformación algebraica para determinar sus efectos marginales; esto los hace un poco más difíciles de interpretar (Regan 2002a: 57, Walter 2002: 75). Es necesario transformar estos coeficientes a estimaciones de la probabilidad de éxito de una intervención dado un conjunto específico de coeficientes. El signo del coeficiente indica la dirección de la relación empírica entre el resultado y las variables independientes, y el valor del coeficiente señala su magnitud.

Un problema metodológico: el sesgo por selección

En el estudio de las estrategias de intervención con mayor probabilidad de éxito se ha identificado un problema metodológico principal que atraviesa toda la literatura de los conflictos intraestatales: el problema del sesgo por selección. Esta cuestión es de difícil solución y no ha sido saneada en este trabajo. Sin embargo, al reconocerla, se allana el camino para que futuras investigaciones encuentren la forma de, al menos, mitigar su efecto.

Un sesgo por selección ocurre cuando se genera una distorsión en el análisis estadístico a causa de la metodología a través de la cual se recolectan los datos. Típicamente (como en este caso) hace que las medidas de significación estadística aparezcan más fuertes de lo que en verdad son. El problema del sesgo por selección ha plagado toda la literatura de conflictos

intraestatales e interestatales, y es inherente a todo intento de evaluar el resultado de una política pública (Tetlock y Belkin 1996). Así, por ejemplo, de la misma forma como Regan identifica este problema en su estudio, Barbara F. Walter, quien estudia la implementación de los acuerdos de paz, enfrenta la misma dificultad (Walter 2002).

El problema, en palabras de Regan es que:

“We can only evaluate those instances in which the policy of interest (in this case interventions) was chosen, yet to do this effectively we need to know when or under what conditions the decision will be made not to intervene” (Regan 2002a: 34).

Para evaluar el éxito de una intervención primero es necesario que el liderazgo político de un país u organización haya decidido realizarla. Si los Estados deciden intervenir *solo en las instancias donde la expectativa de éxito es alta*, y en cambio no intervienen donde esta expectativa es baja, los resultados de este análisis sobreestimarán el impacto de las variables independientes sobre la probabilidad de éxito.

En consecuencia, para mitigar el problema del sesgo por selección sería necesario codificar no sólo los casos donde existe una intervención sino también aquellos momentos donde se contempló una intervención y no se realizó por *considerarse que la probabilidad de éxito era muy baja*. Esto requeriría un modelo que especifique cuándo y dónde los Estados o las organizaciones multilaterales contemplan una intervención y los criterios relevantes para decidir. Si se intentase conformar una lista de todos los conflictos intraestatales, tanto en los que hubo intervención como en los que no, la lista sería muy larga y no habría criterios claros sobre cuando hay más probabilidad de que se de una intervención (Regan 2002a: 39). Si se considerase por ejemplo que todos los países contemplan intervenir en todos los conflictos activos cada año (lo cual no necesariamente sería conceptualmente lógico) la base de datos estaría plagada de casos de no intervención, superando ampliamente los casos donde efectivamente se dio una intervención (Regan 2002a: 55). Tampoco es fácil establecer criterios de relevancia que determinen qué casos son relevantes y cuáles no (Regan 2002a: 144-145).

Distintos autores han intentado mitigar este problema, pero sus esfuerzos no han sido del todo satisfactorios³². La incapacidad de solucionar este problema ha llevado a un investigador a sugerir que los Estados deciden en qué caso intervenir sin referencia a la probabilidad de éxito esperada, por lo que podría no existir el sesgo de selección que se asume (Simpson 2004). En el capítulo 1 se señala que es difícil identificar los criterios utilizados para decidir si intervenir o no utilizando otros criterios pertinentes a la intervención distintos a la

³² Para valiosos esfuerzos en esta dirección, véase Simpson (2004), Fortna (2004) y Doyle y Sambanis (2000).

probabilidad de éxito (por ejemplo, cuál es la magnitud de la crisis humanitaria necesaria para habilitar esta acción), por lo que esta sugerencia no resulta del todo infundada.

A pesar de que solucionar el problema del sesgo por selección trasciende el alcance y propósito de este estudio, los resultados de esta investigación pueden como mínimo –y asumiendo un sesgo por selección- sugerir las características de las intervenciones exitosas cuando un Estado tiene una expectativa razonable de éxito (Regan 1996: 342). El siguiente capítulo presenta los resultados de la regresión logística y estima la importancia de éstos a la luz de los debates presentados en el capítulo 2.



Universidad de
San Andrés

CAPÍTULO 4: Resultados

En este capítulo se presentan los principales resultados de la investigación, apreciando la relevancia de las variables identificadas en el capítulo anterior para responder a la pregunta de investigación. El objetivo es establecer qué condiciones y estrategias tienen una mayor probabilidad de éxito, a fin de contribuir con fundamentos empíricos a los debates existentes en torno a la resolución de conflictos (y que han sido esbozados en el capítulo 2).

Primero se realiza un análisis descriptivo de la base de datos sobre intervenciones externas que ha sido construida en ese estudio, la cual figura en el Anexo 1. Luego se presentan los resultados de la regresión logística, y se discuten a la luz de las hipótesis de trabajo. En una última sección, se exponen las probabilidades de éxito de un modelo base, analizando el cambio en esta probabilidad a medida que se combinan de distinta forma los valores de las variables.

Análisis descriptivo

Un primer dato interesante y sorprendente que se observa en la base de datos es el incremento exponencial que ha habido desde 1994 en el número de intervenciones realizadas. El trabajo de Regan (1996, 2002) sobre el cual se ha construido codifica 197 casos de intervención para el período comprendido entre 1944 y 1994, de los cuales sólo han sido considerados 181³³. El presente estudio, siguiendo los criterios, las reglas de codificación y usando las fuentes enumeradas en el capítulo anterior, ha agregado a esta nueva base actualizada 100 casos en diez años, codificando las dimensiones de cada intervención separadamente. Así, más de una tercera parte de las intervenciones que figuran listadas en el Anexo 1 son producto de esta investigación.

Si se considera que en cincuenta años de historia se realizaron 181 intervenciones, podría calcularse que en promedio ha habido 36 intervenciones cada 10 años. Este número contrasta con las 100 intervenciones observadas para el período 1995-2005. En términos porcentuales, esto representa un aumento del 278% con respecto al promedio de intervenciones militares por década.

Este hallazgo es apoyado por la literatura especializada en las operaciones de paz en conflictos intraestatales, las cuales, si bien no suelen ofrecer cifras precisas, sugieren que con el fin de la Guerra Fría ha habido un aumento en el número de intervenciones militares. Por

³³ Se han dejado de lado las intervenciones económicas y las intervenciones en conflictos con menos de mil muertes acumuladas.

ejemplo, Paul F. Diehl argumenta que el número de operaciones de mantenimiento de paz desde 1988 es dos veces y media más que en el total de los 40 años previos (Diehl 2000: 337).

La literatura sugiere distintos factores detrás de este aumento. Una que ha sido señalada en el capítulo 2 es que el aumento total de intervenciones se debe, al menos parcialmente, a la *proliferación de actores* que realizan este tipo de misiones. Alex Bellamy y Paul D. Williams (2005), dos reconocidos especialistas, señalan que desde 1990 las organizaciones regionales han asumido un papel más importante en las intervenciones externas, inclusive frecuentemente sin la autorización del Consejo de Seguridad de la ONU. Otra razón posible es que el creciente consenso de que la intervención humanitaria representa una excepción al principio de no intervención ha relajado el respeto por la soberanía y fomentado el aumento en intervenciones militares³⁴.

Un segundo dato relevante es que de las 281 intervenciones incluidas en la base de datos, 86 han sido codificadas como éxito y 195 como fracasos. De acuerdo con ello, las intervenciones exitosas representan sólo el 30% del universo de casos estudiado. Lo interesante es que éste es el porcentaje obtenido por Regan para los 197 casos que analiza (Regan 2002a: 28), y también para las 181 observaciones que fueron incluidas en este estudio.

Se observan 115 intervenciones en conflictos étnicos, 142 en conflictos ideológicos, y 24 en conflictos religiosos. En cuanto a la ubicación geográfica del interventor en relación al conflicto, se registran 174 intervenciones llevadas a cabo por actores regionales (tanto unilaterales como multilaterales), y 107 intervenciones no regionales (o internacionales). Dado que por definición en cualquier conflicto existen más potenciales interventores internacionales que regionales, este dato parecería confirmar el supuesto de que los países vecinos y las organizaciones de seguridad de la región pueden superar más fácilmente la falta de voluntad política para intervenir. Un dato sumamente interesante es que de las 281 intervenciones codificadas, solo 30 han sido realizadas por una tercera parte multilateral; alternativamente, cerca del 90% de todas las intervenciones han sido realizadas por países individuales. Para la cuarta variable se registra que de los 281 casos, 145 han apoyado al gobierno, 114 a la oposición y 22 intervenciones han sido neutrales. En términos porcentuales, el 52% de las intervenciones han apoyado al gobierno, 40% han apoyado a la oposición, y 8% han sido neutrales. Si bien se registra un pequeño incremento en los casos que apoyan al gobierno y se realizan de manera neutral, estos porcentajes son similares a los de Regan (49%, 46% y 5% respectivamente). Por último, 166 intervenciones se han realizado durante la Guerra Fría, y 115 han ocurrido desde 1989. Este dato permite ver de forma rápida el aumento previamente señalado en el número de intervenciones: el primer período que comprende 44 años registra 166 intervenciones, y el

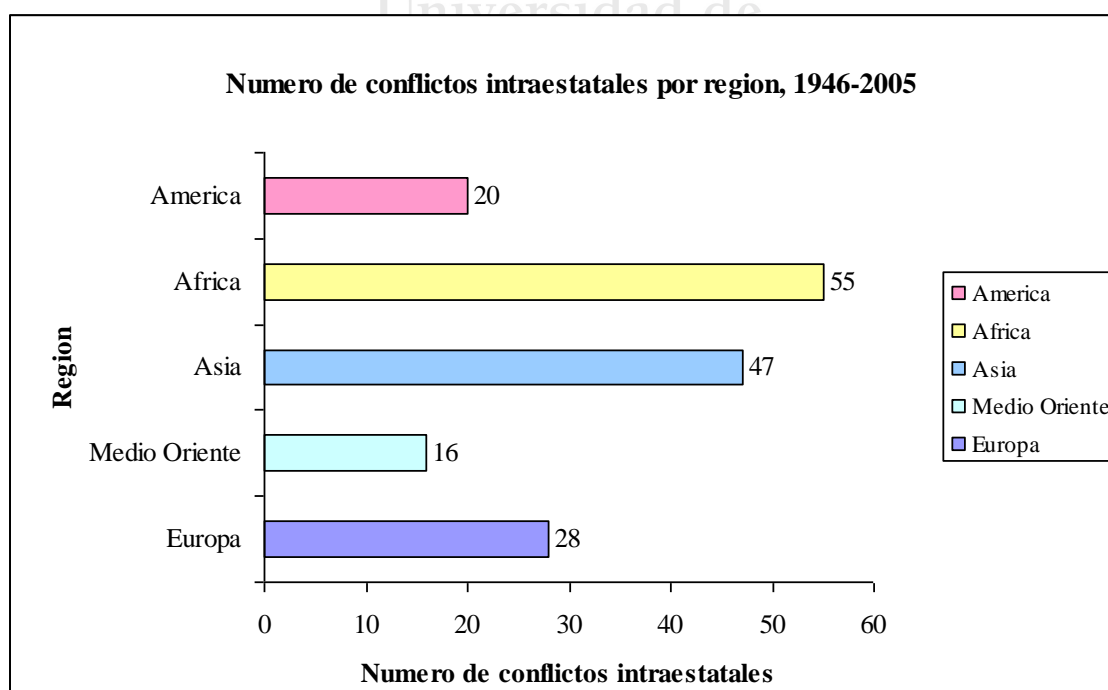
³⁴ Este argumento es refutado por Simon Chesterman, quien encuentra poca evidencia de que la soberanía sea un concepto que inhiba a los Estados de realizar este tipo de intervenciones (Chesterman 2001: 213).

segundo, que tiene sólo 16 años, incluye 115 intervenciones. A continuación se presentan estos resultados con las estadísticas descriptivas de cada variable.

TABLA 2
Estadísticas descriptivas de las variables independientes

Variable	Observaciones	Porcentajes, N=281	Media	Desvío estándar
Conflicto étnico	115	41%	0.4092527	0.4925732
Conflicto ideológico	142	51%	0.5053381	0.5008635
Conflicto religioso	24	8%	0.0854093	0.2799884
Regional	174	62%	0.6192171	0.4864457
Multilateral	30	11%	0.1067616	0.3093608
Apoya al gobierno	145	52%	0.5160142	0.5006351
Apoya la oposición	114	40%	0.405694	0.4919019
Neutral	22	8%	0.0782918	0.2691095
Guerra Fría	166	59%	0.5907473	0.4925732

Un análisis comparativo del número de conflictos intraestatales por regiones ubica a África como la zona más violenta del mundo, con 55 conflictos registrados desde 1946 hasta 2005, seguida de cerca por Asia, con 47 conflictos internos para el mismo período.



Fuente: Elaboración propia en base a datos del UCDP / PRIO Armed Conflicts Dataset

De acuerdo con ello, no es extraño que el continente que ha concentrado los esfuerzos de las terceras partes más que cualquier otro sea el africano. Resulta interesante asimismo destacar que la región con el menor número de intervenciones es América. En este continente, el 71% de las intervenciones han sido conducidas por los Estados Unidos (10 de las 14 intervenciones registradas), y quizás, más significativamente, ninguna de las restantes 4 intervenciones han pertenecido a un interventor extra-regional, ni siquiera las Naciones Unidas.

TABLA 3

Número de intervenciones recibidas por continente

Continente	Número de intervenciones recibidas
Europa	23
Medio Oriente	40
Asia y el Pacífico	73
África	131
América	14

El papel de los Estados Unidos no se ha restringido exclusivamente al continente americano, sino que, por el contrario, es el país que ha realizado el mayor número de intervenciones militares en conflictos internos, superando por más del doble a la Unión Soviética y Rusia. Las Naciones Unidas están relegadas a un tercer lugar. Dado que la investigación codifica las intervenciones que ocurren *durante* el conflicto con el objetivo de lograr un cese en las hostilidades (y por definición deja fuera aquellas intervenciones de mantenimiento de paz, o *peacekeeping*) debe tenerse en cuenta que el número total de misiones de paz conducidas por la organización internacional es superior que el registrado por este trabajo. No deja de ser interesante, sin embargo, que el número de intervenciones de imposición de paz sea bajo y comparable a la de países como Gran Bretaña, Francia y Libia. Este resultado parecería sugerir cierta renuencia por parte de la organización de realizar intervenciones de este tipo, en particular si se considera que la ONU ha realizado más de 45 intervenciones en conflictos intraestatales y que las observaciones contemplan toda la vida de la organización mundial³⁵.

³⁵ Datos obtenidos de la página oficial de la organización.

TABLA 4

Terceras partes con mayor número de intervenciones

Tercera parte	Número de intervenciones
EEUU	42
URSS/ Rusia	17
Naciones Unidas	11
Gran Bretaña	10
Francia	10
Libia	10
Siria	8
China	7
India	7
Irán	7
Pakistán	6

La regresión logística

Para evaluar qué condiciones y estrategias de intervención se asocian con probabilidades más altas de éxito se ha realizado una regresión logística cuyos resultados se presentan a continuación. Se recuerda que el signo del coeficiente indica la dirección de la relación empírica entre el resultado y las variables independientes, y el valor del coeficiente señala su magnitud. Para obtener las probabilidades de éxito, en la siguiente sección se transforman estos coeficientes a probabilidades.

TABLA 5
Resultados de la regresión logística

Éxito	Coeficiente
Conflicto étnico	0.1621555 [0.5477659]
Conflicto ideológico	0.2722642 [0.544459]
Regional	-0.6362874 [0.2902011]**
Multilateral	0.6484845 [0.5276257]
Gobierno	0.8847645 [0.3124949]***
Neutral	0.2947463 [0.6543221]
Guerra Fría	-0.6427775 [0.2934161]**
Constante	-0.888469 [0.5562867]
Número de observaciones	281
Log likelihood = -160.20948	
Pseudo R2 = 0.0743	
LR chi2(7) = 25.72	
Prob > chi2 = 0.0006	

Errores estándar mostrados en paréntesis. * Significativo al nivel 10%; ** Significativo al nivel 5%; *** Significativo al nivel 1%

Análisis de los resultados

Este apartado busca estimar el impacto de las variables independientes sobre la probabilidad de éxito a la luz de los resultados obtenidos en la regresión logística.

El tipo de conflicto

Como se observa en el cuadro, el tipo de conflicto no tiene un efecto significativo sobre la probabilidad de que una intervención en un conflicto intraestatal sea exitosa. Este resultado es

consistente con los obtenidos por Regan (2002a), y conlleva a rechazar la hipótesis 1, la cual postula que los conflictos ideológicos tienen probabilidades mayores de éxito.

Este es un descubrimiento sumamente interesante porque la naturaleza del conflicto ha sido tradicionalmente considerada una variable decisiva para explicar el éxito o el fracaso de las incursiones militares. Como se explica en el capítulo 2, la teoría de los *odios ancestrales* sostiene que los conflictos de identidad (de naturaleza étnica o religiosa) no se rigen por cálculos estratégicos y en consecuencia las intervenciones en este tipo de conflictos no pueden alterar los costos de pelear y los beneficios de no hacerlo ($Costos_{sp}$ y $Beneficios_{np}$ según la ecuación presentada en el capítulo 3), por lo que se espera que las intervenciones realizadas en conflictos de naturaleza ideológica tienen, por oposición, mayor probabilidad de éxito.

Los resultados presentados tampoco sustentan la lógica detrás de los argumentos de Chaim Kaufmann, quien argumenta que en conflictos étnicos una intervención tendrá mayor probabilidad de éxito. Debe notarse sin embargo que la *teoría de la partición* se basa en el supuesto de que para que la intervención sea exitosa, debe lograr la separación física de los grupos en conflicto en enclaves militarmente defendibles, y esto no ha sido considerado en este trabajo. No obstante, la investigación ofrece sustento a aquellos trabajos que, mostrando que el tipo de conflicto no tiene un impacto significativo sobre la probabilidad de éxito, además demuestran que la partición no es una solución *posible* al conflicto étnico (Sambanis 2000).

Aunque esta variable no es estadísticamente significativa, resulta interesante que las intervenciones militares están positivamente relacionadas con la naturaleza étnica o ideológica del conflicto (por lo que la probabilidad es mayor que en un conflicto religioso). Este resultado no corrobora el obtenido por Regan, en donde ambos tipos de conflictos impactaban negativamente en la probabilidad de éxito en comparación con el caso religioso (Regan 2002a: 83).

Doyle y Sambanis (2000) muestran que los conflictos de identidad (étnicos y religiosos) tienen una probabilidad de éxito menor, pero este resultado no es directamente comparable porque entre sus observaciones contemplan diversos tipos de operaciones de paz y adoptan una definición de éxito alternativa. Sin embargo, su aporte es valioso en que al testear distintas hipótesis simultáneamente, como lo hace Regan, permite establecer que si bien las guerras de identidad hacen una diferencia en la probabilidad de éxito, en comparación con otras variables no es la más relevante. Como señalan ellos mismos:

“...the influence of this variable is consistently negative, but its overall effect on the probability of... success is relatively small. Thus, although identity wars have a lower probability ... than non-identity wars, that difference is not very large” (Doyle y Sambanis 2000: 787).

Esto demuestra la importancia de realizar estudios que analicen las tendencias generales de distintas variables, pudiendo estimar la interacción entre los distintos factores.

La ubicación geográfica del interventor en relación al conflicto

Significativamente, la ubicación geográfica del interventor en relación a la zona de conflicto es una variable capaz de explicar parte de la variación observada en las probabilidades de que una intervención sea exitosa. La hipótesis 2 de la investigación postula que una intervención será más exitosa si es realizada por un actor regional porque, al verse afectado de forma más directa por la prolongación del conflicto, puede solucionar fácilmente la falta de voluntad política para realizar una intervención y comprometerá mayores recursos en este esfuerzo. Sin embargo, el signo negativo del coeficiente obtenido en la regresión logística indica que la relación es inversa a la propuesta: las intervenciones regionales se asocian con una probabilidad *menor* de éxito que las intervenciones internacionales, o inversamente, las intervenciones internacionales se relacionan con probabilidades *mayores* de lograr un cese en las hostilidades.

En relación al debate presentado en el capítulo 2, este resultado señala que las desventajas de que el actor sea regional identificadas por la literatura exceden las ventajas esperadas. Esto podría sugerir que la superación de la inercia política por parte de un actor regional puede no ser consecuencia de un deseo de cesar el conflicto sino –muy por el contrario– de la participación del actor externo en el conflicto, es decir, que el país vecino o la organización regional (frecuentemente dirigida por los poderes militares o con mayores recursos) es *parte* del conflicto. Esto implicaría que los actores regionales intervienen para lograr un determinado objetivo, y buscan el cese de las hostilidades sólo en la medida en que el bando apoyado gane la guerra. Estas configuraciones regionales de (in)seguridad, en donde los actores regionales se involucran en las disputas internas de sus vecinos, son visibles en varios conflictos: la mayoría de las intervenciones codificadas en la República Democrática del Congo, por ejemplo, representan intervenciones regionales de proyección de poder y no intervenciones ansiosas por poner fin al conflicto. Así, se ha postulado que:

“... the conventional distinctions between international and domestic and between state actors and other actors have become blurred and even lose much of their significance in the new situation. Instead of speaking of a large number of isolated so-called civil wars, we may speak of regional war zones” (Hettne y Soderbaum 2005: 457).

El trabajo deja fuera el análisis de los motivos para la intervención, pero un examen más fino podría corroborar si el razonamiento sugerido es correcto.

Debe tenerse en cuenta que existen grandes diferencias en cuanto al tipo de interventor captado por esta variable. Primero, se tienen en cuenta tanto los esfuerzos unilaterales como los multilaterales. Dado que el número de intervenciones unilaterales supera ampliamente el número de intervenciones multilaterales, puede decirse que, de modo general, este resultado refleja que las intervenciones unilaterales regionales no se asocian con una mayor probabilidad de éxito y puede sugerirse que esto ocurre porque los países *son parte del conflicto* y no una herramienta para su solución. Segundo, existen grandes diferencias de recursos y estructura militar entre las distintas organizaciones. Diehl incluso argumenta que “only NATO appears to have the structure and military capability to carry out such operations effectively” (Diehl 2000: 341). Estas diferencias estructurales entre las organizaciones regionales son homogeneizadas por la metodología utilizada, la cual sólo considera si el agente es regional o no.

El resultado obtenido es interesante a la luz del esquema de seguridad por ‘capas’ que ha sido desarrollado en los últimos años. El Informe de la Comisión Internacional sobre Intervención y Soberanía Estatal (2001) establece que la soberanía supone la responsabilidad de proteger las vidas de las personas dentro de un Estado. Esta responsabilidad recae en primera instancia en el propio gobierno del Estado; sin embargo, cuando la población sufre un daño serio como resultado de la guerra interna, la represión o el colapso estatal, y el Estado es incapaz o renuente a subsanar la situación, el principio de no intervención cede ante la responsabilidad internacional de proteger a la población victimizada, conformando así un esquema de seguridad ‘por capas’ (ICISS Report 2001: xi). La responsabilidad internacional de proteger allí donde el Estado no protege los Derechos Humanos fundamentales de su población involucra tanto la acción de organismos internacionales, organizaciones regionales o la participación individual de algún Estado. En particular, resulta interesante aquí que la Comisión promueve la participación de los actores regionales considerando que éstas pueden dar una adecuada respuesta a los conflictos internos (ICISS Report 2001: 53). De forma similar, Hettne y Söderbaum (Hettne y Soderbaum 2005) han argüido que:

“The optimal form of peacekeeping combines the legitimacy of multilateral (UN) interventions with a higher efficiency in terms of closeness and commitment with regional interventions. [...] A multi-tiered approach (multilateral-regional) can be sequenced, since the multilateral operation takes longer to organise compared to the regional” (Hettne y Soderbaum 2005: 460).

Este esquema se ve reflejado en el incremento de esfuerzos combinados entre las organizaciones regionales y la ONU para resolver conflictos internos que se observa en la Posguerra Fría (Diehl y Cho 2006: 193). El resultado de esta investigación sugiere que las expectativas puestas en el papel que los actores regionales cumplen en el sistema de capas

pueden ser excesivas, porque las intervenciones regionales están asociadas a menores probabilidades de éxito. Además, la cooperación por ‘capas’ suele ser menos aceptada de lo esperado, como lo demuestra el caso actual de la misión de la Unión Africana en Darfur.

La cantidad de actores

Esta investigación demuestra que para los casos estudiados el número de actores involucrados no es una variable relevante a la hora de explicar el éxito de las intervenciones externas. Sorpresivamente, no se puede apoyar la noción de que la legitimidad impartida por la multilateralidad del agente externo se asocia con probabilidades mayores de éxito, como sugiere Diehl (2000).

Tampoco se ofrecen pruebas de que las intervenciones unilaterales se asocien con probabilidades de éxito más altas porque evitan el problema de agregación de preferencias, como puede sugerirse a partir de la teoría de la elección social, o porque simplifican los problemas de comando que surgen en las operaciones militares.

Como se menciona en el capítulo 2, David Laitin (1999) argumenta que en las misiones de imposición de paz, la ONU debería subcontratar la misión a un actor unilateral con capacidad de llevar a cabo la intervención. Este estudio demuestra sin embargo que la intervención unilateral no se asocia con mayores probabilidades de éxito, por lo que no puede ofrecerse pruebas empíricas a favor de este argumento. La *subcontratación* por parte de la ONU de las misiones de paz puede no ser la forma de diseñar intervenciones más exitosas.

El análisis de Regan donde evalúa el impacto de las intervenciones sobre la duración del conflicto intraestatal sugiere que la cantidad de actores no tiene un efecto independiente sobre la vida del conflicto (Regan 2002b). Como esta variable es codificada conjuntamente con las intervenciones neutrales, la hipótesis no permite determinar si este efecto es producto de una u otra variable. Si bien esta investigación ha intentado ofrecer pruebas más contundentes del impacto de la cantidad de actores, no puede rechazarse la idea de que esta *no* es una variable relevante.

Debe tenerse en cuenta sin embargo, que sólo 30 casos de los 281 son codificados como multilaterales, lo cual podría sugerir que ésta no es la metodología más adecuada para captar el impacto de esta variable. Quizás otras estrategias metodológicas alternativas, como un estudio comparativo, podría iluminar mejor este aspecto. Esta diferencia en el número de intervenciones sin embargo parecería señalar que las instituciones no solucionan los problemas de acción colectiva y que, por el contrario, los países voluntariamente afrontan el costo asociado a lograr un cese en las hostilidades a pesar de que la paz y la seguridad internacional son, en esencia, *bienes públicos*. Una explicación más prudente señalaría que el número de países individuales supera ampliamente el número de organizaciones y que por lo tanto las probabilidades de que

un país decida intervenir son mayores, por lo cual se observan mayores intervenciones unilaterales.

El objetivo de la intervención

Los resultados señalan que el objetivo de la intervención es una variable relevante a la hora de evaluar las estrategias asociadas con probabilidades más altas de intervención. La hipótesis 4 postula que una intervención neutral goza de mayor aceptación, credibilidad y legitimidad, lo cual mejora sus perspectivas de éxito. Esta investigación no confirma esta hipótesis. Por el contrario, una intervención que *apoya al gobierno* será más exitosa en general que una que apoya a la oposición. Este resultado comprueba el obtenido por Regan y confirma su hipótesis. El caso neutral no resulta estadísticamente significativo, pero resulta interesante que la correlación entre la neutralidad y la probabilidad de éxito sea positiva en relación al caso que apoya a la oposición.

En términos del debate entre paz y justicia esbozado en el capítulo 2, este resultado señala que las intervenciones externas pueden contribuir significativamente a la resolución de los conflictos al promover, por sobre todo, la paz. Independientemente de si una intervención es *justa*, intervenir parcialmente a favor de uno de los bandos (en particular, el bando más fuerte) es la forma más efectiva de poner fin a la violencia. Podría también argumentarse -como lo hace Chaim Kaufmann (2004)- que sólo debe intervenir cuando sea posible identificar un culpable de la agresión, por lo que la intervención defendería simultáneamente la paz (se interviene a favor de un bando) y la justicia (se castiga al culpable).

Este hallazgo tiene valor más allá del impacto sobre la probabilidad de éxito, pues indica que frecuentemente en esta disciplina, las presunciones y el conocimiento difundido sobre el valor de ciertas estrategias no se relaciona con su valor práctico y real. La neutralidad puede ser un concepto noble, pero ponerlo en práctica no necesariamente tiene un impacto positivo sobre la probabilidad de éxito. En consecuencia, este precepto carece de valor si no permite obtener los objetivos que promete: si por sostenerlo se compromete la efectividad de la misión, no debe continuar aplicándose. Thomas G. Weiss, un experto en lo referido a la intervención humanitaria, señala que una de las lecciones más importantes de los últimos años es que debe resistirse el impulso de utilizar invocaciones políticamente correctas: “[e]veryone finds comfort in ready-made formulas, but they are unreliable guides for action” (Weiss 2001: 422). Más estudios serían necesarios para estimar el valor de la neutralidad, pero debe al menos cuestionarse la seguridad con la que se afirma que la neutralidad es un criterio *necesario* para las operaciones de paz. Esta variable señala la distancia que existe entre los preceptos normativos de la intervención y las consideraciones prácticas de ella, y la necesidad de realizar un ajuste entre las dos para fortalecer los cimientos sobre los cuales se estudia la intervención.

Las intervenciones durante la Guerra Fría

De acuerdo con los resultados obtenidos, el período en que se realizaron las intervenciones es una variable significativa a la hora de explicar el éxito de los esfuerzos externos: aquellas intervenciones realizadas durante la Guerra Fría han sido *menos* exitosas. Existe cierto consenso en la literatura de que durante la Guerra Fría las intervenciones han sido cualitativamente diferentes. La mayoría de las intervenciones durante esta época eran intervenciones de *peacekeeping*, por lo que solían realizarse con el consentimiento de las partes luego de un cese de fuego. Distintos autores explican que estas intervenciones enfrentan menos dificultades que las misiones de *peace enforcement*, por lo que debería de registrarse que las intervenciones a la sombra de la confrontación Este-Oeste son más exitosas (Diehl 2000). Sin embargo, el resultado de esta investigación es exactamente el opuesto: una intervención tiene mayor probabilidad de ser exitosa si se realiza durante la Posguerra Fría.

Este descubrimiento podría deberse a que, a causa de un estricto criterio de codificación, la base de datos no incluye casos de *peacekeeping*, sino que únicamente toma en cuenta aquellas intervenciones que se realizan sin un acuerdo de paz anterior, y que intentan lograr un cese de fuego. Esto permite estandarizar la variabilidad causada por los distintos tipos de misiones posibles. De esta forma, la regresión estaría indicando que, para el *mismo tipo de misión*, puede esperarse que una intervención sea más exitosa en la Posguerra Fría. Esto no necesariamente contradice a la literatura, la cual usualmente compara casos de *peacekeeping* con casos de *peace enforcement*.

El hecho de que para un mismo tipo de misión se registre una probabilidad más alta en la actualidad sugiere que existen tendencias valiosas y relevantes que aún no han sido exploradas en la disciplina. Una posible explicación de esta mayor probabilidad es que las lecciones sobre los éxitos y fracasos pasados han sido aprendidas. También podría indicar que la mayor visibilidad con la que se conducen las intervenciones, constantemente bajo el escrutinio público, ha impactado positivamente en la probabilidad de éxito. Como señala Regan:

“One of the peculiar aspects of interventions into civil conflicts is that they appear to be much more prevalent since the end of the cold war, and it seems that the public is considerably more aware of their progress” (Regan 2002a: 142).

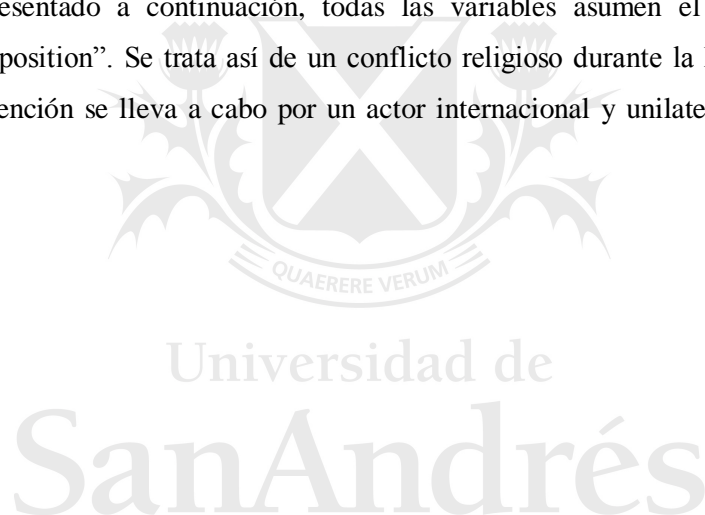
En suma, manteniendo todo lo demás constante, la probabilidad de que una intervención sea exitosa es *mayor* si la realiza un actor internacional apoyando al gobierno durante la Posguerra Fría, independientemente del tipo de conflicto y de si es un actor individual o

colectivo. Por lo contrario, la probabilidad de que una intervención externa sea exitosa *es menor* si el interventor es regional, apoya a la oposición, o pertenece a la Guerra Fría.

Las probabilidades de éxito

La ventaja de utilizar estimaciones probabilísticas es que permite interpretar los resultados en términos de qué tan grande es el aumento (o la reducción) de la probabilidad de éxito a medida que se cambia de estrategia o condiciones del conflicto (Regan 2002a: 136-137). En el Anexo Estadístico se explica cómo los resultados de la regresión logística presentados en el apartado anterior pueden ser convertidos en probabilidades de éxito *para cada posible combinación de variables*.

Para tratar de capturar el impacto del cambio en algunas de las variables se establece un modelo base y se procede a recalcular el modelo con cambios de una variable a la vez³⁶. En el modelo base, presentado a continuación, todas las variables asumen el valor 0, excepto “religious” y “opposition”. Se trata así de un conflicto religioso durante la Posguerra Fría, en donde una intervención se lleva a cabo por un actor internacional y unilateral que apoya a la oposición.



³⁶ Se ha elegido construir un modelo base para mostrar los cambios por variable en la probabilidad de éxito ya que es la metodología utilizada por Regan (y por lo tanto se facilita la comparación entre los resultados obtenidos) y porque no es usual realizar este tipo de estudios con variables discretas. Sin embargo, debe señalarse que un análisis de elasticidad de las variables independientes confirma los resultados obtenidos a través del modelo base.

TABLA 6

Probabilidad estimada de que una intervención será exitosa

Base	Probabilidad Estimada (%)	Diferencia (%)
Conflicto religioso		
Interventor no regional		
Interventor unilateral		
A favor de la oposición		
Posguerra Fría	29	-
De: Base		
A: Conflicto étnico	33	+4
De: Base		
A: Conflicto ideológico	35	+6
De: Base		
A: Interventor regional	18	-11
De: Base		
A: Interventor multilateral	44	+15
De: Base		
A: A favor del gobierno	50	+21
De: Base		
A: Neutral	36	7
De: Base		
A: Guerra Fría	18	-11

La tabla demuestra que la variación causada en la probabilidad de éxito por el tipo de conflicto en donde se interviene es pequeña en comparación al impacto de otras variables, lo cual confirma los resultados obtenidos por Doyle y Sambanis (2000). Al pasar de un interventor internacional a uno regional, la probabilidad de éxito desciende, contrario a lo esperado de acuerdo a la hipótesis 2. La hipótesis 3 no es corroborada: un interventor multilateral se asocia con probabilidades mayores de éxito. Significativamente, apoyar al gobierno mejora las perspectivas de que una intervención sea exitosa en la pacificación de un conflicto. Esta variable es la que mayor impacto tiene sobre la probabilidad de que una intervención logre cesar la violencia. Por último, al pasar de la Guerra Fría a la Posguerra Fría las intervenciones son más exitosas.

Lo interesante de este cuadro es que demuestra que la adopción de una u otra estrategia de intervención puede afectar significativamente la probabilidad de éxito de una intervención. De hecho, la probabilidad mínima de éxito obtenida en una combinación de las variables con los

coeficientes de la regresión es de 10% y la máxima identificada es del 71%; la variabilidad de $\pm 61\%$ de probabilidad de éxito es un campo de acción amplio donde la tercera parte puede actuar y contribuir a la resolución del conflicto.

La intervención externa es una herramienta de resolución de conflictos inherentemente difícil. Sin embargo, puede en ocasiones ser una herramienta *necesaria*. Como señala un experto, “[t]hird-party intervention... will remain indispensable in the majority of conflict situations that exists around the globe” (Crocker 1996: 193). Los resultados obtenidos demuestran que la adopción de ciertas estrategias de intervención puede mejorar las perspectivas de éxito de esta herramienta, al tiempo que elegir otras puede reducir la probabilidad de que una intervención sea exitosa.



Universidad de
San Andrés

CAPÍTULO 5: Reflexiones finales

En este capítulo final se repasan los contenidos principales de la investigación, recordando el objetivo del estudio y los principales resultados obtenidos. Luego se señalan los aportes y las limitaciones de este trabajo para la problemática de la investigación. Por último se presentan una serie de sugerencias que han surgido durante el desarrollo del proyecto y que podrían resultar útiles para futuras investigaciones.

El foco de esta investigación es identificar las principales condiciones y estrategias de intervención externa en conflictos intraestatales que se vinculan con una mayor probabilidad de éxito. En el fondo se trata de evaluar el impacto que las terceras partes pueden tener en la resolución de conflictos analizando una de las posibles herramientas – la intervención- y de proveer resultados legibles y accesibles a personas ajenas a la disciplina manteniendo los procedimientos y estándares de rigor académico (Regan 2002a: 133).

En la consecución de este objetivo, se exponen los principales debates encontrados en la literatura que evalúan el impacto de distintas variables sobre las perspectivas de éxito de una intervención externa. Se seleccionan cuatro variables para estudiar, desarrollando un marco teórico que permite pensar de forma más precisa sobre el fenómeno en cuestión.

Se adopta la definición propuesta por Patrick M. Regan sobre qué constituye el éxito de una intervención, comparándola con otras propuestas por la literatura y justificando esta decisión en el hecho de que ofrece una definición limitada, relacionada con la existencia de un acuerdo de cese de fuego y que además permite imbuir al trabajo de mayor coherencia con otros estudios. Se establecen criterios para completar la base de datos del autor para el período 1995-2005, decidiendo dejar afuera las acciones económicas y diplomáticas porque incluirlas reduciría la validez de las conclusiones. Se asume que cuando un Estado o una organización internacional decide intervenir, sus objetivos por lo general requieren un cese en las hostilidades. De esta forma, el éxito es concebido en términos de la efectividad de la intervención de contribuir a este resultado al menos durante seis meses (Regan 2002a: 134).

El estudio encuentra en primer lugar que no puede decirse que el *tipo de conflicto* sea una variable explicativa de las diferencias en la probabilidad de éxito de una intervención. De esta forma, se corroboran los resultados obtenidos por Regan (1996, 2002) y se ofrecen pruebas que cuestionan la teoría de los *odios ancestrales* y la *teoría de la partición*. Además, este resultado demuestra la importancia de realizar estudios sistemáticos que contemplen varias variables a la vez, para poder relativizar la importancia de los resultados de una u otra variable y estudiar la relación entre ellas.

Segundo, el estudio demuestra que las intervenciones regionales se correlacionan con probabilidades de éxito *menores*. Este resultado es significativo en vistas a la pluralidad de actores que realizan intervenciones de imposición de paz, y el creciente recurso a las terceras partes regionales para que colaboren en esta tarea. Esta variable no es incluida en los análisis de Regan y tampoco es testeada sistemáticamente en otro estudio, por lo que resulta una contribución novedosa al estudio de la intervención en conflictos intraestatales.

En tercer lugar, no puede rechazarse la hipótesis de que la cantidad de actores no es una variable importante a la hora de explicar el éxito de una intervención. Este resultado es interesante, pues la lógica de teorías fundacionales de la ciencia política como la de *elección social* o de *acción colectiva* predeciría que esta variable es relevante. Se advierte sin embargo que sólo se observan 30 casos de intervenciones multilaterales, por lo que una metodología alternativa podría captar mejor el impacto de esta variable y su relación con las teorías señaladas.

El estudio sustenta los resultados de Regan (1996, 2002), al confirmar que apoyar al gobierno es una estrategia fuertemente asociada a probabilidades de éxito más altas, y que apoyar a la oposición se asocia a probabilidades más bajas de éxito. La neutralidad, tradicionalmente considerada una condición *sine qua non* de la intervención, no está correlacionada con probabilidades más altas de éxito. Esta conclusión indica que existe una necesidad imperante de revisar las *presunciones* y el *conocimiento ampliamente aceptado* de lo que se estima necesario y adecuado para una intervención externa. Al tiempo que en el debate entre la soberanía y los Derechos Humanos están lográndose importantes consensos, la tensión entre la paz y la justicia ha sido débilmente estudiada y la literatura permanece en un estado embrionario. Si bien la neutralidad ha sido analizada frecuentemente desde un enfoque normativo, el objetivo de la intervención externa permite entrever que la parcialidad tiene importantes consecuencias prácticas.

Por último, el estudio fundamenta empíricamente aquellas afirmaciones que ven en la última década un incremento en las operaciones de paz. Los resultados también permiten hilar más fino al comprar el éxito que han tenido entre el período de Guerra Fría y de Posguerra Fría. Lo interesante es que la mayoría de los analistas, al comprar la probabilidad de éxito de estas operaciones durante la Guerra Fría y luego de su finalización, argumentan que en el primer período las intervenciones fueron más exitosas, *suponiendo* que durante la Guerra Fría las intervenciones han sido más bien de *mantenimiento* de paz y que el recurso frecuente a misiones de *imposición* de paz durante la Posguerra Fría compromete el éxito de estas intervenciones. Lo novedoso de este estudio es que permite comprar la probabilidad de éxito *sin permitir que varíe el tipo de misión*, y demuestra que las intervenciones durante la Posguerra Fría se correlacionan con probabilidades de éxito más altas.

En suma, los resultados de la primera y cuarta hipótesis -las que son también testeadas por Regan- confirman los resultados obtenidos por el autor. Dado que esta investigación aumenta en una cantidad importante el número de casos, esto sugiere que los resultados han podido ser replicados siguiendo los criterios del autor, y que las relaciones identificadas por Patrick M. Regan resisten el aumento de casos contra los que son testados. Una lección importante de este trabajo es que la estrategia de intervención tiene la mayor influencia en la probabilidad de éxito; la condición bajo la cual se realiza -el tipo de conflicto- no tiene un impacto significativo.

Finalmente, es interesante notar que las hipótesis 3 y 4 proponen que la legitimidad de un actor multilateral o del uso de la neutralidad facilitan la resolución del conflicto; los resultados del estudio sugieren que lo importante a la hora de lograr un cese en las hostilidades son los efectos prácticos que el agente externo puede tener sobre el escenario estratégico del conflicto, y no tanto los efectos psicológicos que puede generar la *percibida* legitimidad (o no) del actor que interviene.

Aportes del trabajo

Esta investigación busca iluminar las condiciones y estrategias de intervención en conflictos internos asociadas a probabilidades de éxito mayores. En este objetivo, se estima que una contribución relevante del estudio es identificar y reseñar de forma clara los complejos debates que giran en torno a las variables más importantes de acuerdo a la literatura, y que han sido presentados en el capítulo 2.

Además, la investigación ofrece un marco conceptual para testear estos factores y las hipótesis desarrolladas, buscando que las definiciones de los conceptos empleados sean lo más adecuadas y consensuadas posible, y permitiendo evaluar con la misma vara el éxito de las distintas intervenciones, eliminando los elementos subjetivos que tradicionalmente han acompañado esta evaluación.

La tesis realiza un aporte significativo actualizando la base de datos de Patrick M. Regan para todas las intervenciones militares realizadas en conflictos internos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, lo cual permite ofrecer información sistemática de las tendencias históricas asociadas a probabilidades mayores de éxito.

La metodología elegida para esta investigación actúa de forma complementaria a los estudios de caso con los que usualmente se ha evaluado el impacto de las variables independientes. Asimismo, el método utilizado permite superar las debilidades asociadas al método de analogías, porque identifica tendencias históricas fuertes y consistentes que no deben ser ignoradas en la toma de decisiones. En esta dirección, Regan señala:

“The policy community should be able to begin policy deliberations with a basic understanding of what past trends reveal about the prospects for the outcome of their policy, and then use this baseline to approach specific analogous cases to identify the intricacies of special conditions and circumstances” (Regan 2002a: 148).

El identificar los patrones históricos que hacen de una intervención exitosa permite dar sustento empírico a los debates –usualmente necesitados de ello- y esclarecer qué opciones estratégicas son más adecuadas para futuras decisiones. Como señala un analista:

“If we can learn from the bittersweet experience of past choices, our current state of strategic disorientation may pass” (Crocker 1996: 183).

Todo el trabajo se estructura con un enfoque de toma de decisión, por lo que estos resultados podrían eventualmente permitir al liderazgo político tomar decisiones más informadas sobre cómo llevar a cabo una intervención. Por ejemplo, en el caso del blanco de la intervención se observa que el número de intervenciones a favor del gobierno es similar al número de intervenciones que apoyan a la oposición. De acuerdo a esta investigación, las intervenciones a favor del gobierno son más exitosas y esto debería reflejarse en el número de intervenciones realizadas de esta forma. Si bien a qué bando apoyar es una decisión que usualmente responde a imperativos políticos, un entendimiento *ex ante* de la probabilidad de éxito es información vital para el tomador de decisión, incluso si la política restringe el abanico de alternativas disponibles (Regan 2002a: 136).

Alcance de la investigación

Los resultados presentados se aplican al período especificado, y en particular, al tipo de misión evaluada: aquella que se conduce con el objetivo de poner fin a las hostilidades de un conflicto interno. De esta forma, el presente trabajo no permite evaluar el impacto de la *etapa del conflicto* en la que se realiza la intervención, lo cual requiere contemplar *distintos tipos de intervenciones*. Si bien esta es una variable identificada por la literatura como relevante para la pregunta de investigación, no hubiese sido posible incluirla en este estudio porque Regan sólo codifica las misiones de *peace enforcement* y además la mayoría de los trabajos que analizan esta variable utilizan otra herramienta estadística.

A lo largo del trabajo se ha mencionado que la resolución de conflictos debe ser pensada como un *proceso*. Esto refleja la creencia de que los conflictos no pueden descontarse como meros eventos repentinos sino que son estructuras históricas que se transforman en el

tiempo (Hettne y Soderbaum 2005: 452). En cada etapa del ciclo de vida de un conflicto existe un papel que las terceras partes pueden potencialmente cumplir para contribuir a su resolución.

De forma simplificada pueden distinguirse tres tipos de fases en la vida de un conflicto intraestatal: una etapa inicial donde surge la incompatibilidad entre los bandos, una etapa de lucha armada, y una etapa de acuerdo y reconstrucción de Estado. En la primera etapa el nivel de conflicto aún no es generalizado y las terceras partes pueden realizar esfuerzos preventivos y evitar que el conflicto se convierta en una guerra. En el informe del entonces Secretario General de las Naciones Unidas, *An Agenda for Peace*, Boutros Boutros-Ghali urgió a una participación internacional más fuerte en las etapas iniciales del conflicto, llamando a sistemas de prevención temprana, recolección de datos y medidas que fomenten la confianza entre las partes (Lund 1996: 380). Las intervenciones preventivas, como la conducida en Macedonia, también pueden ser exitosas. Cuando fallan estos esfuerzos y la guerra se inicia, un agente externo puede realizar una intervención que fuerce a las partes a dejar las armas y lograr un compromiso de poner fin a la violencia. Ésta es la etapa que ha sido evaluada en la investigación, y pretende lograr el traspaso de esta segunda fase a la tercera, donde la hostilidad en el conflicto está en descenso. Si estos esfuerzos fallan, la guerra continúa indefinidamente hasta que uno de los bandos eventualmente se imponga o hasta que arriben a un acuerdo sin la ayuda de una tercera parte. Una vez que el conflicto termina, las terceras partes pueden desempeñar tareas de implementación de los acuerdos, de monitoreo, y también tareas de reconstrucción del país (*nation building*)³⁷.

Lo interesante aquí es que muchas de las variables reconocidas como relevantes para la etapa de *imposición de paz* son también importantes para las operaciones de *prevención temprana* y de *mantenimiento de paz*. A modo de ejemplo se ha señalado en el capítulo 2 que varios autores arguyen que los agentes regionales tienen un papel importante para cumplir en las etapas de prevención. Por su cercanía geográfica y más fácil acceso a los hechos, los actores regionales pueden cumplir eficientemente con las tareas de observación y recolección de datos (Diehl, Reifschneider y Hensel 1996, Marnika 1996: 10). Estas tareas no son tan ambiciosas como requerir que los actores regionales se ocupen de imponer la paz en conflictos intraestatales, pero son sin embargo extremadamente valiosas dada su potencial para inhibir que el conflicto escale y la inhabilidad de la ONU de realizarlas (Miller 1967: 596), por lo que las intervenciones regionales podrían suplir las tareas en donde la ONU no suele tener una participación eficiente.

Este ejemplo demuestra que si bien el estudio no ha demostrado el impacto de la etapa del conflicto sobre la probabilidad de que la intervención sea exitosa, los resultados obtenidos

³⁷ Esta es una versión simplificada de una vasta literatura y sólo debe ser entendida de modo ilustrativo. Para mayores referencias véase Lund (1996).

sobre la efectividad de distintas estrategias pueden ser útiles y valiosos para futuros estudios que trabajen los temas que aquí no son analizados.

La intervención externa en conflictos intraestatales: el camino a seguir

La intervención externa en conflictos intraestatales continúa siendo una herramienta sumamente compleja de resolución de conflictos, y la disciplina está lejos de ofrecer respuestas concretas a muchos de los dilemas que plantea. La investigación pretende contribuir a esta tarea sin contemplar todos los asuntos relevantes: al tiempo que contesta algunas preguntas, deja otras sin responder. En esta sección se presentan algunas sugerencias que se han identificado durante el proceso de investigación y que podrían enriquecer los resultados de futuros estudios sobre la intervención en conflictos internos.

Dedicar mayores esfuerzos al problema del sesgo por selección

Primero, son necesarios mayores esfuerzos y sugerencias que permitan solucionar o mitigar el problema del sesgo por selección, inherente a todo estudio que examine los resultados de políticas públicas. El problema es que al observarse únicamente conflictos donde se ha decidido realizar una intervención podría ignorarse que los Estados u organizaciones deciden intervenir únicamente en conflictos que consideran tienen una mayor probabilidad de éxito, por lo que el método de la investigación podría sobreestimar el impacto que las variables independientes tienen sobre la probabilidad de éxito. Para atenuar este problema sería necesario desarrollar un modelo que explicita las condiciones bajo las cuales una intervención será más probable, incluyendo los resultados como una primera etapa para luego incluir la de trabajos como éste. Dada la frecuencia de este problema, se sugieren mayores esfuerzos en la tarea de establecer criterios de *relevancia* para considerar que un Estado u organización puede estar contemplando una intervención, según lo establecido en el capítulo 3.

Además de atenuar el problema del sesgo por selección, esto permitiría comenzar a completar un cuadro que estudie *todo el proceso de intervención*. Para ello sería necesario incluir -además de los resultados mencionados- estudios sistemáticos sobre las condiciones bajo las cuales los esfuerzos de reconstrucción son exitosos, es decir, de las etapas posteriores a la intervención militar estudiada por esta investigación. De esta forma, al ubicarse entre las dos fases, los resultados de este trabajo prueban ser necesarios tanto para la decisión de intervenir (un dato relevante que los tomadores de decisión incluyen en sus cálculos estratégicos) como para las perspectivas de que una intervención contribuya a construir la paz a largo plazo (es decir, para el mantenimiento de paz).

Ampliar la definición del éxito de la intervención

Se sugiere que los estudios amplíen las definiciones del éxito de las intervenciones externas en las guerras civiles incorporando distintas mediciones de esta variable dependiente. Este trabajo adopta una definición limitada que no exige que se resuelva el problema subyacente para considerar que una intervención ha sido exitosa. Esta es solo una de las virtudes de la definición utilizada, las cuales han sido subrayadas en el capítulo 3. Sería útil, sin embargo, poder presentar simultáneamente más de una medición: a pesar de que esto requeriría mayores esfuerzos en la recolección de datos, podría enriquecer inmensamente las conclusiones de una investigación de este tipo, en particular dada la falta de consenso entre investigadores y la carencia de replicación que se observa en esta área de la disciplina. Se sugiere entonces que futuras investigaciones busquen *combinar* distintas mediciones de éxito. Esto no implicaría optar por otra definición sino intentar definir dos tipos de éxito que sean complementarios entre sí y en donde una definición pueda sanear parte de las deficiencias de la otra.

En este camino, Doyle y Sambanis (2000) han sido precursores, porque evalúan distintos modelos para distintos tipos de intervención –diferenciados según la etapa en que intervienen- y también presentan distintas mediciones de éxito: por un lado diferencian las medidas de acuerdo a los años después del fin de la guerra donde se observa si la violencia persiste (dos, cinco y diez años) y también incluyen una medida de democratización del país. Como consideran distintos tipos de misiones, no enfatizan el cese de las hostilidades logrado por la intervención, lo cual es un dato importante a considerar de acuerdo con los resultados de esta tesis. Lo interesante es que, dado que la definición del éxito de una intervención es una cuestión controversial, incluyen distintas mediciones de esta variable.

Un camino adecuado para evaluar las intervenciones que buscan imponer la paz sería, además de evaluar si logran detener la violencia, incluir una segunda medición de éxito que tenga en cuenta aspectos relacionados al concepto de *seguridad humana*, es decir, que considere la protección de los individuos contra amenazas a la vida y la dignidad³⁸, según lo propuesto por Evans y Sahnoun (2002). En particular, para las definiciones semejantes a la utilizada aquí, sería bueno complementarlas con alguna medición de mediano plazo que incluya datos no ya del sector militar sino del impacto de la guerra y la intervención sobre la población afectada por el conflicto.

De esta forma, se propone que además de codificar si la intervención logra cesar la violencia, se construya un indicador compuesto que considere distintas áreas de la seguridad humana como puede ser la salud, el acceso a la comida, la educación, la libertad política, el retorno de refugiados a la zona del conflicto, etc. El problema que enfrenta este método es que

³⁸ Para una revisión de la evolución de este concepto y su definición, véase Paris (2001) y Hough (2004).

los datos no son accesibles; en particular, es muy difícil encontrar indicadores con información anual. Sin embargo, hacerlo daría mayor riqueza a los resultados obtenidos y permitiría evaluar simultáneamente el impacto sobre los combatientes y sobre los habitantes de la zona en conflicto. Debe advertirse, sin embargo, que esta segunda definición debe complementar la primera, es decir, no puede prescindirse de medir el cese de las hostilidades, pues si no ha finalizado la violencia poco útil sería analizar la seguridad humana.

Esta segunda medición de éxito permite asimismo contestar la crítica de que frecuentemente se establecen criterios militares o diplomáticos para medir el éxito de una intervención que no guardan relación con las necesidades de la población vulnerable en zonas de guerra, o en las posibilidades de largo plazo de facilitar la apertura de “espacios” donde la sociedad civil pueda renacer y comenzar a desafiar la cultura de violencia y las estructuras represivas políticas (Druckman, Stern, Fetherston, Johansen, Durch y Ratner 1997: 153). Como señala Robert Johansen:

“Peacekeepers affect many aspects of life that go far beyond a narrow understanding of military or physical security, which is the usual focus of peacekeeping evaluations. These other aspects are important but receive insufficient attention in evaluating success” (Druckman, Stern, Fetherston, Johansen, Durch y Ratner 1997: 157).

Al considerar ambas mediciones de éxito, puede tenerse en cuenta tanto los efectos a corto plazo de la intervención (el cese durante seis meses de las hostilidades) como el impacto a mediano plazo de ésta. Esto permite realizar el tipo de evaluación que Diehl alienta:

“I would use both sort and long-term indicators because adopting the former ignores consideration of true conflict resolution versus temporary stability, but adopting the latter prevents scholars and policymakers from making any kind of assessment until years after the termination of the peacekeeping operation” (Druckman, Stern, Fetherston, Johansen, Durch y Ratner 1997: 156).

Lograr mayores acuerdos y consensos en la disciplina

Una tercera recomendación sugiere esforzarse por lograr mayor consenso entre los investigadores en lo referido a la conceptualización y el análisis de la intervención. La cita inicial de la investigación y el reproche de Rosenau señalan que poco se conoce sobre las condiciones y estrategias asociadas a probabilidades de éxito más altas, y la falta de diálogo entre los estudios solamente inhibe la mejora de este entendimiento.

Para el caso particular de los estudios estadísticos, por ejemplo, es necesario fomentar mayores acuerdos sobre los criterios de codificación y mayor coherencia entre las bases de datos utilizadas, porque hay muy poca correlación entre las distintas bases y la falta de consenso hace que no sean fácilmente comparables y entorpece el proceso de aprendizaje (Mack 2002). Además, como ha sido señalado, reduce la probabilidad de que los resultados se traduzcan en políticas concretas, pues los tomadores de decisión no saben qué base usar (Mack 2002: 517-518). Durante el proceso de investigación se ha hecho énfasis en lograr la mayor coherencia posible con otros estudios, siempre privilegiando aquello creído adecuado. Esto refleja la creencia de que lo que se pierde en lograr mejoras mínimas se gana en coherencia y simpleza.

La resolución de conflictos

Esta investigación intenta analizar un posible papel que las terceras partes pueden cumplir en una determinada fase del conflicto intraestatal: la intervención externa realizada para imponer la paz. El estudio se preocupa de modo más general por el rol de la comunidad internacional en la resolución de conflictos. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que éste es un proceso e involucra varias etapas; la intervención es concebida de esta forma como un punto de partida, o en palabras de Rosenau, un medio y no un fin (Rosenau 1969). William Maley (2002) afirma:

“Interventions will be merely starting points in complex processes of change. [...] Yet one gets the feeling that causal observers sometimes expect that interventions will end conflict altogether, and that an intervention fails if it does not. Such expectations are entirely unrealistic” (Maley 2002: 270).

En suma, si bien la intervención durante el conflicto no puede resolverlo por sí sola, este estudio demuestra que durante el conflicto las terceras partes tienen una función que cumplir para propiciar el cese de las hostilidades. Como señalan dos analistas, “... the international community cannot count on enforcement alone to build lasting peace, but it appears to have a positive role in ending violent conflict” (Doyle y Sambanis 2000: 791). Asimismo, la investigación indica que ciertas estrategias y condiciones pueden aumentar o reducir la probabilidad estimada de éxito de los esfuerzos externos, por lo que conocer las tendencias históricas permite diseñar estrategias de intervención que consideren estos patrones.

Si se contempla este resultado general del trabajo a la luz de otras investigaciones sobre el papel de las terceras partes en la resolución de conflictos (como por ejemplo la de Bárbara F. Walter, quien demuestra que en presencia de terceras partes los *acuerdos de paz* son más exitosos) se evidencia que la comunidad internacional puede tener un impacto significativo

sobre la paz y la seguridad internacional. En consecuencia, a pesar de que los conflictos intraestatales por definición no involucran a Estados ajenos a la disputa (o a las organizaciones de las que forman parte), el mantenimiento de paz es una tarea que involucra a todos los miembros de la comunidad internacional, puesto que existe un papel que puede cumplirse para contribuir al fin de la violencia. De esta forma, si bien la intervención externa es un método inherentemente complejo, los agentes externos no pueden desvincularse de la resolución de los conflictos intraestatales.



Universidad de
San Andrés

ANEXO 1: La Base de Datos

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
Europe					
Azerbaijan	Ethnic	1992-94	Armenia	Opposition	Failure
			Turkey	Government	Failure
Bosnia and Herzegovina	Ethnic	1992-1995	Yugoslavia	Opposition	Failure
			United Nations	Neutral	Failure
			NATO	Opposition	Failure
Hungary	Ideological	1956	Croatia	Opposition	Failure
			United Nations	Neutral	Success
Cyprus	Ethnic	1963-1964	USSR	Opposition	Success
			UK	Neutral	Failure
			Greece	Government	Failure
			Turkey	Opposition	Failure
			United Nations	Neutral	Success
Georgia	Ethnic	1974	Turkey	Opposition	Failure
			Greece	Government	Failure
Greece	Ideological	1944-1949	USSR	Government	Success
			US	Government	Success
			UK	Government	Success
			Albania	Opposition	Failure
			Bulgaria	Opposition	Failure
			Yugoslavia	Opposition	Failure
			USSR	Opposition	Success
Moldova	Ethnic	1992-1994	USSR	Opposition	Success
Northern Ireland	Religious	1968-1994	Libya	Opposition	Failure
Yugoslavia	Ethnic	1998-1999	NATO	Opposition	Success
Middle East					
Iran	Ethnic	1978-1979	Iraq	Government	Failure
Iraq	Ideological	1958	Syria	Opposition	Failure
			Syria	Government	Failure
			Iran	Opposition	Failure
	Ethnic	1985-Ongoing	US	Opposition	Success

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
			United Nations	Opposition	Success
			Iran	Opposition	Failure
			US	Opposition	Failure
			UK	Opposition	Failure
			Turkey	Government	Failure
	Religious	1991-1996	US	Opposition	Success
			UK	Opposition	Success
			United Nations	Opposition	Success
			Iran	Opposition	Failure
			US	Opposition	Failure
			UK	Opposition	Failure
	Ideological	2004-2005	Coalition of the Willing ¹	Government	Failure
Israel	Ideological	1964-1994	Libya	Opposition	Failure
			Syria	Opposition	Failure
			Lebanon	Opposition	Failure
			Iraq	Opposition	Failure
			Egypt	Opposition	Failure
Jordan	Ethnic	1970	Syria	Opposition	Failure
Lebanon	Religious	1958	US	Government	Success
			UK	Government	Success
			Syria	Opposition	Failure
	Religious	1975-1988	Israel	Government	Failure
			MNF ²	Government	Failure
			Syria	Opposition	Failure
	Religious	1988-1990	Israel	Opposition	Failure
			Syria	Government	Success
Turkey	Ethnic	1987-Ongoing	US	Government	Failure
			Syria	Opposition	Failure
			Greece	Opposition	Failure
			Iran	Opposition	Failure
Yemen	Ideological	1962-1964	Egypt	Government	Success
			Saudi Arabia	Opposition	Failure
			Jordan	Opposition	Failure
	Ideological	1994	Saudi Arabia	Opposition	Failure
			Iraq	Government	Failure

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome		
Asia							
Afghanistan	Ideological	1978-1992	USSR	Government	Failure		
			US	Opposition	Failure		
			Iran	Opposition	Failure		
			Pakistan	Opposition	Failure		
	Ideological	1993-2001	International Coalition ³	Opposition	Failure		
			Pakistan	Government	Failure		
Burma	Ethnic	2003- Ongoing	International Coalition ⁴	Government	Failure		
			1948- 1995	China	Opposition	Failure	
			1997-Ongoing	China	Opposition	Failure	
Cambodia	Ideological	1968-1980	India	Government	Failure		
			China	Opposition	Failure		
	Ideological	1970-1975	RVN Vietnam	Government	Failure		
			US	Government	Failure		
	Ideological	1979-1998	DRV Vietnam	Opposition	Success		
			DRV Vietnam	Government	Failure		
			USSR	Government	Failure		
			China	Opposition	Failure		
			Thailand	Opposition	Failure		
			Laos	Government	Failure		
China	Ideological	1946-1950	US	Government	Failure		
India	Religious	1985- Ongoing	Afghanistan	Opposition	Failure		
			Pakistan	Opposition	Failure		
			Afghanistan	Opposition	Failure		
	Ethnic	1992-Ongoing	Myanmar	Government	Failure		
			Pakistan	Opposition	Failure		
			Pakistan	Opposition	Failure		
Indonesia	Ideological	1956-1960	US	Government	Success		
			Ethnic	1975- 1992	US	Opposition	Failure
					1997-1999	United Nations	Neutral
			INTERFET ⁵	Neutral	Failure		
Laos	Ideological	1960-1962	US	Opposition	Success		
			USSR	Opposition	Success		
			RVN Vietnam	Opposition	Success		
			Thailand	Government	Success		

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
	Ideological	1963-1973	US	Government	Failure
			France	Government	Failure
			South Vietnam	Government	Failure
			Thailand	Government	Failure
Malaysia	Ideological	1948-1962	UK	Government	Success
			Australia	Government	Success
			New Zealand	Government	Success
			China	Opposition	Failure
Nepal	Ideological	2001-2003	US	Government	Success
			Belgium	Government	Success
			India	Government	Success
		2004-Ongoing	China	Government	Failure
			India	Government	Failure
Oman	Ethnic	1970-1975	UK	Government	Success
			Iran	Government	Success
			Jordan	Government	Success
			YPR Yemen (South)	Opposition	Failure
Pakistan	Ethnic	1971	India	Opposition	Failure
	Ethnic	1973-1977	Afghanistan	Opposition	Failure
Philippines	Ideological	1950-1952	US	Government	Success
	Ideological	1972-Ongoing	US	Government	Failure
	Religious	1972-Ongoing	US	Government	Failure
Sri Lanka	Ideological	1971	US	Government	Success
			UK	Government	Success
			Pakistan	Government	Success
			India	Government	Success
			USSR	Government	Success
	Ethnic	1985-88	India	Government	Failure
		1989-1995	India	Government	Failure
		1995-2002	US	Government	Success
Tajikistan	Ideological	1992-1994	USSR	Government	Success
			Uzbekistan	Government	Success
			Afghanistan	Opposition	Failure
		1994-1997	Russia	Government	Success
Thailand	Ideological	1965-1985	US	Government	Failure

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
			China	Opposition	Failure
			Malaysia	Government	Failure
Vietnam	Ideological	1960-1965	US	Government	Failure
			DRV Vietnam	Opposition	Failure
Africa					
Algeria	Ideological	1993-Ongoing	France	Government	Failure
			Chad	Government	Failure
			Niger	Government	Failure
			Mali	Government	Failure
			Tunisia	Government	Failure
			Morocco	Government	Failure
			Egypt	Government	Failure
			US	Government	Failure
			Sudan	Opposition	Failure
Angola	Ideological	1975-1991	Cuba	Government	Failure
			South Africa	Opposition	Failure
			US	Opposition	Failure
			Zaire	Opposition	Failure
			USSR	Government	Failure
		1998-2002	Namibia	Government	Success
Burundi	Ethnic	1972	Zaire	Government	Success
	Ethnic	1994-2003	Rwanda	Government	Success
			Democratic Republic of Congo	Opposition	Success
			Zimbabwe	Opposition	Success
			African Union	Neutral	Success
			South Africa	Neutral	Success
			Tanzania	Neutral	Success
Chad	Ethnic	1965-1972	France	Government	Failure
			Libya	Opposition	Failure
	Ethnic	1978-1982	Libya	Opposition	Success
			France	Government	Failure
			OAU	Neutral	Failure
	Ethnic	1983-1986	France	Government	Failure
			Libya	Opposition	Failure

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
			Zaire	Government	Failure
			France	Government	Success
	Ethnic	1989-1994	France	Government	Failure
			Libya	Opposition	Failure
Congo Brazzaville	Ethnic	1997-1999	Angola	Opposition	Failure
			Angola	Government	Success
			Chad	Government	Success
		2002	Angola	Government	Success
Democratic Republic of Congo	Ideological	1967	US	Government	Success
			Belgium	Opposition	Failure
	Ideological	1996-1999	Angola	Opposition	Failure
			Angola	Government	Failure
			Chad	Government	Success
			Libya	Government	Success
		2000-2002	EU	Neutral	Success
			United Nations	Neutral	Success
			Rwanda	Opposition	Failure
			Namibia	Government	Failure
			Zimbabwe	Government	Failure
			Uganda	Opposition	Success
			Angola	Government	Failure
Eritrea	Ethnic	1962-1991	Cuba	Opposition	Failure
			USSR	Opposition	Failure
			US	Government	Failure
			Cuba	Government	Failure
			USSR	Government	Failure
			Sudan	Opposition	Failure
Ethiopia	Ethnic	1977-1985	Somalia	Opposition	Failure
			Cuba	Government	Success
			USSR	Government	Success
	Ideological	1987-1991	USSR	Government	Failure
Guinea	Ideological	2000-2001	Liberia	Opposition	Failure
			Sierra Leone	Opposition	Failure
Guinea Bissau	Ideological	1998-1999	Senegal	Government	Success

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
			Guinea	Government	Success
Liberia	Ethnic	1989-1990	ECOMOG	Neutral	Success
		1992-1993	ECOMOG	Government	Success
	Ideological	1994-1996	ECOMOG	Government	Failure
		2000-2003	US	Government	Success
			ECOMOG	Government	Success
Niger	Ethnic	1990- 1995	Guinea	Opposition	Success
			Ivory Coast	Opposition	Success
			Liberia	Opposition	Failure
Mali	Ethnic	1990- 1995	Liberia	Opposition	Failure
Mauritania	Ethnic	1975-1997	France	Government	Failure
			Morocco	Government	Failure
			Algeria	Opposition	Failure
Morocco	Ethnic	1975-1997	Mauritania	Government	Failure
			Algeria	Opposition	Failure
			Libya	Opposition	Failure
Mozambique	Ideological	1981-1993	Zimbabwe	Government	Failure
			Tanzania	Government	Failure
			South Africa	Opposition	Failure
			Malawi	Government	Failure
			USSR	Government	Success
Rhodesia	Ethnic	1972-1979	Cuba	Opposition	Success
			South Africa	Government	Failure
Rwanda	Ethnic	1990-1994	France	Government	Failure
	Ethnic	1997-2002	Senegal	Government	Failure
Sierra Leone	Ideological	1994-1999	Guinea	Government	Failure
			ECOMOG	Government	Success
			Nigeria	Government	Failure
			2000	UK	Government
Somalia	Ethnic	1987-1991	United Nations	Neutral	Success
			Liberia	Opposition	Success
			Ethiopia	Opposition	Failure
			US	Government	Failure
	Ethnic	1991-Ongoing	US	Opposition	Failure
			US	Neutral	Failure

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
			United Nations	Neutral	Success
			United Nations	Neutral	Failure
South Africa	Ethnic	1970-1994	USSR	Opposition	Failure
Sudan	Religious	1963-1972	Belgium	Government	Failure
	Religious	1983-2002	Libya	Opposition	Failure
			Iran	Government	Failure
			Ethiopia	Opposition	Failure
			Uganda	Opposition	Failure
	Ideological	2003-2004	Chad	Government	Failure
			African Union	Neutral	Failure
		2005	African Union	Neutral	Failure
			Canada	Neutral	Failure
			European Union	Neutral	Failure
			NATO	Neutral	Failure
Uganda	Ethnic	1971-1972	Tanzania	Government	Failure
	Ethnic	1980-1986	US	Opposition	Failure
			ROK Korea	Government	Failure
		1986-1988	Libya	Government	Failure
			USSR	Government	Failure
			Democratic Republic of Congo	Opposition	Failure
	Ideological	1988-Ongoing	Democratic Republic of Congo	Government	Failure
			US	Government	Failure
			Sudan	Opposition	Failure
			Sudan	Government	Failure
Zaire	Ethnic	1960-1965	Belgium	Opposition	Failure
			United Nations	Government	Success
			Algeria	Opposition	Failure
			Egypt	Opposition	Failure
			Belgium	Government	Success
	Ethnic	1978-1979	Morocco	Government	Success
			Belgium	Government	Success
			France	Government	Success
Zimbabwe	Ideological	1980-1988	South Africa	Opposition	Failure

Country	Type of conflict	Time Span	Interventor(s)	Target	Outcome
Americas					
Colombia	Ideological	1984-Ongoing	US	Government	Failure
			US	Government	Failure
Costa Rica	Ideological	1948	Nicaragua	Government	Failure
Dominican Republic	Ideological	1965	US	Government	Success
			Honduras	Government	Success
El Salvador	Ideological	1981-1992	US	Government	Failure
			Honduras	Government	Failure
Guatemala	Ideological	1954	US	Opposition	Success
	Ideological	1966-1972	US	Government	Failure
	Ideological	1978-1984	US	Government	Failure
Peru	Ideological	1982-1999	US	Government	Failure
Nicaragua	Ideological	1978-1979	US	Government	Failure
	Ideological	1982-1990	US Honduras	Opposition Opposition	Failure Failure

¹ US, UK, Australia, Poland, Denmark, Italy, Ukraine, Japan, South Korea, Thailand, Singapore, Norway, Portugal, Spain, Romania, Georgia, El Salvador, Czech Republic, Azerbaijan, Latvia, Mongolia, Albania, Lithuania, Bulgaria.

² US, UK, Italy and France.

³ Australia, Canada, France, Germany, Italy, Japan, Jordan, Netherlands, Poland, Russia, Turkey, UK, US.

⁴ US, Denmark, France, Australia, Germany, New Zealand, Norway, Poland, Romania, Netherlands, UK, Italy, Canada, Belgium, Spain, Slovakia, Czech Republic, Pakistan.

⁵ Australia, Brazil, Canada, France, Germany, Ireland, Italy, Malaysia, New Zealand, Norway, Philippines, Portugal, Kenya, Republic of Korea, Singapore, Thailand, UK, US.

Reglas de decisión en el proceso de codificación

De acuerdo con las definiciones propuestas en el capítulo 3, para codificar las intervenciones militares en los conflictos intraestatales, es necesario: establecer el momento en que una incompatibilidad provoca mil muertes acumuladas, registrar las intervenciones que cumplen con los requisitos y que ocurren a partir del inicio del conflicto, conocer la duración de la intervención, identificar acuerdos de cese de fuego y si han sido respetados al menos por seis meses, y determinar la fecha en que el conflicto se dispó (o si continúa desde diciembre 2005).

Al utilizar distintas fuentes para completar los datos del período 1995-2005, es necesario establecer reglas de decisión, por que la información no siempre es la misma. Éstas son las principales reglas de codificación que se han aplicado:

1. En los casos donde la base UCDP / PRIO no coincide con la de Regan (1996, 2000), se privilegia la de Regan, salvo que:
 - a. La base UCDP / PRIO establezca claramente que el umbral de mil muertes ocurre en un año específico. Se privilegia esta información porque Regan (1996) utiliza un umbral más bajo y no ofrece una referencia de mil muertes. De esta forma, algunas de las fechas de inicio de los conflictos de la base de Regan son corregidas para que la fecha de inicio refleje la fecha en donde se acumulan mil bajas asociadas al conflicto. Tal es el caso de los conflictos en Azerbaijón, Mozambique, Sudáfrica y El Salvador.
2. Se incluyen todos los ceses de fuego y acuerdos de paz integrales, salvo que:
 - a. Sean declaraciones unilaterales y no consensuadas entre las partes
 - b. Un acuerdo de paz no incluya expresamente una disposición de cese de fuego
3. Las intervenciones que se despliegan después de un cese de fuego, para corroborar su implementación, no son codificadas. Dado que el objetivo es estimar la probabilidad de una intervención de lograr un cese de hostilidades, no sería correcto incluir intervenciones donde esto ya ha ocurrido por cuenta propia. Este criterio también es el adoptado por Regan³⁹.

³⁹ Información obtenida en una comunicación personal con el autor.

Anexo Estadístico

Como se menciona en el capítulo 3, si bien la regresión logística es la herramienta estadística más apropiada para el tipo de estudio presente, sus resultados no son tan fácilmente legibles. Este anexo pretende hacer transparente la forma en que los coeficientes de la regresión presentada en el capítulo 4 son transformados en probabilidades de que una intervención –con determinada combinación de variables- sea exitosa.

La regresión logística es un caso particular de regresión en donde la variable dependiente es categórica. La estimación de los coeficientes de regresión se hace a partir de las observaciones, aplicando el método de *máxima verosimilitud*. El cociente entre la probabilidad de que una intervención sea exitosa (P_e) y que no lo sea ($1 - P_e$) es conocido como el *odd ratio* (riesgo relativo). Este ratio indica cuánto más probable es el éxito que el fracaso de una intervención. El logaritmo natural de este ratio es el *logit*. La regresión logística indica que el logaritmo del *odds ratio* es una función lineal de las variables independientes. Para esta investigación, la función γ puede escribirse como:

$$\gamma = a + b*\textit{ethnic} + c*\textit{ideological} + d*\textit{religious} + e*\textit{regional} + f*\textit{multilateral} + g*\textit{government} + h*\textit{opposition} + i*\textit{neutral} + j*\textit{coldwar}$$

La regresión logarítmica puede escribirse como:

$$\ln(P_e / 1 - P_e) = \gamma$$

o lo que es lo mismo

$$P_e = e^\gamma / 1 + e^\gamma$$

El comando `predict logit` en el STATA permite obtener la probabilidad para *cada combinación de variables observadas*. Entonces, por ejemplo, el *logit* de una intervención en un conflicto étnico, durante la Guerra Fría, llevada a cabo por un actor regional multilateral y a favor del gobierno es

$$\gamma = -0.888469 + 0.1621555 * (\textit{ethnic} = 1) + 0.2722642 * (\textit{ideological} = 0) + -0.6362874 * (\textit{regional} = 1) + 0.6484845 * (\textit{multilateral} = 1) + 0.8847645 * (\textit{government} = 1) + 0.2947463 * (\textit{neutral} = 0) + -0.6427775 * (\textit{coldwar} = 1)$$

$$\gamma = -0.4721294$$

Por lo tanto

$$P_e = e^{(-0.4721294)} / 1 + e^{(-0.4721294)}$$

$$P_e = 0.384112367$$

$$P_e = 38\%$$



Universidad de
San Andrés

Bibliografía

Aguilar, Manuela (2005). "Who Should Determine the Just Cause of Humanitarian Intervention?" Social Alternatives **24** (3): 17-21.

Annan, Kofi. (2001). "Discurso en la Fundación Nobel." Disponible en www.nobelprize.org/peace/laureates/2001/annan-lecture.html.

Bellamy, Alex J. (2004). "Motives, Outcomes, Intent and the Legitimacy of Humanitarian Intervention." Journal of Military Ethics **3** (3): 216-232.

Bellamy, Alex J. y Williams, Paul (2004). "Conclusion: What Future for Peace Operations? Brahim and Beyond." International Peacekeeping **11** (1): 183-212.

Bellamy, Alex J. y Williams, Paul D. (2005). "Who's Keeping the Peace? Regionalization and Contemporary Peace Operations." International Security **29** (4): 157-195.

Bercovitch, Jacob, Clements, Kevin y Druckman, Daniel (2005). "On bridging the gap: the relevance of theory to the practice of conflict resolution." Australian Journal of International Affairs **59** (2): 133-140.

Betts, Richard K. (1994). "The Delusion of Impartial Intervention." Foreign Affairs **73** (6): 20-33.

Boulden, Jane (2005). "Mandates Matter: An Exploration of Impartiality in United Nations Operations." Global Governance **11**: 147-160.

Brown, Michael E. (2000). The Continuing Conundrum of Internal Conflict. Peace, Prosperity and Politics. Mueller, John. Boulder, Westview Press.

Caplan, Richard (2003). Humanitarian Intervention: Which Way Forward? Just Intervention. Lang, Anthony F. Jr. Georgetown, Georgetown University Press: 131-144.

Carment, David y Rowlands, Dane (1998). "Three's Company: Evaluating Third-Party Intervention in Intrastate Conflict." The Journal of Conflict Resolution **42** (5): 572-599.

Carment, David y Rowlands, Dane (2003). "Twisting One Arm: The Effects of Biased Interveners." International Peacekeeping **10** (3): 1-24.

Codebook, UCDP/PRIO Armed Conflict Dataset. (Version 4-2006). Disponible en <http://www.pcr.uu.se/database/codebook.php>.

Cook, Martin L. (2003). 'Immaculate War': Constraints on Humanitarian Intervention. Just Intervention. Lang, Anthony F. Jr. Georgetown, Georgetown University Press: 145-154.

Cortright, David y Lopez, George A. (2000). The Sanctions Decade: Assessing UN Strategies in the 1990s. Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.

Crocker, Chester A. (1996). The Varieties of Intervention: Conditions for Success. Managing Global Chaos: Sources of and Responses to International Conflict. Crocker, Chester A., Osler Hampson, Fen y Aall, Pamela. Washington, United States Institute of Peace.

Crocker, Chester A. (2000). "A Poor Case for Quitting: Mistaking Incompetence for Interventionism." Foreign Affairs **79** (1): 183-186.

Chesterman, Simon (2001). Just War or Just Peace? Humanitarian Intervention and International Law. New York, Oxford University Press.

Chopra, Jarat y Weiss, Thomas G. (1992). "Sovereignty Is No Longer Sacrosanct: Codifying Humanitarian Intervention." Ethics & International Affairs **6**: 95-117.

De Figueiredo, Rui J. P. y Weingast, Barry R. (1999). The Rationality of Fear: Political Opportunism and Ethnic Conflict. Civil Wars, Insecurity and Intervention. Walter, Barbara F. y Snyder, Jack. New York, Columbia University Press: 261-302.

Diehl, Paul F. (1993). International Peacekeeping. Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Diehl, Paul F. (2000). "Forks in the Road: Theoretical and Policy Concerns for 21st Century Peacekeeping." Global Society **14** (3): 337-360.

Diehl, Paul F. y Cho, Young-Im D. (2006). "Passing the Buck in Conflict Management: The Role of Regional Organizations in the Post-Cold War Era." The Brown Journal of World Affairs **XII** (2): 191-202.

Diehl, Paul F., Reifschneider, Jennifer y Hensel, Paul R. (1996). "United Nations intervention and recurring conflict." International Organization **50** (4): 683-700.

Donald, Dominick (2003). "Neutral Is Not Impartial: The Confusing Legacy of Traditional Peace Operations Thinking." Armed Forces & Society **29** (3): 415-448.

Doyle, Michael W. y Sambanis, Nicholas (2000). "International Peacebuilding: A Theoretical and Quantitative Analysis." The American Political Science Review **94** (4): 779-801.

Druckman, Daniel, Stern, Paul C., Fetherston, A. Betts, Johansen, Robert, Durch, William y Ratner, Steven (1997). "Evaluating Peacekeeping Missions." Mershon International Studies Review **41** (1): 151-165.

Elbadawi, Ibrahim y Sambanis, Nicholas (2000). External Interventions and the Duration of Civil Wars. World Bank Working Paper.

Estatal, Comisión de Intervención y Soberanía. (2001). "Informe de la Comisión de Intervención y Soberanía Estatal." <http://www.iciss.ca/menu-en.asp>.

Evans, Gareth y Sahnoun, Mohamed (2002). "The Responsibility to Protect." Foreign Affairs **81** (6): 99-110.

Feste, Karen A. (1992). Expanding the Frontiers: Superpower Intervention in the Cold War. Westport, CT, Praeger.

Fortna, Victoria P. (2004). "Does Peacekeeping Keep Peace? International Intervention and the Duration of Peace After Civil War." International Studies Quarterly **48**: 269-292.

Greenwood, Christopher (1999). Yes, But Is the War Legal? The Observer. Londres.

Gujarati, Damodar (1999). Essentials of Econometrics. Boston, Irwin/Mc-Graw Hill.

Harbom, Lotta, Hogbladh, Stina y Wallensteen, Peter (2006). "Armed Conflict and Peace Agreements." Journal of Peace Research **43** (5): 617-631.

Hashmi, Sohail H. (2003). Is There an Islamic Ethic of Humanitarian Intervention? Just Intervention. Lang, Anthony F. Jr. Georgetown, Georgetown University Press: 62-83.

Hettne, Bjorn y Soderbaum, Fredrik (2005). "Intervening in Complex Humanitarian Emergencies: The Role of Regional Cooperation." The European Journal of Development Research **17** (3): 449-461.

Hobsbawm, Eric J. (1994). The Age of Extremes: A History of the World, 1914-1991. London, Michael Joseph.

Horowitz, Donald L. (1985). Ethnic Groups in Conflict. Berkeley, University of California Press.

Hough, Peter (2004). Understanding Global Security. New York, Routledge.

Huntington, Samuel P. (2001). The Clash of Civilizations? Taking Sides: Clashing Views of Controversial Global Issues. Harf, James E. y Lombardi, Mark Owen. Guilford, Conn, McGraw Hill: 340-255.

ICISS, Report. (2001). "Report of the International Commission on Intervention and State Sovereignty." Disponible en <http://www.iciss.ca/menu-en.asp>.

Jervis, Robert (1976). Perception and Misperception in International Politics. Princeton, Princeton University Press.

Jervis, Robert (1978). "Cooperation Under the Security Dilemma." World Politics **30** (2): 167-214.

Kaldor, Mary (1999). New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era. Stanford, CA, Stanford University Press.

Kaufman, Stuart J. (1996). "Spiraling to Ethnic War: Elites, Masses and Moscow in Moldova's Civil War." International Security **21** (2): 108-138.

Kaufmann, Chaim (2004). Intervention in Ethnic and Ideological Civil Wars. The Use of Force: Military Power and International Politics. Art, Robert J. y Waltz, Kenneth N. Lanham, Md, Rowman Littlefield.

Kaufmann, Chaim D. (1996). "Possible and Impossible Solutions to Ethnic Civil Wars." International Security **20** (4): 136-175.

Laitin, David D. (1999). Somalia: Civil War and International Intervention. Civil Wars, Insecurity, and Intervention. Walter, Barbara F. y Snyder, Jack. New York, Columbia University Press: 146-180.

Lake, David A. y Rothchild, Donald (1996). "Containing Fear: The Origins and Management of Ethnic Conflict." International Security **21** (2): 41-75.

Lang, Anthony F. Jr. (Ed.) (2003). Just Intervention. Georgetown, Georgetown University Press.

Leitenberg, Milton (2003). Deaths in Wars and Conflicts in the 20th Century, Cornell University Peace Studies Program, Occasional Paper # 29.

Levy, Jack S. (1994). "Learning and Foreign Policy: Sweeping a Conceptual Minefield." International Organization **48** (2): 279-312.

Licklider, Roy (1993). How Civil Wars End: Questions and Methods. Stopping the Killing: How Civil Wars End. Licklider, Roy. New York, New York University Press.

Lund, Michael E. (1996). Early Warning and Preventive Diplomacy. Managing Global Chaos: Sources of and Responses to International Conflict. Crocker, Chester A., Osler Hampson, Fen y Aall, Pamela. Washington, United States Institute of Peace.

Luttwak, Edward N. (1999). "Give War A Chance." Foreign Affairs **78** (4): 36-44.

Mack, Andrew (2002). "Civil War: Academic Research and the Policy Community." Journal of Peace Research **39** (5): 515-525.

Maley, William (2002). "Twelve Thesis on the Impact of Humanitarian Intervention." Security Dialogue **33** (3): 265-278.

Marnika, Maurice (1996). "Regional Peacekeeping: The Case for Complementary Efforts." Peacekeeping & International Relations **25** (3): 9-11.

Mearsheimer, John J. (1993). Shrink Bosnia to Save It. New York Times. New York.

Mearsheimer, John J. y Van Evera, Stephen (1995). "When Peace Means War." New Republic **December**: 16-21.

Meggie, Georg (2003). Is This War [in Kosovo] Good? An Ethical Commentary. The Morality of War: Classical and Contemporary Readings. May, Larry, Rovie, Eric y Viner, Steve. New Jersey, Pearson Prentice Hall.

Mersheimer, John J. (1990). "Why We Will Soon Miss the Cold War." Atlantic Monthly **266** (2): 35-50.

Miller, Linda B. (1967). "Regional Organization and the Regulation of Internal Conflict." World Politics **19** (4): 585-600.

Nardin, Terry (2003). The Moral Basis for Humanitarian Intervention. Just Intervention. Lang, Anthony F. Jr. Georgetown, Georgetown University Press: 11-27.

Nowrojee, Binaifer (2004). Africa on its Own: Regional Intervention and Human Rights. World Report 2004. Human Rights Watch.

Pape, Robert A. (1997). "Why Economic Sanctions Do Not Work." International Security **22** (2): 90-136.

Paris, Roland (2001). "Human Security: Paradigm Shift or Hot Air?" International Security **26** (2): 87-102.

Pasic, Amir y Weiss, Thomas G. (2003). The Politics of Rescue: Yugoslavia's Wars and the Humanitarian Impulse. Just Intervention Lang, Anthony F. Jr. Georgetown, Georgetown University Press: 107-130.

Posen, Barry R. (1993). "The Security Dilemma and Ethnic Conflict." Survival **35** (1): 27-47.

Posen, Barry R. (2004). Military responses to refugee disasters. The Use of Force: Military Power and International Politics. Art, Robert J. y Waltz, Kenneth N. Lanham, Md, Rowman Littlefield.

Prunier, Gerard (2006). "The Politics of Death in Darfur." Current History **May**: 195-202.

Regan, Patrick M. (1996). "Conditions of Successful Third-Party Intervention in Intrastate Conflict." The Journal of Conflict Resolution **40** (2): 336-359.

Regan, Patrick M. (2002a). Civil Wars and Foreign Powers: Outside Intervention in Intrastate Conflict. Michigan, The University of Michigan Press.

Regan, Patrick M. (2002b). "Third-Party Interventions and the Duration of Intrastate Conflicts." The Journal of Conflict Resolution **46** (1): 55-73.

Roberts, Adam (1996). The Crisis in UN Peacekeeping. Managing Global Chaos: Sources of and Responses to International Conflict. Crocker, Chester A., Hampson, Osler F. y Aall, Pamela. Washington, DC, United States Institute of Peace Press: 297-320.

Roe, Paul (1999). "The Intrastate Security Dilemma: Ethnic Conflict as a 'Tragedy'?" Journal of Peace Research **36** (2): 183-202.

Rosenau, James N. (1969). "Intervention as a Scientific Concept." The Journal of Conflict Resolution **13** (2): 149-171.

Salehyan, Idean y Gleditsch, Kristian S. (2006). "Refugees and the Spread of Civil War." International Organization **60** (Spring): 335-366.

Sambanis, Nicholas (2000). "Partition as a Solution to Ethnic War: An Empirical Critique of the Theoretical Literature." World Politics **52**.

"Se reanudan los combates en el Libano" (2007). La Nación. Buenos Aires: Viernes 25 de mayo de 2007.

Sesay, Amadu (1991). "The Limits of Peacekeeping by a Regional Organization: The OAU Peacekeeping Force in Chad." Conflict Quarterly **11**: 7-26.

Seybolt, Taylor B. (2006). Humanitarian Military Intervention: The Conditions for Success and Failure. Oxford, Oxford University Press.

Shepsle, Kenneth A. y Bonchek, Mark S. (1997). Analyzing Politics: Rationality, Behavior and Institutions. New York, WW Norton.

Simpson, Erin M. (2004). Understanding International Interventions in Civil Wars using Propensity Scores. Annual Meetings of the Midwest Political Science Association. Chicago, IL.

Smith, Michael J. (1998). "Humanitarian Intervention: An Overview of the Ethical Issues." Ethics & International Affairs **12**: 63-79.

Stedman, Stephen (1997). "Spoiler Problems in Peace Processes." International Security **22** (Fall): 5-53.

Stern, Paul C. y Druckman, Daniel (2000). "Evaluating Interventions in History: The Case of International Conflict Resolution." International Studies Review **2** (1): 33-63.

Strauss, Scott (2005). "Darfur and the Genocide Debate." Foreign Affairs **85** (1): 123-134.

Tetlock, Philip y Belkin, Aaron (1996). Counterfactual Thought Experiments in World Politics: Logical, Methodological, and Psychological Perspectives. Princeton, Princeton University Press.

Tharoor, Shashi (1995-1996). "Should UN Peacekeeping Go 'Back to Basics'?" Survival **37** (4): 52-64.

Udombana, Nsongurua J. (2005). "When Neutrality is a Sin: The Darfur Crisis and the Crisis of Humanitarian Intervention in Sudan." Human Rights Quarterly **27** (4): 1149-1199.

Verwey, Wil (1992). The Legality of Humanitarian Intervention after the Cold War. A Challenge to Intervene: A New Role for the United Nations? Ferris, E. Uppsala, Life and Peace Institute: 12-36.

Walter, Barbara F. (2002). Committing to Peace: The Successful Settlement of Civil Wars. Princeton, Princeton University Press.

Walter, Barbara F. (2004). The Critical Barrier to Civil War Settlement. The Use of Force: Military Power and International Politics. Art, Robert J. y Waltz, Kenneth N. Lanham, Md, Rowman Littlefield.

Walter, Barbara F. y Snyder, Jack (1999). Civil Wars, Insecurity and Intervention. New York, Columbia University Press.

Weiss, Thomas G. (2001). "Researching Humanitarian Intervention: Some Lessons." Journal of Peace Research **38** (4): 419-428.

Weiss, Thomas G. (2003). Principles, Politics and Humanitarian Action. Just Intervention. Lang, Anthony F. Jr. Georgetown, Georgetown University Press: 84-103.

Weiss, Thomas G. y Hubert, Don (2001). The Responsibility to Protect: Research, Bibliography, Background. Ottawa, International Development Research Center.

Wesley, Michael (1995). "Toward a Realist Ethics of Intervention." Ethics & International Affairs **19** (2): 55-72.

Woodruff, Paul (2006). Justification or Excuse: Saving Soldiers at the Expense of Civilians. The Morality of War: Classical and Contemporary Readings. May, Larry, Rovie, Eric y Viner, Steve. Upper Saddle River, NJ, Pearson Education: 281-293.

San Andrés